

A painting of a woman floating in water, surrounded by various flowers. The woman's face is visible on the left, looking upwards. Her hands are visible, one near the top right and one near the bottom left. The water is dark, and the flowers are in various colors including purple, yellow, and red. The overall mood is serene and ethereal.

**GONZALO
SUÁREZ**

**LA MUSA
INTRUSA**



La musa intrusa

GONZALO SUÁREZ



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@LiteraturaRandomHouse



@LitRandomHouse



@litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

GUÍA DE PERSONAJES

Gonzalo Padrón: nieto del autor.
Pauline: madre de H elene.
H el ene: mujer del autor.
Francisco Achaíta: funcionario de Correos.
Fausto: perro del padre del autor.
Gonzalo Suárez Gómez: padre del autor.
Sylvia (Suárez Morilla): hermana del autor.
María Morilla: madre del autor.
Sixto Pérez de Urbel: amante de la madre del autor.
Helenio Herrera: entrenador de fútbol.
Fiora Gandolfi: periodista italiana.
Doña Pepita: bruja del Paralelo barcelonés.
Marcel Girard: padre de H el ene.
El hombre que hablaba con Dios.
Andrés Vicente Gómez: productor de cine.
Claudio Rodríguez: poeta.
Carlos Suárez: hermano del autor.
Familia Panero: vecinos de Ibiza, 35.
Ben Barek: jugador de fútbol.
Pepín «El Nuestru»: célebre lugareño.
André Courrèges: modisto.
Maurice Ronet: actor.
Nicoletta: cantante.
Victor Kerdonkuff: representante de actores.
Alexandre Astruc: director de cine.
Lisa Mitchell: secretaria de Ray Bradbury.
Ray Bradbury: escritor de ciencia ficción.
Sam Peckinpah: director de cine.
Katy Haber: secretaria de Peckinpah.
Loreley: personaje de *Doble Dos*.

King Kong: gorila.
Ken Hyman: productor de la Universal.
Panchito Kowalski: guionista.
Anne-Hélène: hija del autor.
Sylvia (Suárez Girard): hija del autor.
Gonzo: hijo del autor.
Elsa: hija del autor.
Donald Pleasance: actor.
Michael Dunn: actor.
Matthew: hijo de Sam Peckinpah.
Max Aub: escritor.
Julio Cortázar: escritor.
Carmen Balcells: agente literaria.
Joaquín Lledó: escritor y cineasta.
Emiliano Piedra: productor de cine.
Ricardo Muñoz Suay: productor ejecutivo de *Ditirambo*.
Vicente Aleixandre: poeta y premio Nobel.
Doctor Aragón: médico de niños.
Salomón Resnick: psiquiatra.
Isabelle Clerc y Alberto Puig Palau: amigos.
Colita: fotógrafa.
Eduardo Mendoza: escritor.
Eugenio Trías: filósofo.
Juan Cueto: escritor y ensayista.
Ana María Moix: escritora.
Jose Luis Guarner: crítico.
Modest Cuixart: pintor.
Joaquín Jordá: director de cine.
Vicente Aranda: director de cine.
Pedro Carrasco: boxeador.
La musa intrusa: caso sucedido en Dinamarca.

**Breve preámbulo a lo acontecido cuatro siglos
antes en un castillo de Dinamarca y anecdóticos
precedentes autobiográficos del autor que
nos habla de su vida y sus amigos, y sus
amigos nos hablan de él**

Me disponía a escribir un prólogo al relato del trágico suceso acontecido hace más de cuatro siglos en un castillo de Dinamarca, cuando el viento abrió de golpe la ventana y, al ir a cerrarla, llamaron a la puerta. Dejé la ventana abierta y acudí a la llamada. No había nadie. Eran las doce de la noche. Encendí la luz de la escalera. Me asomé al hueco del ascensor y el serpenteo de los escalones descendentes me produjo vértigo. Miré entonces hacia arriba y el ascensor estaba abajo. En tan corto espacio de tiempo, nadie habría subido ni bajado, deduje. Ni en ascensor. Ni andando. Sin que se oyera chirrido de poleas ni crujido de pasos. En éstas estaba, cuando la corriente de aire cerró la puerta de casa a mis espaldas. Maldije. En pijama y sin llaves. Demasiado tarde para despertar a un vecino y llamar al cerrajero, me senté en un peldaño. Se apagó la luz. Desordenados pensamientos, reflexiones, recuerdos, anécdotas y sueños, tomaron al asalto mi cerebro. Se sucedían unos a otros sin que pudiera detenerlos y, en la silenciosa oscuridad, cosas del pasado invadieron mi memoria, y comprendí que lo acontecido cuatro siglos antes en un castillo de Dinamarca no requería prólogo sino reveladores antecedentes personales del caso, por superfluos que parecieran.

También me pregunté quién habría llamado tan intempestivamente a mi puerta. Debía de estar arriba cuando miré abajo. Y abajo cuando miré arriba. Era ella. La aviesa musa intrusa que, en el jardín de una mansión señorial, acabaría conduciéndome a través de los setos de un intrincado laberinto hasta el estanque donde se reflejaba entre nenúfares el ramaje de una encina centenaria bajo la que se había perpetrado un abyecto asesinato. Me puse en pie y, como si con ello iniciara una investigación, bajé de uno en uno los peldaños. O de tres en cuatro.

**La mujer alta, la avispa y la cucaracha, la sombra
que siembra el cuerpo, la bicicleta del cartero y
un verano en Venecia río abajo**

La noche del 4 al 5 de agosto de 2015, soñé que estaba en un paraje de falsas rocas. Un decorado de cartón piedra donde los que entraban se perdían. Producía angustia, aunque se supusiera que sólo se trataba de una atracción de feria. Algunos gritaban. Yo estaba cada vez más inquieto porque andaba y no encontraba la salida. De pronto, comprendía que era el decorado, y no yo, lo que se movía dándome la sensación de que avanzaba sin saber hacia dónde. Al día siguiente, me sorprendía estar en casa entre muebles y paredes de mi entorno familiar, ¿acaso el sueño es sólo un cambio de decorado?

Mañana cumpliré sesenta y siete años y, de repente, hoy cumplo ochenta y cuatro. Hace sol en la playa y tormenta en la montaña. Pongo el reloj a las 5.20. Retumba el trueno. Las hojas se mecen bajo la lluvia. Apago las luces y cierro los ojos. Somos un rumor que surca la memoria. Cuando voy y vuelvo, ¿dónde queda el camino? Acostúmbrate a morir en cada instante, me digo, puesto que cada instante mata, y deslízate por el tiempo como un niño por un tobogán. O deja que las huellas precedan a los pasos y la palabra al pensamiento.

La noche del 30 de agosto de 2014, a los ocho años de edad, mi nieto Gonzalo tuvo un sueño que podía equipararse a los terroríficos cuentos infantiles de antaño. Así me lo contó:

–Había invitado a un amigo y, como nos acabábamos de mudar, mi amigo tenía mucha curiosidad por conocer mi nueva casa. Se puso a abrir cajones hasta que uno lo absorbió y lo transportó al mundo de los muertos. Como teníamos el poder de teletransportarnos, regresó al mundo de los vivos y me dijo que era muy divertido el mundo de los muertos, y me pidió que fuera con él. Entonces, me armé de valor y, utilizándolo como guía, entré en el cajón. Después de varias horas en el mundo de los muertos, pregunté a mi amigo cómo se volvía a casa. Y me dijo que nos teletransportásemos...

–¿Y cómo era el mundo de los muertos? –le pregunté.

–Mejor no describirlo, sobre todo la parte del diablo –respondió.

–¿Cómo era el diablo?

–Grande y negro, ojos rojos, voz de ultratumba.

–¿Y os teletransportasteis?

–Lo intentamos, pero no funcionaba... Nos vimos atrapados. Después de medio mes al otro lado, nos encontramos con un viejo sabio que podía ir al mundo de los vivos cuando quisiera. Le pedimos que abriera el cajón por donde habíamos entrado. Lo abrió y, cuando estábamos saliendo, el diablo nos cogió por los pies y nos volvió a meter.

–¿Y qué pasó?

–Después de otro medio mes, pedimos ayuda a Dios, que era una chica...

–¿Guapa?

–No le vimos la cara, era muy alta. Nos dijo que abriría el portal general. Pero más tarde, cuando el diablo estuviera dormido. Y cuando el diablo se durmió, ella nos lo abrió. Y volvimos a casa con mi bisabuela, Pauline, a la que había encontrado en el mundo de los muertos...

Su bisabuela, Pauline, madre de Hélène, había muerto el 30 de julio de 2010 en un hospital de las afueras de París, ¡oh, sarcasmo!, llamado Plaisir. En sus últimos días, la recluyeron en una zona de tratamientos paliativos donde, como zombis, merodeaban por los pasillos pacientes con alzhéimer. A veces, entraban en su habitación y la miraban desde un cuerpo a la deriva emancipado para siempre de la memoria.

Pauline era una mujer de fuerte carácter y mucho sentido del humor. La noticia de su muerte, a los noventa y seis años, había impresionado mucho a mi nieto. Intenté infundirle ánimos y valor.

–Pero yo tengo miedo –respondió.

Le dije que el valor consistía precisamente en tener miedo y superarlo. No le convenció. Me vinieron a la mente, entonces, las últimas palabras de Pauline en su agonía: «Tengo miedo de tener miedo». Por supuesto, eso no era algo que pudiera tranquilizar a un niño. Aunque yo considerara esta confesión como un fidedigno testimonio de verdadero valor. Le dije entonces que todos habíamos estado muertos muchos siglos antes de nacer y que no recordábamos nada malo. Eso le tranquilizó. A mí no tanto. Porque ¿quién o qué puede estar encerrado en ese cajón del que es tan difícil salir? ¿Un diablo grande y negro de ojos rojos? ¿Una chica alta cuya cara nadie alcanza a ver? ¿O unos calcetines y un par de zapatos?

Según el Tao, el máximo conocimiento al que se puede aspirar es a la intuición de algo inmenso y confuso, oscuridad de oscuridades y puerta de todos los misterios, donde se funden y confunden, sin límite ni discernimiento, todas las distinciones y denominaciones posibles, incluidas las del ser y la nada, las conjeturas de Hawking sobre la fusión de agujeros negros y su horizonte de sucesos. Sólo tenemos una certeza. Vivimos en permanente estado de emergencia, como corrobora el rótulo en la puerta de mi habitación de hotel:

En caso de incendio, comunique rápidamente a Recepción la situación del fuego. Mantenga la calma. No grite, ni corra. Si se prende su ropa, tiéndase en el suelo y ruede. Si hay humo abundante, gatee. Abandone su habitación cerrando la puerta. La escalera más próxima está a 18

metros a derecha izquierda y otra a 15 metros a izquierda derecha. No utilice los ascensores y, si las salidas estuvieran bloqueadas, permanezca en la habitación, colocando ropas húmedas en las ranuras de las puertas. Hágase ver por la ventana...

O teletransportémonos por la pantalla del televisor.

Un sábado 24 de abril de 1993 en Perpignan, estaba solo en la habitación de otro hotel. Vendrían a buscarme para presentar una película que había realizado uno o dos años antes. Hasta allí me había traído en su coche el director del festival que, un año o dos después, morirá con su mujer en la carretera. Pero él no lo sabía y yo tampoco.

Son las siete menos veinte de la tarde. Fuera, hace sol. Antes llovía. Hacía viento y frío. Ahora, calor. El soplo metálico del aire acondicionado me sugiere el zumbido de una avispa. Enciendo el televisor y, en extraña sintonía, veo en la pantalla una de esas historias de terror que, más allá del bien y el mal, nos depara la Naturaleza.

En esta ocasión, la protagonista es precisamente una avispa. La avispa clava su aguijón a una cucaracha y la anestesia, le corta las antenas para que pierda todo sentido de la orientación, la arrastra y la introduce en un agujero, pone un huevo en el cuerpo de su víctima y, no sin antes haber obstruido la salida, se va. Cuando la larva nace, se alimenta de la cucaracha hasta dejar el caparazón vacío y convertirse en avispa. Desatranca la salida y, zumbando como el aire acondicionado de la habitación del hotel, echa a volar.

No es necesario recurrir a diablos negros de ojos rojos, ni a chicas tan altas que nunca alcanzaremos a verles la cara, ni a pérfidos seres de otras dimensiones. Avispados individuos tratan a sus congéneres como cucarachas. Los vacían por dentro para poner sus huevos. Según Diderot, en su versión soñada de la caverna de Platón, ellos son los reyes, ministros, sacerdotes, doctores, apóstoles, profetas, teólogos, políticos, granujas, charlatanes, ilusionistas y el elenco entero de mercaderes de esperanzas y temores que nos hipnotizan y encadenan con nuestra aquiescencia para, haciéndose pasar por nuestros semejantes, apropiarse de nuestra voluntad con seductoras imágenes y falsas palabras.

Conocí una vez a un individuo que creía que el mundo era como él creía que era y no como creían los demás. Las personas y las cosas sólo cobraban vida cuando él las veía y, más allá de su entorno, dejaban de existir. Nuestro hombre vivía en una burbuja. En realidad, todos éramos burbujas flotantes, como pompas de jabón. Pero sólo él lo sabía.

Otro creía que la sombra sembraba el cuerpo y que el cuerpo crecía, de la sombra a la mirada, como si subiera cuesta arriba para, de repente, decrecer como si bajara cuesta abajo hasta volver de la mirada a la sombra. Sin dejar más rastro ni huella que un aliento en el aire.

Los más consecuentes damos por supuesto que somos el azaroso resultado de una carrera de

espermatozoos. Hay creencias que no requieren fe. Y hay recuerdos que ni siquiera nos pertenecen. Basta una pluma y un tintero para recomponer un remoto acontecer y conferirle vida.

Veo, por ejemplo, a mi padre aprendiendo a montar en bicicleta. Un 25 de noviembre de 1916, según lo consignó en su agenda el día en que cumplía dieciocho años, cuando todavía trabajaba en Correos. Antes de ejercer como catedrático de francés. La bicicleta no era suya. Sino de un cartero llamado Francisco Achaíta que le sujetaba el sillín para que no diera bandazos. Así lo cuenta y todo vuelve a suceder conforme tecleo en el ordenador. No importa que se trate de un pasado ajeno y lejano, y que yo no sepa quién era el cartero Achaíta ni qué aspecto tenía mi padre a sus dieciocho años, ni conozca el lugar donde sucedió. Mi mente confiere a los hechos ostensible realidad. Los recuerdos ruedan en la memoria como bola en una ruleta sin crupier y la bola va a caer en un cajón. Lo abro. No encuentro a ningún negro diablo de ojos rojos ni a ninguna mujer alta a la que nadie pudiera verle la cara. El cajón está vacío y, en su interior, el tiempo no pasa. Los actos y los pensamientos no tienen ni antes ni después. El ayer y el hoy son un ahora eterno. Nada consigo ver ni oír hasta que, de pronto, suena un teléfono. Un 2736375. De pared como los de antaño. Descuelgo. La ambulancia vendrá enseguida, me informan.

Nunca debí dejar que se lo llevaran. Yo tenía su mano en la mía y, en esos momentos, él sentía una calma total, eso dijo. Mi padre era un hombre meticoloso y, como si lo tuviera previsto, se estaba muriendo el día de su cumpleaños. Un mismo día de otro noviembre en que el cartero Achaíta le enseñara a andar en bicicleta.

En el trayecto, no solté su mano. Al llegar, nos separaron y no volví a verlo hasta que lo depositaron empaquetado en las dependencias mortuorias del hospital. Nunca debí abrir ese cajón.

De improviso, vislumbro al fondo una postal en la que mi padre, antes de emprender un viaje por mar, se despide de sus hijos y envía caricias para Fausto, su perro. De hirsuto y pelirrojo pelaje, fue su último y fiel compañero. Treinta y tantos años después, la postal adquiere el carácter de un póstumo adiós. En la oquedad de aquel cajón vacío, lo real deviene imaginario al recordarlo. O viceversa. Veo a mi padre, con su perro pelirrojo a los pies, y oigo el incesante tecleo de su vieja Remington que llega a mis oídos como el torpe galope de un caballo percherón cuyos cascos pisotearan los días del pasado.

Mi padre, con bufanda y mitones en casa, rellenando con lápiz rojo sobre la mesa del comedor el avance aliado en el mapa de la Segunda Guerra. Mi padre, con bufanda y mitones en su despacho, escribiendo en la Remington su novela del África austral. Mi padre poniendo al día el fichero de sus libros u ordenando las monedas antiguas de su colección. Los dedos de mi padre sacando del monedero de cuero la calderilla para pagar al cobrador del primer autobús de dos pisos que circuló por Madrid y nos condujo desde la calle Narváez hasta la Moncloa, ida y vuelta, para que yo viera la ciudad desde lo alto. Mi padre llevándonos de la mano a mi hermana Sylvia y

a mí, a través del Retiro, hasta el Liceo Francés de Marqués de la Ensenada en cuyo Instituto él trabajaba de bibliotecario, antes de recuperar la cátedra que le arrebataron tras la guerra. Mi padre el día en que creyó haber perdido la memoria porque no recordaba que habíamos pasado el verano en Veriña, y se asustó mucho. Mi hermana y yo nos asustamos también.

Esto sucedió en el dormitorio de Sainz de Baranda 20, donde mi madre, que ya no vivía con nosotros, había pintado mi pupitre de azul. Mi padre no se acordaba del verano pasado con mi hermana Sylvia y conmigo en un hostel con merendero al borde del río. Yo tenía doce años. Sylvia, ocho. Veriña está en las inmediaciones de Gijón. El hostel se llamaba Venecia. El río, Aboño. Me bañaba, pescaba anguilas con un cordel, cazaba pájaros con la escopeta de aire comprimido y remaba río abajo hasta el puerto del Musel.

Las anguilas eran fáciles de pescar. Lo tragaban todo. Bastaba atar cualquier cebo al cordel y dejarlo hundirse hasta el fondo de lodo. También pescaba con caña y, en una ocasión, sentado en lo alto del muelle ante el costado de un enorme buque mercante, se me cayeron los aparejos al agua y no dudé en pedir ayuda a un oficial que estaba en cubierta y que resultó ser el capitán. Sin pensárselo dos veces, el capitán impartió órdenes para que recuperaran mis aparejos. Siempre estaré agradecido al hombre que movilizó a la tripulación de un buque para que un niño recuperara del mar un anzuelo y un sedal.

Los días de lluvia, mi hermana y yo jugábamos al ajedrez en el comedor del hostel Venecia y recuerdo que un matrimonio extranjero se quedó admirado al vernos jugar a nuestra edad. Desde entonces, salvo esporádicas iluminaciones, mi juego no ha mejorado. Nunca he sido capaz de aprender a jugar a ningún juego que no me permitiera inventármelo. También recuerdo haber provocado la suspicacia de una pareja de la Guardia Civil por haber cazado un tordo con la escopeta de aire comprimido que mi padre me regaló a los diez años cuando aprobé el examen de ingreso y me llevó a ver *El ladrón de Bagdad*.

Habría sido un verano feliz si la separación de mis padres no hubiera gravitado sobre nosotros. Ésa fue la causa por la que, a nuestro regreso a Madrid, mi padre no recordara haber veraneado en Veriña y creyera haber perdido la memoria.

Mi hermana Sylvia me cuenta que, hace unos años, yendo de excursión con unos amigos, pasó por un lugar que le infundió, de repente, una inexplicable tristeza. No era un sitio reconocible hasta que, al sobrepasarlo, en un cartel de carretera, leyó: Veriña.

El hostel Venecia es ahora una ruina, y el río una cloaca.

**La pelota perdida, el amante de mamá, tres
tumbas en «La isla de los muertos», la bruja del
Paralelo y el hombre que hablaba con Dios**

Subjetivo o no, el dolor retrospectivo dota a los recuerdos de realidad, aunque no siempre de verosimilitud. Por ejemplo, entre los dolores más incomprensibles, me viene a la memoria la pérdida de una pelota de goma recauchutada.

En una zona de aquel Retiro madrileño de antaño, bajo la vigilancia de guardas uniformados y pertrechados con escopetas, al otro lado del paseo de coches, frente a la casa de fieras, en las inmediaciones de la estatua yacente de Ramón y Cajal con sus surtidores de agua al pie de dos bajorrelieves que representan el nacimiento y la muerte, tras uno de esos setos con alambres de púas camuflados que mi hermana se clavó en un pecho y yo en un pie, mi madre conoció al hombre que provocaría la separación de mis padres y yo perdí una pelota de goma que se llamaba Pepita.

Por absurdo que parezca, su pérdida perdura como algo irreparable. Todavía la busco disimuladamente cuando, lo menos posible, paso por allí. Hay juguetes que suplen carencias afectivas en nuestra niñez y lugares donde el pasado espera agazapado y desbarata el presente de un solo manotazo.

Por cierto, el amante de mi madre se llamaba Sixto Pérez de Urbel. Maduro y distinguido, fumaba Chesterfield, tenía coche, bigote recortado a lo Clark Gable y un fox terrier de pelo duro llamado Curro. Pero el lado ridículo del asunto es que a mi pelota de goma de tan dolorosas reminiscencias yo le hubiera asignado el nada evocador nombre de Pepita. En los libros de aventuras que solía leer, nadie se llamaba Pepita. De hecho, ningún pirata o explorador era siquiera mujer. Me avergüenzo de no haber encontrado un apelativo más legendario para el asteroide de goma recauchutada de mi cosmogonía personal.

Para resarcirme, llamé Escolopendra Morsarum a mi primera bicicleta.

Años más tarde, en Barcelona, noviembre de 1970, Hélène y yo conocimos a una bruja que, como mi pelota de goma, también se llamaba Pepita.

Para entonces, Sixto Pérez de Urbel y su perro Curro habían dejado de fumar Chesterfield y mi madre había convivido veinte años con Helenio Herrera, famoso entrenador de fútbol con el que tuvo dos hijos: Helenio Jr. y Rocío.

Como en España todavía no existía el divorcio y mi padre vivía, mi madre no pudo casarse de

nuevo. Compartió con Helenio los mayores éxitos que el fútbol puede deparar. Hasta que H. H., conocido por sus siglas, se enamoró de una periodista italiana llamada Fiora Gandolfi. Con ella se casaría, se divorciaría y, gracias a su intercesión como presunta viuda, sería enterrado en el cementerio veneciano de San Michele, apodado «La isla de los muertos», en compañía de Stravinsky y Ezra Pound, entre otros ilustres difuntos.

Nacido en Buenos Aires de emigrantes andaluces, Helenio Herrera pasó su infancia en Casablanca. En un habitáculo de madera sobre cuatro palos para protegerse de los alacranes. Su pelota no era de goma, sino de trapo. O un bote de lata al que daba patadas. Hasta que huyó de la miseria hacinado en el puente de un velero que lo llevó a Francia, donde consiguió jugar con un balón de cuero. Durante la guerra, atravesó Las Galias en bicicleta esquivando a los alemanes para no acabar en un campo de concentración por gitano o por judío. Finalizada la contienda, llegó a convertirse en uno de los mejores entrenadores del mundo.

Mi madre que, desde los años cincuenta, había participado de sus triunfos en España y en Italia, no se resignaba a que la dejaran por otra cuando la edad empezaba a socavar su belleza. Pero no su temperamento. Había oído hablar de una bruja del Paralelo barcelonés llamada doña Pepita y, como ella vivía en Roma, pidió a mi mujer que la consultara en su nombre. La vidente auguró que la Gandolfi sería el ocaso de Helenio Herrera, pronóstico previsible que se cumplió. Pero también le dijo algo más sorprendente: ¡que me veía a mí en un monasterio! El vaticinio resultaba tan inconcebible como hilarante. Cuando Héléne me lo contó, no podíamos parar de reír. Sin embargo, para nuestra sorpresa, un mes después, pasé tres días en un monasterio.

Del 12 al 14 de diciembre. En el monasterio de Montserrat. Con trescientos intelectuales y artistas. Asediados por la Guardia Civil y la policía. Nos oponíamos a las penas de muerte en el proceso de Burgos. Acabamos fichados y multados pero, entre otras manifestaciones nacionales e internacionales, contribuimos a impedir los fusilamientos. Lo que no evitamos fue mi asombro. ¿Cómo podía doña Pepita haber previsto, con más de un mes de antelación, un acontecimiento del que nadie tenía noticia hasta horas antes de convocar, en el más riguroso secreto, el encierro?

Las supuestas dotes premonitorias de doña Pepita despertaron mi curiosidad de tal manera que, antes de iniciar una película en Asturias, fui a verla al piso del Paralelo para que me pronosticara qué tal iría el rodaje. En realidad, ése era el pretexto. Me interesaba indagar qué tipo de causalidad propiciaba la casualidad. O si, como la chica alta y el diablo negro de ojos rojos, las brujas también bailaban sin escoba fuera de pista.

A pesar de recibirme en bata y zapatillas, a sus setenta y tantos años conservaba belleza y apostura. Bajo una mesa camilla de faldón alzado, una chihuahua había parido en la concavidad del brasero. Las crías formaban un amasijo palpitante que emitía débiles gañidos. Otros tres o cuatro perros, que nadie sacaba de paseo, refunfuñaban por el maloliente pasillo. Era la hora de la pitanza: higadillos de pollo frito salteados con cebolla que, según me contó Héléne, le había dado

a probar en el transcurso de su consulta y que, por delicadeza, no se atrevió a rechazar. Estaban deliciosos, confesó.

Las dos mujeres congeniaron y, aparte de degustar con ella la comida de los perros, augurarle el declive de Helenio Herrera y pronosticar mi estancia en un convento, le contó que había estado casada con un oficial de marina muy celoso y que ahora tenía un amante de veinte años tan celoso como él. «Un hombre celoso no engaña», sentenció doña Pepita satisfecha. Conmigo guardó las distancias. Me hizo pasar al comedor y me pidió que me sentara en el otro extremo de la mesa, lo más apartado posible de ella.

–Tiene usted muchos hermanos –se justificó.

Es probable que aludiera a esos espíritus intrusos que, supuestamente, nos poseen apenas nacemos y de cuya existencia Jack London da fe. La fotografía del oficial de marina enmarcada en paspartú me escrutaba desde la pared y pensé que no todos los espíritus invasores estaban en nuestro interior. Algunos esperaban acechantes fuera.

Mientras yo reflexionaba, doña Pepita distribuyó los cuencos de higadillos fritos por el suelo y descorchó una botella de champán Delapierre. Me ofreció un vaso que rehusé y ella se lo bebió de un trago y lo volvió a llenar. Luego sacó la baraja de Tarot y me sometió al consabido ritual. Creo recordar que yo tenía que cortar el mazo con mi mano izquierda y, de izquierda a derecha, depositar tres fracciones sobre el mantel para que ella, formando estructuras geométricas, desplegara e interpretara las cartas. El caso es que no le gustó el resultado. Torció el gesto, desbarató el juego y lo rehízo. Tampoco le gustó.

–No me gusta esto, no me gusta... –mascullaba.

–¿Qué es lo que no le gusta? –me atreví a preguntar mosqueado.

–Veo una muerte –respondió sin ambages, y se me atragantó el aire.

Bebió otro trago y volvió a barajar como si pudiera modificar el destino a la manera del pintor que rectifica el cuadro impartiendo pinceladas. Pero el cuadro no se modificó.

–¿Va en coche? –me preguntó.

–Si es preciso, iré andando –respondí.

A veces, el humor se convierte en irrisorio eco del eco. Una redoblada oquedad. Experimenté algo parecido a cuando jugaba al frontón con una pelota de ping-pong contra una pared de cristal. Cloc, clac, cloc, clac, cloc. Mi raciocinio y mi dignidad me impedían reconocer que aquel cloc, clac, cloc, eran latidos de mi víscera cardiaca.

Esta vez, doña Pepita echó las cartas compulsivamente sin demandar mi colaboración. La visión parecía tan acuciante que ya no requería subterfugios ni estrategia alguna.

–Puede ir en coche –me concedió–. Pero veo un muerto y es de la familia. Lo verá muerto y asistirá a su entierro.

El veredicto me produjo un escalofrío que, inopinadamente, me devolvió cierto porcentaje de

sensatez. ¿Por qué tenía que dar crédito a una mujer que bebía champán Delapierre? Sus premoniciones podían ser tan falsas como el champán que, como es sabido, ni siquiera era champán.

Sin embargo, la historia del convento no dejaba de resultar una prueba fehaciente de que, de vez en cuando, doña Pepita acertaba. Aunque lo del convento me pareciera ahora una nimiedad comparado con la muerte de un familiar cercano. Y, además, dijo algo que despertó, aún más, mis suspicacias y, en consecuencia, mitigó mis miedos.

–Se enterarán por una carta –anunció.

En tiempos en los que existía el teléfono y el telegrama, resultaba inconcebible enterarse por carta de la muerte de un familiar cercano, pensé aliviado. Al volver a casa, ni siquiera se lo comenté a mi mujer. Quince días después, recibimos la carta. A Marcel, padre de Hélène, le había atropellado un coche. Días después, murió.

En una sola cosa se equivocó doña Pepita. No llegué a ver el cadáver de Marcel. No quise subir al tercer piso del 2 de la Villa d'Idalie, el domicilio en Vincennes, para no verlo muerto donde lo había visto vivo. Como diagnosticaría Machado, había sido un hombre bueno en el buen sentido de la palabra. Asistí a su entierro en el pequeño cementerio de Cugand. Localidad de Vendée donde Hélène, a los seis años, se enteró de que la guerra había acabado. Una monja entró en la escuela y proclamó: «La guerre est finie!», y todas las niñas se pusieron a aplaudir, recuerda. Por mi parte, sólo recuerdo cómo la luz del amanecer se expandía como una gélida brisa sobre las flores del ataúd.

No volví a ver a doña Pepita. Pero tuve noticia de otras predicciones que el acontecer se encargaba sorprendentemente de confirmar y de las que no voy a dar cuenta para no suscitar mayor incredulidad. Diríase que esta vidente del Paralelo barcelonés, mientras daba higadillos encebollados a sus perros y bebía champán Delapierre, accediera a una agenda secreta donde, en una peculiar versión del eterno retorno, acontecimientos ya consignados tuvieran que, inexorablemente, suceder.

Un lunes 16 de mayo de 1994, cuando preparaba una adaptación cinematográfica de *Jekyll y Hyde*, alguien telefoneó a la oficina de la productora pidiendo hablar conmigo. Le preguntaron qué quería y el interlocutor dijo llamarse Ibarra y que, en el transcurso de una entrevista de radio, su maestro me había oído decir que cada uno de nosotros «por lo menos éramos dos». Al atribuirme las palabras de Stevenson, el susodicho maestro me consideraba conocedor de un secreto que a él, al parecer, le había sido revelado en el transcurso de sus conversaciones con Dios. Quería verme.

Me negué a atender las reiteradas llamadas hasta que, al cabo de unos días, mi reticencia se tornó en curiosidad. Hice que telefonaran a la fábrica de pinturas de la que el obstinado intermediario decía ser director y comprobé que decía la verdad. Me informó de que su maestro era un prestigioso químico al que estuvieron a punto de otorgarle el Premio Nobel y a quien el

Papa había recibido en audiencia privada. Lamentablemente, una retinosis galopante lo estaba dejando ciego. Sin embargo, eso no le impedía pasar horas en la biblioteca donde Dios le había hablado. No especificaba si de viva voz o a través de la lectura. Las reminiscencias del *tolle et lege* eran patentes.

Antes de acudir a la cita concertada, el viernes 27 de mayo, tomé otras precauciones. Por aquel entonces, existía un programa de televisión llamado *Inocente, inocente*, en el que filmaban a incautos que caían en patrañas similares. Para evitar la posible instalación de cámaras ocultas, cambié el lugar del encuentro en el último momento.

El discípulo en cuestión era un encorbatado empresario, cuyo aspecto y atuendo no correspondían a los de un devoto adepto a sectas ni profecías. Me llevó en su coche. En un quinto piso de la calle Donoso Cortés, entre paredes desnudas y recién pintadas, el maestro vivía solo. El tóxico olor a trementina suplía con creces al más embriagador incienso. Por lo demás, una mesa de mármol, tres sillas y una estantería vacía constituían todo el mobiliario. Los resquicios de la persiana entreabierta mitigaban la penumbra y proporcionaban mustio brillo y relieve a una jarra con agua y dos vasos sobre la mesa.

Nuestro anfitrión, de tez ocre y rostro enjuto, con aspecto de funcionario anoréxico, me espetó sin ningún preámbulo que Dios no era ni bueno ni malo, aunque a veces fuera más malo que bueno, y le había revelado cómo seres de otra dimensión se encarnaban en nuestros cuerpos al nacer y me anunció de paso, como el que no hace la cosa, que el mundo se acabaría en cuatro años.

Respondí que me parecía posible lo de que Dios no fuera ni bueno ni malo y que seres de otra dimensión nos habitaran, pero añadí que estaba dispuesto a apostar un millón de euros a que el mundo no se acabaría en cuatro años. Era, por supuesto, una apuesta trucada. Ya que, en caso de perder, yo no tendría ocasión de pagar. No captó la ironía. Y volvió a clamar a los cielos. O, más bien, a los vecinos de arriba. Porque sus palabras retumbaban en el techo como redobles de tambor.

—¡Es terrible! ¡Son espantosos! ¡Se meten en nuestros cuerpos y experimentan con nosotros! Los humanos no somos nada, algunos tenemos espíritu y otros no, pero a todos nos tratan como a ganado...

Enardecido, acompañó esta última afirmación con un puñetazo que hizo tremolar hasta la losa de la mesa y le descuajeringó los nudillos. Sinceramente, la borrasca paranoica me infundió miedo. Por fortuna, en ese momento, sonó el telefonillo del portal y el solícito intermediario acudió a atender la llamada. Su maestro se interpuso y le impidió descolgar.

—El que llama es uno que quiere fastidiarnos la sesión—advirtió—. Siempre lo hace.

Aproveché la circunstancia y adopté un tono admonitorio para prevenirle de que a esos seres de otra dimensión no les gustaba que se hablara de ellos y que aquellos que, como él o como yo, compartíamos el secreto debíamos simular que nada extraordinario estaba sucediendo que alterara

la normalidad de este mundo. En aquel contexto, donde ni el humor ni la ironía tenían cabida, la palabra «extraordinario», en contraste con mi farisaica alusión a la presunta normalidad del mundo, adquirió una ignominiosa y extraordinaria extraordinariedad. Me avergoncé de haberle seguido la corriente y cometí una torpeza mayor. Pasé de la vergüenza a la venganza. Como el pavo despliega su cola, desplegué mi pérfida erudición.

Le recordé que eso de que «por lo menos éramos dos» no me lo había revelado ningún ser de otra dimensión sino un escritor llamado Stevenson y que otro escritor llamado Jack London afirmaba también que toda su vida había sido consciente de la existencia de otras personas en su interior y, sin venir a cuento, mencioné el relato de Edgar Allan Poe donde la voz de la sombra que se cierne de repente sobre los aterrorizados asistentes al velatorio del difunto narrador no era la voz de un solo ser, sino una multitud de voces y cadencias diferentes en las que se reconocían los acentos familiares de los amigos muertos y, para culminar el repertorio, cité al forastero misterioso de Mark Twain, para quien no había ni un Dios, ni un universo, ni una raza humana, ni vida terrestre, ni cielo, ni infierno y que todo era un sueño grotesco y nosotros un pensamiento errático, inútil y desamparado, vagando solitario entre eternidades...

La retahíla hizo su efecto. Palideció. La turbia mirada vagó extraviada y las manos crispadas estrangulaban el aire.

—¡Claro! —bramó—. ¡Usted es culto y quiere humillarme! ¡Pero sólo dice lo que dicen otros y yo digo lo que me dice Dios!

Y volcó la jarra del agua contra la pared conformando una esperpéntica figura de difusos contornos que asemejaba el espectro de un buitre desguazado en pleno vuelo. Su discípulo aleteó como un pajarillo enjaulado. Por mi parte, a modo de antídoto, invoqué a Groucho Marx. No acudió en persona. Pero su bigote de corcho chamuscado me susurró al oído que me largara, y no me lo hice repetir dos veces. Escapé escaleras abajo y se me desató un zapato. Me pisé el cordón y casi me mato. Eso propició que el fiel intermediario me alcanzara en el portal y me propusiera llevarme a casa en su coche. Le dije que prefería volver andando y le aconsejé que dejara de buscar adeptos para su maestro y se limitara a ayudarlo a cruzar las calles cuando se quedara ciego. Pero no le advertí de que hubiera calles que era mejor no cruzar y sitios donde sería mejor no haber estado.

**«É pericoloso sporgersi» y el robo de l'Orangerie,
fútbol a ras de mesa, abajo el telón en un mundo
mágico y en un país de mierda**

Personalmente, hice del cine mi ciudad extranjera preferida y de la literatura la fuente en la que, como el camello de la caravana, sacio la sed futura y la sed pasada. Desde mi infancia mantengo, eso sí, una pertinaz desconfianza hacia determinados libros y determinadas películas que simulan ser como la vida misma, como las flores de plástico o de porcelana que pretenden parecer de verdad. Somos redomados farsantes. Sabemos que la Tierra es redonda y rueda. Pero vivimos como si fuera plana y no se moviera, por miedo a perder la pelota de nuestra precaria identidad. No necesitamos dormir para soñar. Soñamos despiertos.

Una noche de 2015, soñé dormido que Hélène y yo poseíamos, sin saberlo, una valiosa colección de gigantescas estatuas de bronce que por su tamaño eran difíciles de vender aunque supusieran una inmensa riqueza. Otra noche soñé que el productor Andrés Vicente Gómez había robado un pedazo de sol y se abría paso entre una multitud respetuosa. Me llamaba la atención que el coche portador de tan excepcional tesoro fuera un coche vulgar.

El primer sueño aludía, probablemente, al valor, amor y consistencia de mi relación con Hélène durante sesenta años y el segundo se referiría, seguramente, a las películas que Andrés Vicente Gómez me había producido sin apreciar demasiado su excepcionalidad. Aunque, gracias a sus conocimientos y osadía, conseguí hacer algunas de las mejores de mi filmografía.

A fin de cuentas, con distinto sabor, dormidos o despiertos, bebemos en el mismo vaso los éxitos y los fracasos. Diríase que todo ha sucedido en un mismo día y compartido un mismo instante. O un mismo sueño.

A veces, cuando la estancia queda en penumbra, las figuras y los objetos cobran una espectral apariencia y se convierten en la sombra de su ausencia. El otro día, un miércoles de hace treinta y siete años, fui al peluquero y me dijeron que había muerto. Curiosa imagen de la muerte: el sillón vacío y sus peines y tijeras en la repisa de cristal.

Hay muertos de los que no tengo la certeza de que hayan muerto. Como mi amigo Antonio Altarejos, exprofesor de lenguas clásicas y padre de familia numerosa. Prefiero pensar que sigue en su casa. Con su mujer y sus hijos, y las novias y mujeres de sus hijos, y los hijos de sus hijos, y algún amigo de sus hijos, tal y como lo recuerdo. Pero no lo comprobaré. Por si acaso.

Con Claudio Rodríguez es diferente. No sólo sigue vivo después de muerto, sino que tiene la misma edad que tenía cuando los dos teníamos la misma edad. Diecisiete años.

En el *Retrato de un vikingo*, biografía que escribió Alicia Luna en el 88, la autora recaba los testimonios de algunos de mis amigos y Claudio dice de mí:

Le conocí el primer año de Facultad. Enseguida nos hicimos amigos. Él no sabía que yo era aficionado a la poesía y yo no sabía que él tenía esa personalidad tan mágica. No sabíamos nada el uno del otro pero, así las cosas, nos hicimos amigos. Algo que me llamaba la atención era el increíble parecido que tenía con Rimbaud. Después de que naciera esa amistad, cosas de la casualidad, yo descubrí que su padre había sido profesor mío en Zamora. Fue mi profesor de francés cuando yo estudiaba el bachillerato. Era un hombre tremendamente bondadoso.

Claudio decía que yo me parecía a Rimbaud. Pero, en mi opinión, el que se parecía a Rimbaud era él. El caso es que nos parecíamos el uno al otro y, además, habíamos tenido el mismo profesor: mi padre. Antes de que consiguiera recuperar la cátedra que le habían arrebatado tras la guerra y, seis años después, lo destinaran al Instituto de Zamora, papá nos había dado clase a mi hermana y a mí en el piso de Sainz de Baranda 20 de Madrid. En la biblioteca y en el pasillo de aquella casa desarrollé la imaginación como réplica a la sórdida realidad de la posguerra y a las dolorosas peleas conyugales. En eso consistía mi supuesta personalidad mágica. Entresaco otras frases en las que Claudio alude a nuestra singular amistad:

A Gonzalo le apasionaba la sorpresa [...] vivíamos de forma irracional [...] andábamos, hablábamos [...] estábamos todo el día juntos [...] era una vida de aventuras [...] conectábamos por el carácter mágico e independiente [...] una cosa estaba clara: Gonzalo no estudiaba, no le interesaba por lo que fuera...

Efectivamente, en los años de Facultad ni siquiera solía asistir a las clases con la salvedad de las impartidas por el latinista Antonio Ruiz de Elvira y el arabista Emilio García Gómez a los que admiraba aunque nunca aprendí nada de sus respectivas asignaturas. Por lo demás, tenía la insensata impresión de que todo estaba dentro de mí o provenía de los influjos de una musa intercesora, en ocasiones aviesa, que solía aportar su sarcástico sentido del humor a las creencias y enseñanzas con las que pretendían adoctrinarnos. Los libros de ficción eran en mi infancia y adolescencia la realidad virtual en la que me veía inmerso antes de que la imagen la condicionara.

Claudio, por su parte, poseía el don de la ebriedad. La luz detenía el instante y la claridad venía del cielo. No de una bombilla que se enciende y apaga con un botón intermitente, como se apaga y enciende el pensamiento en su incesante parpadeo. O como, ahora, encendemos y apagamos un

ordenador. La magia no necesitaba artefactos ni la percepción intermediarios. Si acaso, un vino tras otro para no interrumpir el rumor del río Duero.

Estábamos de acuerdo. Lo real era mágico. La claridad venía del cielo. Pero las bombas también, precisaría yo. En eso radicaba nuestra diferencia. Para mí, todo era repentino y fugitivo. Surgía y desaparecía sin doblar ninguna esquina. Como los pensamientos circulan por los vericuetos del cerebro. Ni la idea ni la palabra podían detenerlos. Ni preverlos. Así es el acontecer. De ello cabe deducir que, a los diecisiete años, Claudio tenía la madurez que todavía no tengo. Ni tendré.

Vagabundeábamos sin cesar por los pasillos, el bar y alrededores de la Facultad de Letras. O más allá. En interminables paseos por Madrid hasta la calle Ibiza donde, por aquel entonces, yo vivía con mi padre y mis hermanos Carlos y Sylvia y la madre de mi padre, a la que no queríamos porque hablaba mal de mamá en nuestra presencia. No obstante, era una buena mujer.

Una tarde, de forma inesperada, nos habían llevado a mi hermana y a mí de Sainz de Baranda 20 al 35, 8.º A, de la calle Ibiza. Fue una explosión. El día de la violenta ruptura de mis padres. El mundo se había acabado y sólo nosotros nos habíamos enterado. Tampoco papá habría podido imaginar que viviría en esa casa hasta el día de su muerte. Ni yo podía suponer que, arrastrando a mi hermano, cámara en ristre y tumbado boca arriba en una manta, inventaríamos el primer travelling de nuestra vida sobre las baldosas de ese pasillo cuyo techo, surcado por cañerías a la vista, nos comunicaba intestinalmente con cuarenta y un vecinos, cinco puertas por descansillo y un portero agazapado en su cubil.

En uno de los pisos de abajo, vivían los Panero. El padre era un antipático poeta del franquismo. La madre, inteligente, elegante y bella, se llamaba Felicidad. Anacrónico nombre para el aciago devenir de la fugaz saga familiar. Supuesto maleficio que Michi, el más pequeño de los tres hijos, atribuía a la rosada humareda que, al amanecer, emanaba de la quema de vendajes en la leprosería del hospital Francisco Franco, en el confín de la calle.

No eran los Panero los únicos ilustres personajes de la calle Ibiza. En el número 33 vivía el falangista disidente Dionisio Ridruejo. En la fachada de enfrente, una placa conmemoraría el nacimiento del tenor Plácido Domingo. Y, en el número 20, mi tío Julián editaba, entre otras, las partituras de Charles Trenet. Además, el barrio tenía tres tontos callejeros y una niña velluda de la que se decía que su madre se había acostado con un mono. Algunos chicos malos perseguían a la pobre chiquilla para alzarle las faldas y ver si tenía rabo.

A la puerta del Retiro vendían pipas, palo luz, limones con caramelo incrustado y fotogramas de películas. Pero lo que más llamaba la atención de Claudio Rodríguez eran los rótulos de hojalata, como «É pericoloso sporgersi», que yo sustraía de trenes o lugares públicos y exhibía en la pared de mi cuarto alternándolos con postales de Lautrec, Bonnard, Modigliani, autorretratos de Van Gogh o la fotografía de Gérard Philipe y Michel Simon en *La Beauté du diable* de René Clair. El

colmo de mis arrebatos cleptómanos y de mi insensatez tuvo lugar en el Museo de l'Orangerie de París, de donde me llevé un gran cenicero de cristal en lugar de robar con escalpelo un nenúfar de Monet. Con este robo quise emular el cometido por Picasso y Apollinaire con las estatuillas del Louvre que acabaron en aguas del Sena. Tras un recital en el Ayuntamiento de Segovia, Claudio y yo escamoteamos sendas botellas bajo nuestras respectivas chaquetas. Cuando el alcalde me estrechó efusivamente la mano para felicitarne, la botella se desprendió de mi sobaco y fue a caerle en un pie y, cuando Claudio se apresuró a recogerla, su botella rodó sobre la alfombra. El alcalde fingió no haber visto nada y, ante el rumor reprobatorio de la concurrencia, un solícito conserje recogió las botellas y las devolvió al lugar del que habían sido sustraídas. Nunca actor alguno hizo tan raudo mutis como nosotros. Las botellas quedaron atrás en su triste repisa entre ecos de Miguel Hernández, Gabriel Celaya, Blas de Otero, García Lorca y Antonio Machado, desperdigados bajo el retrato impertérrito de un Francisco Franco con su fajín rojo de borlas y plumeros amarillos, pálidas manos desmayadas sobre lacios guantes, bastón de mando a modo de mayestático cetro, vacua mirada y satisfecha sonrisilla de meliflua soberbia. Tanto Claudio como yo atisbamos en la manga izquierda del terroso uniforme una distinción que parecía una salpicadura de sangre. Éramos más perspicaces observadores que inteligentes ladrones.

Lo curioso del caso es que, siendo Claudio ya un extraordinario poeta y yo un lector empedernido que escribía y destacaba como actor en el teatro universitario, no solíamos hablar casi nunca de libros ni de películas. Ni de política. Pero asistíamos a los mítines clandestinos del llamado Congreso de Escritores, del que Claudio sería circunstancial secretario. Aun así, tanto él como yo considerábamos sospechoso que para estas reuniones subversivas se nos llegara a asignar el Pabellón de Gobierno de la Ciudad Universitaria. Eso equivalía a celebrar una conspiración en un escaparate. Diríase que el secreto propósito no era otro sino exponer nuestros presuntamente secretos planes y revelar nuestras nada secretas identidades a ojos y oídos de la Brigada Político-Social. Puede que tras las arengas y esperanzadas proclamas subyaciera una estrategia cuya prioritaria finalidad fuera dar cuenta en el extranjero de la existencia de una oposición estudiantil y de las represalias que generaran. Algo así experimentaríamos, años después, en el encierro de los trescientos en Montserrat, donde los líderes lanzaban soflamas para que resistiéramos sin claudicar hasta conseguir que los tanques entraran en el recinto del monasterio. Pero, una vez obtenida la repercusión internacional, bastó una palabra del abad para que los exaltados dirigentes cambiaran de opinión y decidieran que nos entregáramos a la Guardia Civil con el carnet de identidad en la boca.

Por fortuna, la política y la épica son polos opuestos. Cuando se encuentran, suelen traer trágicas consecuencias. En cambio, por desgracia, la ética y la política rara vez coinciden. En nuestros días, el engaño y el cinismo pasan por ser virtudes democráticas. Maquiavelo sigue teniendo la última palabra.

Antes de mi exilio voluntario a París, recitaba poesías en los auditorios de las universidades y había iniciado una prometedora carrera como actor teatral en el María Guerrero con *El momento de tu vida*, de William Saroyan, pasando por el Creonte de *Medea* en el Teatro Romano de Mérida y otras actuaciones estelares rematadas, nunca mejor dicho, con el Próspero de *La tempestad*, donde suplí mi falta de memoria con brillantes improvisaciones que dieron mayor realce a la traducción en verso blanco de William Shakespeare.

Por su desenlace grotesco, rescataré aquí una de las obras proscritas de Alfonso Sastre, *El pan de todos*, representada en el Paraninfo de la Facultad de Letras bajo la dirección de mi admirado y querido Rafael Sarró.

Al final de cada acto, el telón tardaba tanto en cerrarse que, mientras los actores permanecíamos mudos y paralizados, los chirridos de las poleas al correr los renqueantes cortinajes ponían a prueba la paciencia del público que abarrotaba la sala.

La obra acababa con un emotivo monólogo, inspirado en el final de *La muerte de un viajante*, que mi mujer en la ficción pronunciaba sobre mi cadáver tumbado boca abajo. La intérprete en cuestión era una conocida actriz cuyo nombre no recuerdo. Lo que sí recuerdo es que no se sabía el texto y, para subsanarlo, había colocado un papel sobre la espalda de mi cuerpo yacente. Mientras ella, transida de dolor, leía su parte, a mí me entró un ataque de risa. Para justificar las convulsiones del difunto, la actriz se puso a sacudirme, al tiempo que, entre sollozo y sollozo, intentaba recuperar la letra depositada en mi agitado dorso.

Para colmo, el tramoyista tuvo una idea. Si el telón tardaba en cerrarse, la solución consistía en empezar a activarlo antes para que el cierre coincidiera con el final de la función. Pero, esta vez, inopinadamente, el telón se cerró de golpe cercenando de un solo tajo el monólogo. Ante el estupor general, atronó la voz del representante de Alfonso Sastre: «¡Me cago en Dios, nos han jodido la obra!».

La blasfemia impresionó al auditorio, pero las cuestiones de índole cultural no parecían preocupar demasiado a un régimen que incluso las utilizaba como síntoma de apertura democrática. También dejaban que los chistes proliferaran y sirvieran de desfogue. Ingeniosos, procaces, frívolos o feroces, no se sabía de dónde venían ni quién era el autor. Algunos resultaban de palmaria inocencia. Como ese del hombre que, leyendo el periódico en el metro y sin poderse reprimir, exclamaba: «¡Vaya país de mierda!», y un policía de la Social que viajaba a su lado le detenía de inmediato. El individuo argüía en vano que no se refería a España. «El único país de mierda es éste», concluía tajante el policía y se lo llevaba esposado a la sacrosanta Dirección General de Seguridad.

Pues bien, en ese país de mierda, sobre la mesa del comedor de casa, Claudio y yo jugábamos al fútbol con una modalidad de mi invención en la que cada jugador, tallado en corcho o madera, adquiría formas diferentes y distinta manera de jugar. Por ejemplo, Ben Barek, jugador marroquí

del Atlético de Madrid que yo admiraba por su clase excepcional, era un rectángulo de corcho con un lateral afilado que le permitía elevar la pelota de plastilina sobre la barrera de tapones que conformaban la defensa. Por su parte los porteros eran palitroques con una tuerca de plomo en la base para tenerse en pie ante las diminutas porterías con red, como las de verdad.

A las piezas de mi equipo virtual les había asignado nombres del mítico Atlético de Madrid entrenado por Helenio Herrera. Gracias a la relación de Helenio con mi madre, presencié mis primeros partidos en directo, compartiendo autocar y vestuario con los jugadores o incluso, en una ocasión, sentándome en el foso del entrenador. No sería la última vez que viera un partido a ras de hierba, pero me parece inconcebible que, por muy hijo de Helenio Herrera que pasara por ser, permitieran a un chico de dieciséis años sentarse en el banquillo en plena competición liguera. Aquel día, el Atlético ganó al Real Madrid en el estadio de Chamartín por 3-6 y Ben Barek marcó dos goles.

En aquellos tiempos todavía no se podían cambiar jugadores en el transcurso del partido y recuerdo cómo un defensa llamado Farias, durante el juego, se acercaba sudoroso y angustiado a la banda para decir que no podía continuar porque estaba mareado. Con inusitada dureza y la voz estridente que le caracterizaba, Helenio le conminaba a seguir jugando. Este incidente me impresionó. Ponía de manifiesto la inclemencia, rayana en la crueldad, del hombre al que admiraba no sólo por su fama sino, sobre todo, por haberle arrebatado mi madre al tal Pérez de Urbel, culpable a mis ojos de la ruptura matrimonial de mis padres. El caso es que yo me sentía con Helenio como Jim Hawkins con el Long John Silver de *La isla del tesoro*. Aunque él se identificara más con el Kirk Douglas de *El ídolo de barro*. Lo más insólito era que, a veces, me pidiera mi opinión sobre cuestiones tácticas. Nunca dejaría de hacerlo.

En el cajón, junto a los diarios de mi infancia que mi padre escribió, iniciados un 30 de julio de 1934, día de mi nacimiento, hay un cuaderno de hule negro, fechado en otro 30 de julio. Esta vez, de 1941. Se trata de los primeros y minuciosos estudios de un Helenio Herrera aspirante a entrenador de fútbol en París. A diferencia de la pulcra caligrafía de mi padre y la serenidad que denota al hablar de su hijo sin apenas aludir a la guerra ni a sus consecuencias, la letra de Helenio, prieta y escorada a la derecha, con tinta azul sobre cuadrícula desvaída, en un francés a veces ininteligible, es la partitura de una hipotética batalla.

Me gustaría suponer que, en cierta manera, los partidos que el poeta Claudio Rodríguez y yo jugábamos sobre la mesa del comedor del piso de la calle Ibiza prefiguraban los informes técnicos que, a mediados de los sesenta, yo haría en Italia para aquel memorable Inter de Milán de Helenio Herrera.

En los años cincuenta, no dejaba de ser sintomático que Claudio me comparara con Rimbaud, cuando Rimbaud era él, o que yo me identificara con el príncipe Myshkin de Dostoievski o que Helenio Herrera fuera —o quisiera ser como el Kirk Douglas de las películas americanas, o que mi

madre siguiera los consejos de estilo y belleza de Anita Colby y que mi padre, a mis ojos, se pareciera al Henry Fonda de *El sargento inmortal*. Ficticias entidades de otras galaxias, literarias o cinematográficas, prestaban espectrales imágenes para su sublimación como réplica a la mediocridad de un entorno en el que la cultura y el modelo de vida provenían del extranjero, mientras el aire de la Sierra circulaba por el paseo de la Castellana y el don de la ebriedad que Claudio traía de su Zamora natal encontraba la claridad del cielo madrileño.

**Los zapatos de Helenio Herrera y el colmillo de
Pepín, una botella de armagnac y otra de coñac
Napoleón, «L' homme à la moto» y el mayo 68
de Alexandre Astruc**

De la correspondencia de Helenio, siempre exhaustiva y repleta de pormenores sobre los partidos jugados o por jugar del Inter de Milán, destaco el comienzo de una carta fechada en Appiano Gentile el 19 de septiembre de 1965 en la que muestra su euforia por los éxitos obtenidos: «Querido Gonza –me escribe–: Acabo de llegar de Buenos Aires con el título de Campeón del Mundo por la segunda vez consecutiva y en sólo dos partidos y ya son dos títulos de Campeón de Italia, de Europa y del Mundo y como *jamais deux sans trois* estamos listos para ganar por tercera vez».

Cuando murió Helenio un 9 de noviembre de 1997, la periodista Fiora Gandolfi se apresuró a ejercer de viuda aunque ya estuvieran separados hacía tiempo. Voló de su palacio veneciano al apartamento de la plaza Mayor en Madrid donde su famoso exmarido solía cobijarse en su vejez y verse con mujeres de nada dudosa reputación. La Gandolfi recogió los enseres del difunto y se pasó por nuestra casa para visitarnos a Hélène y a mí. Su atuendo era más estrafalario que de costumbre. Con un hatillo de trapo bajo el brazo y una deslavazada falda con la que escobillaba el suelo, tenía el aspecto de una Baba Yaga rusa o de una hippy desfasada. Para nuestra sorpresa, desató el hatillo sobre la mesa y entre telas de diversos colores, tejidas y teñidas por ella, sacó unos zapatos que me entregó como si se tratara de una irrisoria herencia. Acepté el regalo con aprensión y, al tiempo, como un sarcasmo del destino. En mi adolescencia, cuando mi madre vivía con Helenio, yo solía calzar los zapatos que él desechaba. Me estaban grandes y la puntera se alzaba al cielo mientras la horma sopesaba cada pisada en el suelo. Aquellos zapatos tan pronto me conferían majestuoso aplomo como andares de payaso fuera de la pista. El que ahora heredara de Helenio precisamente sus zapatos lo consideré una broma póstuma de mal gusto. Por supuesto, nunca me los puse y cuando fui a Asturias se los regalé al hombre que nos cuidaba la casa de Lledías y al que, desde niño, llamaban Pepín «El Nuestro» para distinguirlo de los otros *pepines* que, como él, pululaban libres y desamparados por el lugar.

A nuestro Pepín lo conocí en un bar de Posada de Llanes la noche anterior al rodaje de un spot de leche. Connigo, además de los consabidos técnicos, se habían desplazado a Asturias los

clientes y los ejecutivos de la agencia. Todo estaba previsto para comenzar a las ocho de la mañana del día siguiente. Pero, a última hora y por sorpresa, el lugareño contratado para desempeñar el personaje principal se negó a madrugar.

«Tengo mis costumbres»,^[1] adujo. La objeción me dejó perplejo y admirativo. Lo consideré una muestra encomiable de carácter, pero la luz también tenía sus costumbres y los clientes y ejecutivos tampoco alterarían las suyas ni el presupuesto por las veleidades de un advenedizo. Así que busqué a la desesperada un sustituto y, providencialmente, encontré a Pepín.

Tenía todo lo que el personaje requería pero le faltaba un colmillo y los clientes no podían aceptar que el hombre que iba a anunciar las propiedades de su leche tuviera una dentadura defectuosa. Prometí que lo arreglaría con miga de pan. Había oído aquel remedio no sé dónde ni sé a quién. Momentos antes del rodaje, comprobé que la idea era espantosa y el resultado peor. La sonrisa de Pepín ofreciendo un vaso de leche a un niño resultaba más horripilante que la de Bela Lugosi en el papel de Drácula. Acuciado como estaba, tuve una ocurrencia: nada se parecía tanto a un colmillo como un supositorio. Pedí que me trajeran una caja. Extraje uno. Lo corté en la medida justa y, con la punta hacia abajo, se lo incrusté a Pepín en el hueco de la encía. Era el colmillo soñado. Con una salvedad. Gruesos lagrimones se deslizaron por las curtidas mejillas de Pepín. Sorprendido por el efecto causado, me apliqué el resto del supositorio a la punta de la lengua y, al primer leve contacto, comprobé que aquello no estaba concebido para ser introducido por la cavidad bucal.

Hacía rato que el sol había sobrepasado el horizonte y se asomaba ya por encima de los tejados. El equipo, los clientes y los ejecutivos empezaban a perder la paciencia y yo la confianza en mi proverbial capacidad de improvisación. Entonces sucedió algo extraordinario. Convoqué a las nueve musas y, en su lugar, se me apareció el actor Kirk Douglas. Con su característica sonrisa crispada y su hoyuelo en el mentón. Actué en consecuencia y le pedí a Pepín que sonriera como Kirk Douglas. Aunque se diera la circunstancia de que la primera película que había visto en su vida fuera precisamente *Veinte mil leguas de viaje submarino*, Pepín no sabía quién era ese señor. Le expliqué entonces que sonriera con su mirada chispeante y mantuviera la boca cerrada. Que presionara los labios y contrajera la mandíbula. Imité a Kirk Douglas, como antaño imitaba a otros actores, y Pepín me imitó a mí. Sus ojillos percutían como luciérnagas estelares. No cambiaría la sonrisa de la Gioconda por la de Kirk Douglas estampada en la faz de Pepín.

Gracias a la triquiñuela, el anuncio obtuvo un éxito inusitado y Pepín también. No sólo subieron espectacularmente las ventas de la leche Puleva sino que, durante la presentación en Barcelona, el entonces presidente Pujol le dio un abrazo y quiso que sus hijos lo conocieran. Hay acontecimientos que, con el paso del tiempo, cobran irónicas perspectivas.

Como Helenio Herrera, Pepín «El Nuestro» se había criado en la más absoluta de las miserias. Durante la guerra, vivió refugiado en una cueva y recordaba con especial dolor cómo el efecto

expansivo de una bomba le había arrebatado el plato de las manos en el momento de llevarse la cuchara a la boca. No perdía nunca su peculiar humor, incluso después del accidente de coche en el que se mató su compañero de viaje y a él también le dieran por muerto. Cuando llevaban los cuerpos a las dependencias hospitalarias, Pepín recuperó la conciencia y, con un intempestivo regocijo, dio ánimos a los que conducían la ambulancia que, al oírlo, se preguntaron sobresaltados: «¿Quién va con ellos?». El hecho de llevar a su lado el cadáver de un colega no alteraba el humor de Pepín, que se había criado en un contexto donde la muerte y la vida eran parte de los juegos de infancia.

Pepín disfrutaba de gran popularidad en la comarca y del afecto de los que le conocían. Un buen día, me propuso quedarse para cuidar la casa de Lledías y, durante años, habitó la vivienda del guardés. Seguía comportándose como un niño grande y, en ocasiones, tuve que reprenderle para que no maltratara animales. Pero no sólo se convirtió en mi amigo sino en asiduo colaborador de las películas que rodé por la zona o en actor ocasional de alguna de ellas. Era parte de la naturaleza del entorno y de mí mismo. Hasta que una mañana de agosto de 2009 vino a mi encuentro muy atildado para decirme que había vendido unas maderas y que un vecino le llevaría en su tractor a celebrarlo. Apenas habrían transcurrido diez minutos, cuando recibí la llamada. Pepín se había caído del tractor y estaba en coma. Esta vez, no se despertó en la ambulancia. En la cuneta quedó uno de los zapatos de Helenio Herrera que Pepín «El Nuestru» se había puesto en día tan señalado.

Es larga la lista de mis amigos muertos. Abro al azar una antigua agenda. A cada nombre se le adjudica un número. Como si se tratara de la siniestra lista de un campo de concentración. Los números constan de siete dígitos. Corresponden a viejos teléfonos ya sin voz. Con cada número en desuso, ha enmudecido una vida pero cada nombre adyacente suscita reminiscencias.

Hoy, 9 de enero de 2016, ha muerto el modisto André Courrèges. En mi agenda, le corresponde un 3597217 o un 7207044 de París. El párkinson tardó veintitantos años en acabar con él. La misma enfermedad que, en sus últimos días, padeció mi padre. También su amigo el profesor Miguel Kreisler. Pero Kreisler no murió a consecuencia del párkinson, sino apuñalado en la calle por un loco. Eso sucedió el 28 de diciembre de 1959. Mi padre y mi hermano Carlos estaban pasando las navidades con nosotros en Barcelona. Papá, que había trabajado de bibliotecario con Kreisler en el Instituto Francés de Madrid, se enteró del asesinato por los periódicos el mismo día en que recibía la felicitación navideña de su amigo. Desde entonces, odio las felicitaciones de Navidad aunque no pueda dejar de barajar en la memoria las que puntualmente recibía de Courrèges casi siempre ilustradas con un dibujo o acompañadas de una reflexión filosófica o de una cita poética.

Lo había conocido en el año 50, cuando nos enseñaba a jugar al rugby en los campos de la universidad y él trabajaba para Balenciaga en Madrid. Luego, en los sesenta, se convertiría en el

más famoso y revolucionario diseñador de ropa para mujeres de su tiempo. Un 7 de abril de 1995, nos vimos por última vez.

Coqueline, su compañera y colaboradora, me instó a subir al último piso de aquel sofisticado lugar, en la rue François 1er, que yo conocía bien y donde la muerte y la sordidez parecían cosa ajena. Como si la luz las espantara. Desde el fondo del pasillo, flanqueado por espejos, mi amigo vino hacia mí. Titubeante. Con pasos cortos y torpes. El párkinson trepaba por sus piernas y se encaramaba hasta sus trémulas manos. Lo habían confinado en una bombonera de cristal, desde la que se veían el cielo y los tejados de la ciudad. París volvía a estar a sus pies. Pero él apenas podía andar.

Me mostró los cuadros que pintaba a la manera de Mondrian y me pidió que me quedara a comer. A la luz cegadora que a través de las vidrieras hacía que todo se tornara traslúcido, iba y venía una robusta y anacrónica criada española, de falda negra hasta las pantorrillas y delantal con faltriquera, para servirnos la frugal comida sin pan ni sal. Por lo demás, estábamos solos. Sin embargo, André hablaba *sotto voce* como si temiera que le oyeran. Se lamentó con amargura de haber sido suplantado y de que hacían las cosas en su nombre sin contar con él. Sentado, seguía teniendo el mismo aspecto de antaño. Cabello escaso y rasurado, diríase que sus ojos observaban más que miraban y su sonrisa, apenas esbozada, languidecía en la comisura de los labios. La tez morena y una nariz de púgil retirado le proporcionaban más la apariencia de un deportista que la de un profesional de la moda. En un fugaz zigzag, lo vislumbré en la cancha de rugby con el balón oblongo en los brazos, a punto de alcanzar los palos en el confín del césped antes de caer placado por su propia sombra y reaparecer, de repente, entre mujeres sin tacones ni sostenes, de blanco atuendo y tramas tricotadas, minifaldas o pantalones con peto, telas metalizadas, cuerpos geométricos que, bajo su conjuro de prestidigitador, aparecían y desaparecían tras un biombo.

Ahora, abatido por la enfermedad, se sentía arrumbado y traicionado por su más íntimo entorno. Los dos sabíamos que no nos volveríamos a ver, y quiso regalarme una botella de armagnac que había diseñado y llevaba su nombre.

–Esto es lo que queda de André Courrèges –dijo con amarga retranca.

O puede que dijera: «Esto es lo mejor de André Courrèges». No lo recuerdo con exactitud. Tanto da. Guardo la botella vacía como el más preciado de los trofeos.

Entre una botella de armagnac y otra de coñac Napoleón, irrumpe el recuerdo del actor Maurice Ronet. 5550562 de mi agenda.

Tengo la sospecha de que mi amigo había intentado emular la muerte de Lawrence de Arabia estrellándose en motocicleta contra un árbol en Normandía. No se mató. Se recuperó del coma y murió dos años después de otra cosa. El 14 de marzo de 1983. A los cincuenta y cinco años. En la cama de un hospital de París. Habría preferido hacerlo de otra manera. Me consta. De lo que deduzco que, dos años antes, en Normandía, no fue el árbol el que se interpuso en su camino ni el

camino el que le desvió de la ruta. Ya se sabía enfermo. Y él no quería morir ni de enfermedad ni de viejo.

Una noche en el Moulin Rouge la cantante Nicoletta se sentó en sus rodillas. La sala entera y yo desaparecimos. Inmersa en los ojos de Ronet, susurraba trémulas palabras. Por aquel entonces, Nicoletta había vuelto a poner de moda una canción de Edith Piaf titulada «L'homme à la moto». La canción trataba de un motorista de irresistible atractivo que acabaría arrollado por el tren al saltarse un paso a nivel. Nada es premonitorio sin una tendenciosa lectura a posteriori. Pero la imagen de Ronet en el Moulin Rouge con Nicoletta en las rodillas y la consabida copa en la mano en vísperas de que los estudiantes levantaran los adoquines de las calles constituía una estampa al tiempo anacrónica y prototípica de aquel París del 68 y un devaneo del azar.

Maurice atraía a las mujeres sin proponérselo y, en ocasiones, las trataba con displicencia, como si formaran parte de un tributo que le era debido. Más entusiasta que con las mujeres se mostraba cuando hablaba de Hernán Cortés, de Melville, de Buster Keaton o del dragón de Komodo. En lo que respecta a su actividad como actor, la consideraba más un ejercicio profesional que una vocación. Durante las entrevistas, su mirada evasiva y su actitud indolente delataban la indiferencia que el arte de la interpretación le suscitaba, salvo cuando el personaje se adecuaba a su forma de ser. En una ocasión me confesó que no existía director que le dijera lo que tenía que hacer durante los rodajes. Ignoro si aplicaba la misma norma en las películas que dirigió, como *El ladrón del Tibidabo* o *Bartleby, el escribiente*. De determinado cine francés le repugnaba el costumbrismo que, según su expresión, «olía a camembert». Le gustaba Jacques Tati, era amigo de Alain Delon y admiraba a Picasso, que, a los noventa años, seguía pintando con la espontaneidad de un niño. Él también pintaba de vez en cuando y habría querido ser escritor.

En el primero izquierda del primero bis de la avenida de Lowendal del distrito séptimo, después de la comida y hasta la hora de cenar, nos proyectaba a los amigos películas en dieciséis milímetros que veíamos tumbados a la bartola sobre la moqueta del salón. Odiaba al Charlot de los cortometrajes mudos por considerarlo un grosero que se meaba en los pantalones y daba patadas en el culo a los conserjes, pero también odiaba al Chaplin de las últimas películas por patético, sentimental y ridículo. No imaginaba que acabaría casándose con una hija de Charles Chaplin, Josephine, con la que pasaría sus últimos días en su casa de Bonnieux y tendría su único hijo.

Maurice era tan famoso que algunos restaurantes se mantenían abiertos hasta que él decidía cerrarlos. En una de esas interminables sobremesas amanecimos en Montmartre y Victor Kerdonkuff, jefe de prensa y amigo íntimo, nos propuso acompañarle a su despacho, 99 avenida Mozart, donde guardaba a buen recaudo una botella de coñac Napoleón. Desde los tiempos de las correrías universitarias con el poeta Claudio Rodríguez, yo no había vuelto a beber. El cine y mi amistad con Ronet supusieron mi bautismo de fuego y el coñac Napoleón de Kerdonkuff mi peor

Waterloo. El obelisco y la torre Eiffel tardaron más de una semana en enderezarse y el cielo de la ciudad en lograr que se desvaneciera la espiral sideral del cuadro de Van Gogh. Así describo metafóricamente los efectos de la napoleónica resaca en *Con el cielo auestas*. Pero hay otro tipo de resacas que no requieren la ingesta de alcohol. Y perduran en la conciencia.

Maurice Ronet y una amiga, cuya belleza ha eclipsado su nombre en mi memoria, cenábamos con el director Alexandre Astruc y una joven pareja, habituales colaboradores de Jean-Luc Godard, cuyos nombres prefiero omitir. En un momento dado, Astruc opinó que *La Chinoise* ponía de manifiesto la incapacidad de Godard para realizar una película. La opinión, por controvertida que fuera, provenía de uno de los mayores exponentes del cine de autor, integrante de la élite intelectual y artística de Sartre, Beauvoir, Camus, Gréco, Prévert y precursor de la Nouvelle Vague en sus películas y escritos. La consabida rebeldía generacional no justificaba, en ningún caso, la falta de respeto y, mucho menos, el maltrato a la persona. Pero la joven pareja, que ahora ya tendría mi edad, espoleada por el fervor que las afinidades maoístas de Godard les imbuía, se convirtió a mis ojos en una jauría de espumarajeadas fauces que arremetía con ferocidad contra Astruc. Presenció atónito cómo lo tildaban de decrepito vejstorio, cuando todavía no había cumplido los cincuenta, y le auguraban, entre otras lindezas, que pronto moriría de envidia y frustración.

Afortunadamente, el maleficio no obtuvo la inmediatez augurada y Alexandre Astruc murió a los noventa y dos años con un vaso de whisky en la mano. Aunque en el fondo del vaso todavía quedara un poso del agravio recibido. Yo tampoco he podido olvidarlo.

Para aquellos jóvenes despiadados la juventud era un valor imperecedero y sus gregarias convicciones les adjudicaban el derecho a aniquilar a los que no estuvieran de acuerdo con ellos. Me repugna el fervor por líderes cuyas ideas suelen servir de señuelo para llevarnos a rediles de intolerancia o, en ocasiones, a morir y matar. Salí en defensa de Astruc mientras lo despedazaban vivo, sin que mi intervención consiguiera aplacar los ánimos. Maurice, con displicente prudencia, había optado por mantenerse fuera de la melé y su bella acompañante, visiblemente impresionada, jugueteaba con un mechón de pelo. Me levanté como si fuera a los servicios y, huyendo de Godard y Mao Tse-Tung, recorrí Saint-Germain-des-Prés como alma que lleva el diablo hasta reencontrarme en el espejo estriado del ascensor del hotel de la rue des Écoles en cuyo cuarto piso, pocos días después, haría la maleta para regresar a Barcelona cuando empezaron a arrancar adoquines y montar barricadas en las calles. No me gustan las algaradas. Ni el coñac Napoleón de Victor Kerdonkuff.

**Un reflejo de Campari en los ojos de Lisa
Mitchell, efluvios de *Gorila en Hollywood* y
*El hombre que soñaba demasiado bajo la mirada
daltónica de un King Kong albino***

La ciudad de Los Ángeles es una piscina de aguas azuladas y cloro venenoso. Su desagüe se llama Hollywood. Libélulas, mariposas y reptiles acuden atraídos por focos, pantallas y alfombras rojas. Es el paraíso de los horteras y el purgatorio de los tontos. Allí estaba yo.

En una terraza a la puerta de su estudio, 2262 W. Gower Street, Hollywood 90068, bajo el cegador sol californiano y al amparo de la pámela de su encantadora secretaria Lisa Mitchell, Ray Bradbury me invitó a comer.

Tenía el aspecto de un James Bond de vacaciones que esperara verse inmerso en alguna de esas misiones en las que, en lugar de poner el dedo en el gatillo de una Walther PPK, ponía el dedo en el teclado de una máquina de escribir. Al respecto, me contó que había escrito *Crónicas marcianas* introduciendo un dólar por hora en una máquina instalada en los sótanos de la UCLA que él equiparaba a la madriguera del conejo donde Alicia se precipita en un agujero del universo. Teletransportada por los pies, como diría mi nieto. O a golpe de remo por las aguas del Támesis en la barca de un tal Charles L. Dodgson, precisaría yo.

–Las ideas surcan el espacio sin rumbo ni dueño –dijo Bradbury–. Si no las atrapas al vuelo, se van con otro o se pierden como chatarra a la deriva.

El hecho literario le resultaba inextricable. Al tratar de describirlo, utilizó el término «explosión» que abarcaba tanto la extrañeza que le suscitaba la escritura en sí misma como el éxito que, en su caso, comportaba. Incluido el cine. En la cápsula espacial de las salas oscuras, la literatura cobraba la engañosa existencia que las imágenes le proporcionaban mientras los personajes perdían la identidad que la libre imaginación del lector les confería. Escribir es una sesión de espiritismo o, si lo prefieren, un viaje astral, decía Bradbury. Tanto da. El cine, en cambio, era una embaucadora realidad. Una ruidosa fantasmagoría de luces y sombras. Ante la pantalla deveníamos como esas moscas tontas que se obstinan en atravesar un cristal. No obstante, a él le gustaba el cine y... las moscas. Algún día, decía, volaríamos como ellas vuelan y veríamos como ellas ven. Como volamos con alas de papel cuando leemos un libro. Lejos de esos rediles

donde nos tosen y estornudan en la nuca o nos trituran palomitas al oído. Al decir estas cosas, traducidas al francés por Lisa Mitchell y aquí reproducidas por mí en castellano, una sonrisa de chico travieso se esbozaba en la comisura de sus labios. Utilizaba el mismo aire zumbón para despotricar contra esos trastos caseros llamados televisores. Pero no estoy seguro de que todas las cosas que digo las haya dicho él, porque la pamea de Lisa Mitchell me las devolvía como si las dijera yo.

Arriba, el estudio es una atiborrada estancia inundada de luz. A nuestro alrededor, un espatarrado reno de trapo, una bicicleta arrumbada y el ectoplasma de Edgar Allan Poe enmarcado en la pared dan testimonio del espíritu lúdico, deportivo y mitómano de Bradbury.

De repente, la brisa que se cuele por la ventana entreabierta hace fluctuar las alas de la pamea de Lisa Mitchell que, al llevarse la copa a los labios, provoca que el reflejo irisado del Campari en sus ojos coincida con el destello del flash de la polaroid que interrumpe el instante para immortalizarnos a Bradbury, a Poe y a mí, en un irrisorio remedo de posteridad.

La fotografía se publicó en la edición de *Gorila en Hollywood*, donde relato mi primer encuentro con Bradbury en un despacho de los estudios de la MGM:

Durante la posproducción de su última película, Sam Peckinpah vivía allí con Katy Haber, su incondicional secretaria. El habitáculo era tan asfixiante como la roulotte de rodaje o el bungalow de Malibú. Olía a pis de gato. Un arisco gato negro de Borneo y una siamesa sinuosa y ronroneante. El macho solía subirse a lo alto de la puerta entreabierta y maullar desesperado porque no podía bajar. La hembra prefería jugar con las revistas pornográficas dispersas sobre la mesa. Una fotografía apaisada de Isela Vega en pelotas ocupaba la pared. Precisamente, con la espalda apoyada en esa pared y sentado en el suelo, estaba Ray Bradbury. Unas gafas de gruesa montura realzaban su prominente nariz y dilataban la risueña mirada. Lisa Mitchell compartía sofá con dos damas secas como nueces sin cáscara. Un representante, con pinta de guardaespaldas, me sopesaba con supina displicencia. Pero había alguien en quien convergían todas las miradas: era un ser angelical. Una jovencita de traslúcidos tirabuzones y ojos de celestial transparencia bajo etéreas pestañas postizas. Parecía un regalo de Navidad envuelto en celofán. Aspiraba al papel de Loreley en *Doble Dos*. Peckinpah les explicó mi libro a su manera: «... una historia llena de misterio, poesía, sexo y violencia...» que requería una actriz de doce, quince o dieciséis años, capaz de comportarse al tiempo como la más inocente criatura y la más perversa y refinada puta. Miré de soslayo a las dos damas del diván. Madre y tía de la chiquilla, respectivamente. La tía se sonrojó y la madre se apresuró a advertir de que su hija sabía recitar a Shakespeare. A juzgar por la dolorosa tirantez de sus rasgos, se diría que le estuvieran arrancando un esparadrapo adherido a los pelos del pubis.

—«No sé cómo expresarte con un nombre quién soy... mi nombre, santa adorada, me es odioso,

por ser para ti un enemigo. De tenerla escrita, rasgaría la palabra» –recitó Pekinhpah entornando los párpados.

Creí percibir en las damas secas un rumor de ramaje. Hasta el impertérrito representante chirrió como un gozne oxidado. Y, de repente, meticulosamente cursi, deliciosamente pizpireta, la niña respondió:

–«Todavía no han librado mis oídos cien palabras de esa lengua, y ya conozco el acento... ¿No eres tú Romeo y Montesco?».

Enorgullecida, la madre anunció que su hija también sabía una canción de cada país del mundo y propuso que, en mi honor, cantara una en español. La niña se disponía a ejecutar la amenaza cuando Peckinpah la agarró por los tirabuzones y encarándose con la madre exclamó:

–¡Fuera este maldito pelo! ¡Ya pasaron los tiempos de Shirley Temple! ¡Es ridículo! ¡Córteselo!

Como púdica reacción atmosférica, observé entonces que las gafas de Ray Bradbury se empañaban y sus ojos risueños se diluyeron tras la vítrea neblina. El fenómeno no me pareció raro en un autor de ciencia ficción. Por contagio, a mí se me empañó la esfera del reloj. Y, cuando Peckinpah preguntó mi opinión, me apresuré a decir que la chica era muy joven para el personaje. La madre, la tía y el representante me miraron con feroz resentimiento. Pero, en compensación, atisbé un destello de gratitud en la niña. La había arrebatado de las garras de un ogro, aunque ella y yo supiéramos que acabaría en las fauces de otro.

Sam Peckinpah no tardó en pelearse con Ray Bradbury. Como con Brando o con Paul Newman. Todos eran, según él, un producto del sistema. Muchos actores, a la recíproca, se negaban a trabajar con Sam. Cuando se le ofreció protagonizar *Doble Dos*, Gene Hackman respondió: «La vida es muy corta para pasar cuatro semanas con Sam Peckinpah». Pero Sam también tenía amigos incondicionales como Steve McQueen, Warren Oates o William Holden, entre otros.

Cuando nos enteramos por el periódico de la muerte de William Holden, estábamos comiendo en el restaurante Pepe Botella de Madrid. Peckinpah no hizo ningún comentario. Empuñó el cuchillo de la carne y lo lanzó sobre las cabezas de los comensales. Se quedaron helados. Yo también. Y mayor fue mi estupor al ver que el maître se justificaba ante la aterrorizada clientela diciendo que se trataba de un famoso director. Como si la fama lo exculpara.

La trifulca con Bradbury frustró el proyecto de King Kong para el que yo había escrito un tratamiento donde el mítico gorila era daltónico y albino. La mirada subjetiva del simio alteraba los colores en la pantalla, como los influjos étlicos alteraban la visión y el juicio de mi amigo Peckinpah. Cuyos excesos presupuestarios durante el rodaje de *La Cruz de Hierro* en la antigua Yugoslavia dieron también al traste con el proyecto *Doble Dos*.

Los productores, alarmados, optaron por perder el dinero invertido en nuestra película: cinco versiones escritas a seis manos por Sam y yo en el despacho de la Metro-Goldwyn-Mayer con la asistencia de Katy Haber y dos gatos siameses.

«... Querido amigo que muerde la luna, se pedorrea en las estrellas e incendia galaxias... creo que deberíamos pasar de la MGM y de los demás ejecutivos, que son los auténticos gilipollas de este mundo...», me aconsejó Peckinpah por carta.

Durante años, escribimos e intercambiamos ideas y guiones, pasamos apasionantes momentos juntos, en Asturias, en Londres, en Los Ángeles y en Madrid, donde venía a verme para que intentáramos llevar a cabo una película europea que nos resarciera del fiasco hollywoodiense.

El último proyecto fallido fue *Castaway*, la novela de James Gould Cozzens que Sam propuso protagonizar a Peter O'Toole y para la que me convirtió en socio copropietario.

«... Quiero que con esta carta quede claro entre nosotros y a todas las partes interesadas que tú estás profesionalmente asociado a la propiedad de la película *Castaway*...», me escribía el 3 de febrero de 1982 desde su Latigo Productions en Malibú.

Trataba de un hombre que, encerrado en unos grandes almacenes, sufría los ataques de un salvaje contra el que se pertrechaba y armaba hasta matarlo. Sólo entonces descubría que ese salvaje era él mismo. Un asunto revelador de la paranoia autodestructiva del hombre que Hélène y yo conocimos aquel julio de 1970 y cuya amistad perduró hasta el día de su muerte.

Aoom acababa de obtener en el Festival de San Sebastián el más sonoro de los fracasos. La película ni siquiera llegaría a estrenarse y todo parecía anunciar el final de mis veleidades cinematográficas. Ya estábamos haciendo las maletas, cuando el director Sam Peckinpah, que acababa de presentar *La balada de Cable Hogue* y al que admirábamos desde *Duelo en la Alta Sierra*, me envió a su secretaria para decirme que quería ver *Aoom*. La vio y se vino con nosotros a Asturias. Fueron quince días exaltantes. Nos bebimos el paisaje de Llanes, sus playas, sus montañas y el mar. Intercambiamos quiméricos proyectos que, en parte, llegarían a realizarse. Además, Susan, la joven que hacía las veces de intérprete y secretaria, nos leyó el guion de *Perros de paja* en el salón del hotel Don Paco mientras, en la habitación de arriba, se oían los pasos del ir y venir de un Sam Peckinpah expectante. Otro día, recostados contra la roca del ídolo rupestre del Peñatú, también leímos el primer tratamiento de *Tráiganme la cabeza de Alfredo García*, escrito por Frank Kowalski. No podía entonces imaginarme que llegaría a participar, de forma no acreditada, en ambos guiones y que escribiría con Sam el de mi novela *Doble Dos*. Tampoco que el montaje de la secuencia del aeropuerto en *Los aristócratas del crimen*, tan elogiado por Lou Lombardo,^[2] sería sugerencia y ejecución mía. Pero aquel día, en Asturias, al descender por un pedregoso sendero, se nos hizo de noche y, con un nimio pretexto, Peckinpah empezó a zarandear e insultar a la secretaria. Yo intervine para separarlos y le pedí a Hélène que se la llevara en el coche que habíamos dejado al pie de la montaña. Cuando me volví, Peckinpah había desaparecido. A la luz de la luna, lo encontré, arrodillado en un charco. No rezaba. Se había caído. Me recordó que escribiríamos y rodaríamos juntos a condición de que esa chica se marchara aquella misma noche. No acepté.

–Vete tú –le dije.

Se fue a las seis de la mañana, tras mantener secuestrado en su habitación al director del hotel para sonsacarle mi paradero. Información que el amedrentado director ignoraba. En vista de lo cual y, después de acabar con las existencias del bar, hizo que su rehén escribiera en una servilleta de papel una nota a máquina para mí: «Qué gran espejo tener tú». Que, en la jerga críptica de mi hermano indio, equivaldría a: «Qué gran espejo tenerte». Como casi todos los espejos, éste era un espejo ambivalente.

La marcha de Peckinpah nos dejó a Hélène y a mí desolados. A la secretaria también. A nuestro regreso a Barcelona, leí unas declaraciones de Sam a la revista *Triunfo* que me resarcieron en parte del fracaso de *Aoom* y del altercado que acabó con los días felices en Asturias.

«Hay una gran familia por todo el mundo, y lo sabes en un segundo si les miras a los ojos –decía Sam–. He conocido a Toshiro Mifune en Japón y sé que pertenece a esa familia. Y Lee Marvin. Y Jeanne Moreau. Y Gonzalo Suárez, que ha hecho una película espléndida que ha sido capaz de plantearme muchas dudas y muchos dilemas. Se llama *Aoom*. El arte sirve para esto, porque la base del arte es la transformación. Los griegos lo llamaban catarsis.»

La ruptura no resultó duradera y la fascinación por la película no fue el único vínculo de nuestra larga y tormentosa relación. En el fondo de mi cajón, y de mi corazón, bajo el cariñoso encabezamiento de «perro hermano indio» y llegadas de Ullapool, de Middlesex, de Los Ángeles o de Durango, siempre sin remite fijo hasta el día de su muerte, guardo sus cartas. Estos retazos epistolares son reveladores pistoletazos de generosidad, ternura, humor y amistad.

«... No he conocido nunca, amigo mío –escribía el 17 de agosto de 1970 desde el Royal Hotel, Ullapool, Escocia–, a ninguna familia o persona con la que, como ha ocurrido en vuestro caso, me haya sentido tan cercano en tan poco tiempo. Como diría Dennis Hopper, ¡ha sido un colocón! Te llamaré en cuanto vuelva a Londres...»[3]

Me llamó. Fui y, con insensata tozudez, se obstinó en organizar una proyección de *Aoom* en el 138 de Piccadilly, para el productor Ken Hyman y otros selectos ejecutivos de Universal. El resultado era previsible. Ken Hyman y sus colegas quedaron horrorizados. Eso suponía la quiebra definitiva de mi proyecto cinematográfico. O así creí entenderlo, según lo conté en *El hombre que soñaba demasiado*:

¿Debía renunciar a un cine que mezclara géneros con la libertad del arte moderno y la cadencia emocional de un poema? Películas en las antípodas del *cinéma vérité* en boga y sin el empaque industrial. Me estaba bien empleado por pretender inventar el cine con la esperanza de inventar la vida. Lo que no había conseguido en los cajones cerrados del teatro. Rodar como si las cosas no existieran hasta que uno las imaginara, ése era el desafío. Como si la sinfonía precediera a la partitura. A la manera de los impresionistas, en los que la pincelada prevalece

sobre la temática. O como en *Aoom*. Donde la temática deviene pincelada. Pero el tal Ken Hyman, como todos los de su especie, desconocía el precepto de Mozart: «La verdadera música está entre las notas».

Para colmo, Sam Peckinpah seguía haciendo de las suyas. Durante una cena en un distinguido club privado y ante el espanto de la concurrencia, arremetió a patadas contra su nueva secretaria. Una vez más, intenté impedirlo y Panchito Kowalski me disuadió. Según él se trataba de un ritual consentido al que debía habituarme. No me habitué.

Durante los días en que Peckinpah tuvo que ir a Sorrento para recoger un premio, Kowalski se encerró en su apartamento, con una bolsa de hielo en la cabeza y una botella de whisky en su trémula mano, ante la página en blanco. Mi desolación se acentuó. En aquel hotel regentado por hindúes que hablaban a gritos y subían y bajaban escaleras como si el aliento de un tigre les abrasara las nalgas, yo tenía la impresión de estar en el manicomio.

Londres había sido el más desencantado bosque encantado de cuento. Pero entonces sucedió algo extraordinario.

**Pasos sin huellas rumbo al azar, los mejores besos,
los mejores asesinatos, una lata de carne olvidada
en el armario y una pulsera de oro en el mar**

Londres, domingo 27 de septiembre de 1970

No sé si mis películas son un hallazgo o un residuo, una muestra de imaginación o de impotencia –escribí a Hélène–. La verdad es que la última visión de *Aoom* me ha hecho sufrir. La he encontrado larga y anodina, blanda, confusa, salvo en los momentos finales, como pasa en *Fausto*... Quizá me he equivocado al hacer *Aoom*... Seguí tu consejo y salí del hotel, tomé el metro por primera vez y, luego, anduve sin rumbo... de pronto, sentí angustia, pero decidí hacerle frente y, en lugar de regresar al hotel, proseguí la andadura. Como los caballeros andantes. A partir de ese momento, la experiencia se hizo traslúcida... Si hay estructuras, ¿para qué inventarlas? Y si no hay estructuras, ¿por qué inventarlas?, ¿se puede hacer una película sin guion previo? ¿Se puede ir a algún sitio en Londres sin saber adónde? De pronto, me encontré en un parque, y allí había chicos jugando al fútbol. Eso me alegró y me puse a jugar con ellos. Luego atravesé el parque y fui a parar al zoo. Me detuve ante la jaula de un orangután. «Es como yo», pensé. Tuve la sensación de que, a un lado y otro de los barrotes, los dos compartíamos la misma jaula y la misma mirada. Salí del parque y continué andando. Me perdí por sitios inhóspitos, espantosas calles interminables. Y cuando, al cabo de horas y kilómetros, tropecé con una boca de metro, me di cuenta de que no había hecho más que alejarme y dar vueltas inútiles. Desde las nueve de la mañana no había parado, ni comido. Estaba cansado... Era hora de volver al hotel o a casa...

Pero no volví. El asfalto me pesaba en los pies, y la tarde, en las espaldas. Mis pasos rastreaban mis pisadas. Al fin, camuflada en el esquinazo de un edificio, me alivió encontrar una boca de metro, así consta en *El hombre que soñaba demasiado*:

La boca de metro se abría en una sucia fachada, como si la acera bostezara. Entré. Pero, cuando me dirigía a la ventanilla para sacar el billete, algo me hizo detenerme. Eso que llamamos una voz interior. La voz me decía: «Sal». Salí. Una vez fuera, recapacité. El

panorama era desolador y no tardaría en hacerse de noche. Volví a entrar. Me detuve indeciso. Un negro aburrido me observaba con indiferencia desde la taquilla. Cuando me hallaba a cuatro pasos de él, la voz interior cobró irónica resonancia. El azar me había conducido hasta allí como en una película sin guion. Si mi deambular no tenía ningún sentido, debería, de una vez por todas, aceptarlo.

Ése sería el sentido –escribí a Hélène–. Volví a salir de la boca de metro. Era absurdo y el barrio tenebroso. El caso es que, bromeando conmigo mismo, me dije: «¡Bueno!, haré como estoy haciendo en la vida y en el cine, ¡igual que en mis películas! Si voy a algún sitio llegaré, y si no, bueno es saberlo». Apenas dicho esto, di otra vuelta y elegí otra calle, y pensé con socarronería «Por aquí, por aquí está mi destino». Y al terminar de pensarlo levanto la cabeza y, ante mis narices, veo una torre de ladrillo, muy fea, como un mercado. Venzo mi timidez, subo una rampa y entro. Como no había comido, me dije que ya era hora de comer algo. Pero aquello no era ningún mercado. Para mi sorpresa la torre entera estaba dedicada... al cine.

En la primera planta se exponen libros y fotografías de directores, actores y personajes míticos. En el centro hay una enorme sala, oscura y vacía, donde se está proyectando una película. En estado hipnótico, subo al segundo piso y emprendo un recorrido circular, dividido por paneles. En cada una de las secciones descubro, proyectados ininterrumpidamente, fragmentos de los diferentes géneros: épico, cómico, romántico, fantástico, reportaje musical, western, thriller... La historia del cine desde sus comienzos hasta la actualidad. Los mejores besos, los mejores gags, los mejores asesinatos, una delirante sucesión de instantes seleccionados, que se fusionan en una sola ficción.

Coincidencia o señal del cielo, tanto da. En cualquiera de los casos mi paseo sin guion había dado fruto. Claro que, de haber consultado una guía de Londres antes de salir del hotel, me habría ahorrado muchas vueltas inútiles y hubiera visto lo mismo. No de la misma manera. Ésa es, precisamente, la diferencia entre un turista y un caballero andante. El turista sólo llega a donde va y sólo ve lo que mira. El caballero sólo va a donde llega y ve como nadie mira. Yo, por ejemplo, en aquellos retazos de secuencias, veía cumplirse un sueño. Alquímica unión de los géneros. Era, por supuesto, ilusorio. Porque los géneros allí reunidos estaban separados por paneles. Pero mi extravío londinense y el estómago vacío, así como la euforia del hallazgo inesperado, me hacían sentir en la mismísima cima del cine. Un lugar donde Harry Langdon se columpia sobre el río de Renoir, en cuyas aguas se baña Rita Hayworth bajo la lúbrica mirada de King Kong. Y algo más. Me creía predestinado. Como si Dios, no teniendo nada mejor que hacer, atendiera a nuestras tonterías. Ésa es la mezquindad de los milagros. Mientras se muere de hambre medio mundo, un jugador de fútbol, por decreto divino, marca un gol decisivo con la mano. O mi madre, por

intercesión de san Antonio, encuentra en el mar una pulsera de oro que había perdido semanas antes. O yo, perdido en Londres, encuentro una torre dedicada al cine.

En lo que me concierne, incrédulo y fascinado, daba vueltas y vueltas viendo y volviendo a ver, por enésima vez, fotogramas que se perseguían unos a otros sin darse alcance. Inopinadamente, acabé convertido en eje del giroscopio, y el cine empezó a rodar a mi alrededor. Amores y desamores, muertes y galopadas, carreras y batacazos, rostros y paisajes, miradas y palabras, una visión vertiginosa de una realidad despedazada sin más sentido que el de compartir la misma bobina y llamarse cinematógrafo. No, no era casual. Sino una señal del cielo. Y, como toda señal de las alturas, se prestaba a dispares interpretaciones. Podía tratarse de un buen augurio o de una severa advertencia: «Aquí lo tienes. Esto es cine. Aprende a hacerlo».

En cualquier caso, lo importante no era haberme dejado conducir hasta la torre por un sexto sentido que en los animales llamamos instinto y en los humanos intuición o providencia, y que poseen en grado superlativo las mujeres y las aves migratorias, sino por mi capacidad de decisión. Incluso para ir a ningún sitio.

Aquella noche el destino se apiadó de mí y premió, a su manera, mis andanzas. Cuando plétórico y exhausto llegué al hotel me habían cambiado de habitación. De la 3 a la 9. Entonces recordé que no había probado bocado. Al abrir el armario, encontré una lata de carne que habían dejado olvidada. Me la comí. Al día siguiente, hice desaparecer el cuerpo del delito con la cautela del asesino que se desembaraza de un cadáver y, al dar la vuelta a la manzana huyendo de mi fechoría, un par de egipcios me reconocieron y me invitaron a tomar algo con ellos.

Mientras yo dudaba de si *Aoom* era una obra presuntamente artística o una inequívoca equivocación, ellos me hablaban con pasión del presidente Nasser sin sospechar que, aquella misma noche, Nasser moriría repentinamente de un ataque al corazón. Y lo más ignominioso del caso es que, para mí, era más real y relevante el hallazgo de la torre del cine que la defunción del más carismático líder del mundo árabe. Eso da idea de hasta qué extremo vivimos películas diferentes y frecuentemente irreconciliables.

**Tiempos extraños, la mágica camisa mexicana,
cine con el agua al cuello, flechas y señales de
humo, ¡Egipto, me estoy muriendo!**

«Quiero verte, y a Hélène, porque necesito un poco de poesía y de verdad antes de empezar a trabajar, así que nos juntaremos en diciembre... Eres un genio, y tendrás que aceptarlo y aprender a vivir con ello...», me escribió Sam como estímulo y consuelo, cuando volví de Londres a Barcelona. Días antes de que él iniciara el rodaje de *Perros de paja*.

A Hélène le dedicó una foto en la que se le veía pedaleando sobre un triciclo. El triciclo le venía pequeño y se daba con las rodillas en el pecho. La foto era curiosa y la dedicatoria también: «Se avecinan tiempos extraños, ¡cabalga!».

Los tiempos extraños se nos vinieron encima. Sin pedalear. Respetando el paso del día a día, el pulso de las horas, el fluir de los años y el descalabro de las décadas. Probablemente, eran tiempos tan extraños como los de siempre. Pero parecían peores. El mundo era un gran salón de juegos donde se mataba virtualmente de verdad. Los niños morían despedazados por bombas inteligentes. Las matanzas se denominaban daños colaterales. Las invasiones, guerras preventivas. Los asesinatos, ejecuciones selectivas. Un barril de petróleo valía torrentes de sangre derramada. La rapiña era la legítima consecuencia de impartir a tiros la democracia. La humillación y tortura de los prisioneros, un divertimento criminal y porno para sus captores. Las más nefastas decisiones gozaban de impunidad, puesto que la mentira estaba permitida. Los gobiernos podían optar entre la indignidad de haber mentido o la incompetencia de haberse dejado engañar. En cualquier caso, la estulticia asesina alimentó al monstruo que decía combatir, y su sombra ensombreció, más aún, el mundo entero. Pero no era eso lo que hacía que los tiempos fueran extraños, ni siquiera el dolor de los atentados. El odio fanático en nombre de un dios se contraponía a la fanática codicia en nombre de otro dios. Nada nuevo. Si los tiempos se habían vuelto extraños no era porque las pesadillas necesitaran ser soñadas, sino porque los sueños ya no incitaban a ser realizados. La muerte de la razón acarrearba, paradójicamente, la muerte de las utopías. Por mi parte, sentía vergüenza de haberme obstinado en hacer películas que, en los nuevos y extraños tiempos, resultaban tan inadecuadas y superfluas como mi camisa mexicana bajo la llovizna londinense.

Una noche, en la que paseábamos con Panchito Kowalski y Katy Haber, a Peckinpah le gustó mi

camisa. Me la quité en plena calle y se la regalé. Al parecer, esa camisa mexicana que me había comprado Hélène no era tan inadecuada ni superflua como yo había supuesto. Semanas después, desde los estudios Samuel Goldwin de Los Ángeles, Sam me escribía: «Me gusta mucho ponermte tu camisa, que tiene poderes mágicos que me permiten hacer a las chicas guapas bonitas obscenidades con las que antes no habría podido ni soñar».

Hay una foto que corrobora los secretos poderes de esa camisa, hasta entonces desconocidos por mí. La lleva puesta mientras apoya su cabeza entre los pechos desnudos de Isela Vega y nos mira. La expresión de Isela es de apacible dulzura. Raro en ella. La mirada de Sam también. Raro en él. Pero ésa era su mirada cuando no la encubrían las gafas de sol o no la desquiciaba la ira.

«Se me está doblando el anzuelo, pero todavía funciona de vez en cuando...», comenta con socarronería en otra carta. Como si en el metafórico anzuelo no influyera más la ingesta alcohólica que la edad. Aunque la edad tenga la última palabra y ninguna camisa mágica consiga evitarlo.

«He empezado tu guion... Te daré un desglose detallado a partir del primero de año... Me encantaría pasar las navidades contigo y con Hélène.» Se refería al guion de *Rocanegra*, cuyo argumento habíamos pergeñado juntos y que acabaría titulándose *La loba y la paloma* por estúpidas imposiciones comerciales. La película no sólo me permitió rodar en Asturias con un intrépido Donald Pleasence que arrostraba la marea alta en el fondo de una cueva de la que todos salimos con la cámara en la cabeza y el agua al cuello, sino que también tuve la oportunidad de oír cantar ópera a Michael Dunn, el extraordinario gran hombre pequeño cuyo descomunal talento, humor e inteligencia hacía olvidar su 1,19 de estatura. Peckinpah no llegaría a ver esa película.

«Ahora estoy rodando, así que se me ha llevado el viento, pero pienso en ti y en los tuyos a menudo y siempre», escribe desde Texas.

Los vientos que le llevaban eran, en esa ocasión, los de *Junior Bonner* y *La huida*, películas que hizo por iniciativa de Steve McQueen y que él consideró un desagravio por haber sufrido la humillación de ser expulsado el primer día de rodaje de *El rey del juego* por el productor Martin Ransohoff.

«Estoy en Ciudad de México rodando una película cuyo guion te adjunto.»

Se refería a *Tráiganme la cabeza de Alfredo García*, cuyo tratamiento habíamos leído la última y tormentosa noche en Asturias, recostados en la roca del Peñatú.

«Dime por favor qué te parece el guion, y quédate con el zoom y aléjate de Panavision.»

Enigmático consejo al que, un 26 de septiembre de 1973, respondí desde Barcelona con una pormenorizada carta, como si se tratara de uno de aquellos informes de fútbol que realizaba para el Inter de Milán de Helenio Herrera. Entre otras cuestiones, señalaba que los medios que se despliegan para encontrar a Alfredo García (reactores de todas clases, etcétera) se me antojaban contradictorios con el procedimiento rudimentario que luego se utiliza para su pretendida captura,

y los 10.000 dólares que los pistoleros ofrecen a Warren Oates por la cabeza me parecía poco dinero. Ignoraba entonces la baja cotización de las cabezas en México.

«Te echo de menos. Supongo que sigues casado con la mujer más bella del mundo, así que dale un abrazo y un beso de mi parte, y que sepas que me gustaría estar con vosotros dos.»

Eso decía. Pero ni siquiera estaba consigo mismo. No he conocido a ninguna persona que, como él, rehuyera tan obstinadamente cualquier instante de felicidad.

«En algún momento de este verano iré a verte a ti y a los tuyos, y beberemos y reiremos y conoceré a tu nueva hija, Elsa.»

Sus buenos propósitos siempre eran sinceros y, frecuentemente, acababa cumpliéndolos. Aunque, más bien, fueran fugas de sí mismo que reencuentros.

«Mi cariño para Hélène, para Gonzo y tus encantadoras hijas.»

Se consideraba el padrino de mi hijo Gonzo como yo me consideraba el padrino de su hijo Matthew, que, de niño, me trataba como su cómplice y amigo.

«Os echo de menos, a ti, a tu familia y a mi chaqueta.»

La susodicha chaqueta era una cazadora de ante que me había prestado y que nunca quiso que le devolviera. Con el tiempo y la lluvia encogió. Hoy la tiene mi hija Anne-Hélène. También me regaló el pañuelo que William Holden usaba en el rodaje de *Grupo salvaje*. Pero lo perdí, como él perdió la piedra con ojos y boca del final de *Aoom*. Dice que la tiró al mar.

«Miro para adelante pero ando hacia atrás, lo que significa, por desgracia, que me estrello con más de una pared.»

Una de las paredes contra las que se estrellaba era el sistema hollywoodiense, con su cohorte de zafios productores, petulantes ejecutivos y ávidas estrellas. Otra de las paredes eran sus matrimonios y la insoportable convivencia que comportaban. Pero la tercera y principal era él mismo ante sí mismo desde que se levantaba con un vodka con naranja hasta que se acostaba tras los incesantes tragos de la jornada aderezados, en la última fase de su vida, con inhalaciones de coca.

«Me he convertido en un hombre casado, divorciado y cansado de trabajar. Me sangran las palmas de las manos, lo cual molesta al personal, y la corona de espinas me está apretando un poco. Pero, mi hermano perro indio, les estamos ganando.»

Sospecho a quiénes se refiere pero no acierto a saber en qué les estábamos ganando. En lo que a él respecta, el único juego en el que siempre ganaba era un juego de naipes que se llama «El Mentiroso» y al que se jugaba sin cartas con la numeración de los billetes de dólar. Misteriosamente, siempre ganaba él. Un dólar por baza. Arrugaba los billetes y se los guardaba en el bolsillo del pantalón.

«Mi segunda esposa está embarazada, es posible que de mí, y mi tercera esposa está viviendo

con Richard Harris, y mi secretaria es inglesa y no me la puedo quitar de encima. ¿Te acuerdas de Katy? Y tu camisa está en Los Ángeles.»

Sí. Me acuerdo de Katy Haber, con la que tantas cosas compartimos y a la que admiro por su fuerza y paciencia, también me acuerdo de mi camisa, de su cazadora, del pañuelo de William Holden y de la alusión a la muerte camuflada bajo una cita del *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare que desliza subrepticamente en una de sus cartas.

«Ahora vivo en México, me encantaría veros a ti y a tu familia porque me estoy muriendo, Egipto, me estoy muriendo, aunque es posible que me levante otra vez. Todo lo que sé es que deberíamos estar más juntos, pues no queda mucha gente como nosotros.»

En un borrador sin fecha y cuya prosopopeya asumo, respondí: «Lo que tenemos en común es una mirada de indio apostado en lo alto de una colina desde la que se ve lo que ha quedado atrás y lo que está por venir. Uno de nosotros dispara flechas al aire y el otro lanza mensajes de humo. Ni las flechas ni los mensajes llegarán a ninguna parte, y la colina se convertirá en zona residencial».

«Hermano perro... Nuestro común denominador es que los dos nos sentimos impotentes ante la futilidad de la vida, de la historia y del futuro...», diagnosticó.

En realidad, no estoy seguro de que su carta responda a mi carta o mi carta sea una respuesta a la suya. Tanto da.

En definitiva, estos fragmentos ponen de manifiesto no sólo mi fatuidad al vanagloriarme de la recíproca amistad y admiración que entre Sam y yo existía, sino también, y sobre todo, mi deseo de que no prevalezcan en la memoria sólo los excesos, infortunios y desmanes de mi amigo.

«Soy un hombre malo», me dijo un día. No, no era malo. Aunque, a veces, se portara mal. Diríase que sus arrebatos provinieran de esa montaña que llevaba el nombre de sus antepasados indios y que, como todas las montañas, ocultaba en sus entrañas un volcán. Nunca olvidaré la mirada de Matthew, de doce años, cuando su padre, con súbita crispación, estrujó las gafas en la mano hasta hacerlas añicos. Estábamos los tres en la roulotte, aparcada al final de un rodaje en el Wilshire Boulevard de Los Ángeles, y el niño se dirigió a mí como si el niño fuera yo.

–Vámonos, Gonzalo –me aconsejó.

No nos fuimos. Nos volvimos invisibles.

**El don de la invisibilidad, el vaso boca abajo y las
playas vacías, la cacatúa tartamuda del reloj de
cuco y una historia inmortal para poetas
y peluqueros**

En ocasiones, tengo el don de la invisibilidad. Max Aub así lo corrobora cuando en *La gallina ciega* escribe:

Con Gonzalo Suárez me pasa algo terrible. Según mi agenda, cené en esta fecha con Carmen Balcells y con él. ¿Dónde, cómo, cuándo? ¿Cómo es? ¿Qué cara tiene? ¿Qué tono de voz? Por mucho que quiero recordarle no puedo. Me acuerdo de sus libros, no de él. Estoy preocupado. Existo, existe. ¿Cené con él? ¿Hablé con él? Honradamente juro que no puedo asegurarlo. Sin embargo, aquí está apuntado, sin lugar a dudas: 18 de septiembre, a las nueve: Cena con Carmen y Gonzalo Suárez.

Cené con él. En casa del crítico literario Juan Ramón Masoliver. Con Carmen Balcells y alguien más. Pero me volví invisible. No por desinterés. Sino por vergüenza. Se daba la circunstancia de que, habiendo él leído y elogiado mis primeros libros, yo no había leído los suyos, con la salvedad de *Torres Campalans*. Poco bagaje para que la vergüenza no me impeliera a desaparecer. Sobre todo porque Aub se expresaba como un hombre malherido, recién regresado tras treinta y tantos años de exilio a un país desmemoriado donde la mediocridad enaltecía la ignorancia y los jóvenes no conocían su obra, ni siquiera sabían quién era él. No me fue difícil volverme invisible ante alguien que lo era por desaparición generacional y una guerra que pretendíamos olvidar.

Por su parte, en «Les jeux secrets de Gonzalo Suárez», Julio Cortázar me atribuye otro tipo de invisibilidad. No estar donde se me espera:

... quienes le habían dado cita en una mesa redonda, comprobarán consternados su ausencia a la misma hora en que un ama de casa estupefacta descubrirá que un huésped de amable sonrisa ocupa una silla a la que nadie le había invitado...[4]

Este tipo de invisibilidad está al alcance de cualquiera. Basta con desplazarse en el momento oportuno o, simplemente, no acudir cuando te llaman. Desde niño se practica, por miedo o por juego, y de mayor se ejerce por precaución o aburrimiento. En realidad, todos somos invisibles cuando estamos ausentes. En persona o en pensamiento. O perdemos el pensamiento y la persona inmersos en una multitud. Entonces, además de invisibles, somos carne de cañón.

El problema sobreviene cuando, para sentirnos invisibles, necesitamos que alguien vea que no nos ve. Porque la más terrorífica consecuencia de la invisibilidad sería que nadie constatará nuestra ausencia.

Pero, en lo que a la invisibilidad concierne, el ejemplo más flagrante es aquel que el sueño nos proporciona cotidianamente. Encontramos normal el hecho de desaparecer de nuestro entorno para acceder a un mundo de nuestra exclusiva, aunque involuntaria, creación, en el que la materia es etérea, el tiempo no existe, los muertos y los vivos, o sus respectivos espectros, habitan un ámbito cambiante donde insólitas situaciones y sorprendentes imágenes nos provocan terror, desazón o placenteros estados de ánimo, imprevisibles películas que acontecen y protagonizamos sin dar nuestro consentimiento y que, a su vez, desaparecen al despertar.

Desafiando la incredulidad que pueda suscitar y desde la perspectiva que los años confieren, contaré cómo, en el año 1967, conocí a un gigante invisible con el que conviví unos días hasta altas horas de la noche.

Llegué de Barcelona a Madrid y me presenté sin avisar en el piso donde, por aquel entonces, vivía mi hermana Sylvia. Mi madre, que acababa de separarse de Helenio Herrera y había vuelto de Roma, me abrió la puerta.

—¡Te estábamos esperando! —exclamó alborozada.

Quise saber quién les había advertido de un viaje no previsto y de una visita que, apenas dejar la maleta en el 8.º A de Ibiza 35, yo había improvisado al no estar mi padre en casa.

—El vaso nos lo dijo —respondió mi madre—. «¡Gonza viene volando!»

Mi extrañeza es comprensible. Yo todavía no conocía ese juego que tanto impresionara al Hans Castorp de Thomas Mann en *La montaña mágica*.

—Ven y verás —me ordenó mi madre, y me llevó al comedor.

Allí estaba mi hermana Sylvia, un joven llamado Joaquín Lledó y mi hermano Carlos. Personalmente, recuerdo la presencia de una novia de mi hermano. Pero él lo niega. Por su parte, Lledó asegura que también estaba su madre. Pero ni yo, ni Carlos, ni Sylvia, lo recordamos. Así que omitiré la fantasmagórica presencia de las dos mujeres. Tras saludarme efusivamente, los que allí estuvieran me invitaron a sentarme con ellos en torno a una mesa. En el centro de la mesa había un vaso boca abajo. Alrededor del vaso, un círculo con las letras del abecedario dibujadas a lápiz en fragmentos recortados de papel. Dando ejemplo, mi madre me pidió que pusiera el dedo sobre el culo del vaso como todos se apresuraron a hacer. El vaso empezó a moverse de letra en

letra, con inusitada rapidez, componiendo en su recorrido la palabra «zapato». Una broma inoportuna cuando se trataba de impresionar al recién llegado.

–¡Déjate de tonterías! –le endilgó mi madre al vaso con sorprendente familiaridad.

Todos quedaron defraudados, pero yo quedé perplejo. La rozadura de uno de mis zapatos me había estado molestando durante el viaje, y así lo hice saber. Por trivial que fuera, no dejaba de ser una curiosa coincidencia. Alguien me propuso, entonces, que hiciera una pregunta cuya respuesta ninguno de los presentes conociera.

–¿A qué he venido a Madrid? –pregunté, y el vaso se puso en marcha sin que, aparentemente, nadie lo dirigiera.

Esta vez, la palabra fue «piedra», y volvió a cundir la decepción.

–Una piedra en el zapato –dedujo mi hermana.

Pero mi curiosidad se acrecentó. Porque, precisamente, yo había venido a Madrid para entrevistarme con un productor de cine llamado Emiliano Piedra y, eso, ninguno de los presentes podía ni imaginarlo.

–¿Quién eres tú? –le pregunté al supuesto espíritu, sin dejar de vigilar con suspicacia la presión que los dedos ejercían sobre ese vaso, vacío y boca abajo, en sus rápidas correrías por el abecedario.

–La suma de todos vosotros –me respondió.

Ése fue el principio de una extraña relación en la que, atento yo a posibles manipulaciones, aquel recipiente de vidrio en el centro de una mesa se convirtió en algo así como el mítico genio de la botella con reminiscencias del forastero misterioso de *Mark Twain*. Un ente malévolo y sarcástico, en esta ocasión invisible, que nos tuvo abducidos durante un tiempo en el que el tiempo dejó de existir. Nuestro misterioso interlocutor tan pronto se mostraba divertido y complaciente como amenazador y terrorífico. A veces, sus bromas eran inocentes. Como cuando una noche, al cabo de las horas, mi madre se retiró del juego para acostarse y el vaso nos preguntó: «¿Y si mamá no hubiera venido? ¿Y si la cama estuviera vacía?».

Imbuidos en el juego, por un instante, se nos heló la sangre y acudimos en tropel a comprobarlo. Mi madre no estaba en la cama. Había, simplemente, cambiado de habitación porque, según nos dijo, el zumbido de un mosquito no la dejaba conciliar el sueño. Pensé que el vaso había contado con la complicidad de alguno de los participantes. Sospeché de mi hermana, de Joaquín Lledó, escritor y cineasta en ciernes, y del mosquito.

Pero, otras veces, la cuestión era más inquietante. Como cuando, sin venir a cuento, empezó a repetir: «¡Agua, no! ¡Agua, no!». Sentíamos angustia sin saber por qué y, en lugar de responder a nuestra demanda, el vaso nos formuló una pregunta: «¿De qué color tenía los ojos Jean-Pierre Biesse?». Mi hermana se puso pálida. Jean-Pierre Biesse era un joven vinculado a la Nouvelle Vague francesa que ella conocía bien. Días antes, se había ahogado en el Loira.

En un momento dado, atribuí facultades taumatúrgicas a Joaquín Lledó. Era el único de la mesa al que no conocía. Su bigote, mitad negro y mitad blanco, dotaba a la cara de dos perfiles diferentes y, según de qué lado se le mirara, aparentaba distinta edad. Eso me causaba cierta desazón, he de confesarlo. Pero la peculiaridad de su bigote no justificaba en absoluto mis conjeturas. Por otra parte, en el circundante teclado de papel, los golpes de efecto se sucedían a tal velocidad y de manera tan imprevisible que resultaba difícil cualquier intervención personal. Para colmo, cuando preguntamos al vaso si era el espíritu de alguien en particular, se liberó de todo contacto y, posiblemente impelido por la inercia, empezó a girar sobre sí mismo como un derviche. Antes de detenerse tan repentinamente como se había desencadenado, la delirante danza derivó en convulsivas sacudidas que nos sugirieron burlonas carcajadas y, al volver a situar nuestros dedos, inició una marcha que se nos antojó, al tiempo, solemne y sarcástica.

—Los espíritus desencarnados no tienen nombre ni identidad y vosotros... ¡sólo sois los dedos de mis manos! —dictaminó jactancioso.

Le repliqué que eran nuestros dedos, y no los suyos, los que daban vida a su culo. No le gustó y, en un vuelo vertiginoso, en el que las letras componían las frases con la prontitud de una taquimecanógrafa que se anticipara al dictado, dijo que nuestra condición humana era aterradora y sin remedio, que estábamos solos y perdidos para siempre en el universo y que jamás tendríamos paz ni encontraríamos solución ni consuelo.

Conforme hablaba, experimentamos la inquietante sensación de que un ser incorpóreo se agigantaba y cernía sobre nosotros. Inmersos en una lectura colectiva, estábamos creándolo entre todos, pensé. Era un caso similar al de los escritores que inventan a sus criaturas y les dan vida en la ficción. Pero, en este caso, en un proceso inverso, era la criatura la que trataba de reducirnos a un títere cuyos hilos sólo ella manejaba. A pesar de lo cual, nadie tenía voluntad ni determinación de resistirse al maleficio y dejar el juego.

—Algún día, encontraremos vida inteligente en otros planetas... —sugirió no recuerdo quién.

—Nunca —dijo tajante el artilugio y, tras una pausa que acrecentó el desasosiego, añadió críptico—: De poco os serviría...

Creo que fue mi hermano Carlos quien hizo una pregunta pertinente.

—Si no hay esperanza, ¿de dónde proviene la alegría?

—No sé lo que es eso —admitió para nuestra sorpresa.

—Una manifestación de vida —aventuró Lledó.

—Un estornudo —apuntilló el vaso.

Supuse que confundía la alegría con un acceso de risa y, para que no acabara comparándonos a las hienas, me abstuve de preguntarle por el más específico antídoto del ser humano: el sentido del humor. Así que, en un espontáneo giro copernicano, recuperé la iniciativa.

—¿Y qué es el terror? —inquirí.

–Un hombre se mira al espejo y no está –respondió.

La rápida respuesta me dejó patidifuso. Pero no me di por vencido.

–¿Qué sería lo contrario al terror? –insistí.

No se lo pensó.

–El hombre que se mira al espejo se sabe invisible –contestó.

Posteriormente, no pude por menos que rescatar estas lúcidas respuestas en uno de mis libros atribuyéndome la autoría. Juro, no obstante, que no influí en el fulgurante deslizamiento letra a letra sobre la mesa, aunque entendí hasta qué punto aquello que llamamos inspiración nos es dictado o captado al vuelo. Como si las palabras que conforman los pensamientos, o viceversa, nos vinieran de fuera. De una musa intrusa, de un genio de la botella o de un espíritu zumbón que nos susurra en la oreja. Sea como fuere, el ser invisible se apoderó de nosotros de modo y manera que perdimos la noción del tiempo y de nuestra propia identidad. Estábamos en las nubes. Mejor dicho, encerrados en una nube. Aquel vaso vacío y boca abajo nos transportaba sin tregua en su veloz recorrido por el círculo de letras componiendo frases ingeniosas, exabruptos y nefastos augurios que provocaban risa o angustia sucesivamente sin que yo solo consiga recordar más que sensaciones, dado el estado de estupidez en el que nos hallábamos inmersos.

Transcurrieron algunos días, no sé cuántos. Carlos y yo dormíamos en casa de mi padre y a la mañana siguiente volvíamos con irreprimita impaciencia al apartamento de Moratalaz, deseosos de reanudar el juego. Ignoro cuándo y por qué cobré conciencia y decidí romper el hechizo enfrentándome al gigante invisible. Resultó irrisorio y épico. Los dedos parecían adheridos al cristal como a un poderoso imán y nuestra mente bordoneaba como un abejorro atrapado en el vaso. Le ordené que se detuviera y respondió con extrañas palabras.

–Una madre mira a su hijo y no es ella –dijo.

Experimenté un inexplicable pánico y presioné con el dedo para intentar frenarlo. No lo logré. Pero su locución se hizo más penosa. Engarzaba las letras con dificultad, aunque el tono fuera desafiante.

–No seréis nada sin mí... –amenazó.

–No serás nadie sin nosotros –respondí.

Eso pareció afectarle.

–Os... apagaréis... conmigo... –afirmó.

Y ése fue el comienzo de una lenta agonía que, uno o dos años más tarde, al ver la película de Kubrick, equiparé a la desconexión de la computadora Hal 9000 en la *Odisea del espacio* de Arthur C. Clarke. El ser invisible que nuestra imaginación y nuestros dedos habían creado se resistía lastimero a morir.

–No... lo... hagáis... –suplicaba.

No nos apiadamos. Uno a uno, los participantes fuimos aflojando la presión de nuestros índices

hasta abandonar el vaso a una residual deriva. La inercia lo desplazó y, arrastrándose agónico, compuso una última palabra.

–La... belleza... –musitó, y se detuvo definitivamente.

Nos miramos incrédulos y desconcertados. Pero no del todo liberados de la ofuscación ni de cierta inconfesable vergüenza por nuestro pueril comportamiento. Aunque me avergüence todavía más contar la reacción que mi hermano Carlos y yo tuvimos cuando volvimos a casa de mi padre aquella noche.

Sobre la mesa del comedor, en el centro de un círculo de letras, estaba esperándonos un vaso boca abajo. Quizá la criada, tras oírnos algún comentario, lo había instalado para satisfacer su curiosidad. En ningún caso se trataba de una broma de mi padre. El caso es que el hallazgo nos produjo tan inusitado espanto que, saltando peldaños de dos en dos, bajamos los ocho pisos de la escalera y, sin rumbo ni tregua, pedaleamos el pavimento como si las calles, y no nosotros, corrieran a nuestros flancos, y los edificios y las aceras desfilaran en sentido contrario bajo nuestros pies y ante nuestros ojos. Me sobrevino entonces lo que podríamos calificar de episodio esquizoide. O, lo que sería peor, la esquizoide visión de una escalofriante realidad. A mi paso, las personas no tenían forma humana ni presencia física. Eran luces ambulantes, auras fluorescentes, etéreos seres que cruzaban mi mirada. El fenómeno me asustó todavía más. No estaba drogado. Ni siquiera bebido. Pero los peatones que transitaban por una conocida calle de Madrid eran, de pronto, fugaces fogonazos. Entes traslúcidos, unos más luminosos que otros, y todos se extinguían al sobrepasar el alcance de mi mirada en la noche. Creí oír una voz. Hasta entonces habían sido letras que componían palabras y palabras que componían frases a las que atribuíamos una voz. Pero ahora era una voz interior la que me remitía a las letras y palabras de papel situadas en torno a un vaso: «¿Acaso alguien sobrevive al instante?», me decía. Hice un esfuerzo supremo para superar el instante, pero no conseguí recuperar la cordura. Tomé una decisión absurda. En lugar de volver a casa de mi padre, propuse a mi hermano pasar la noche en casa de Ricardo Muñoz Suay, que había sido productor ejecutivo de mi película *Ditirambo* y vivía en las inmediaciones.

Tras escuchar con sorprendente naturalidad las circunstancias que nos habían impelido a irrumpir en su domicilio a aquellas horas, Ricardo y su mujer nos acogieron. Dormí en un sofá y Carlos en el suelo. A la mañana siguiente, se restableció la normalidad, aunque no intentamos averiguar quién había puesto el vaso y las letras en la mesa del comedor. Por si acaso.

Días después, mi madre se hizo un lifting y la acompañé al hospital. Al salir del quirófano, todavía no repuesta de la anestesia, se dirigió a mí cuando le pregunté cómo estaba.

–¡Ay, hijo, yo no soy yo! –respondió.

Sus palabras me dejaron estupefacto. Recordé lo que el supuesto espíritu del vaso había dicho y que tanto me había impresionado sin saber por qué: «Una madre mira a su hijo y no es ella». Así mismo, la palabra de despedida que compuso en su agonía cobraba ahora un nuevo sentido: «La

belleza». No se trataba de un poético adiós, sino que se refería a la operación de lifting a la que mi madre se sometería para tratar de recuperar la belleza que la edad había apagado. Causa, según ella, de su reciente separación.

Todavía bajo el influjo del genio del vaso, o de alguna musa traviesa, visité al poeta Vicente Aleixandre en su casa de la calle Velintonia, cercana a la clínica donde mi madre había sido operada, para contarle con vehemencia y pormenores la historia que acabo de relatar. Contra toda previsión, compartió mi estupor y no tardó en contagiármelo a Carlos Bousoño que, a su vez, me hizo volvérselo a contar por teléfono.

Cuando regresé a Barcelona, consulté con el doctor Aragón, médico de los niños, sobre el fenómeno del vaso y, sin darle ninguna relevancia, se limitó a diagnosticar que se trataba de «una dinámica de grupo». El doctor Aragón, que era un hombre encantador con gafas y pajarita, me había regalado un ejemplar de *La Pensée artificielle* de Pierre Latil[5] y nos había invitado a Hélène y a mí al primer congreso sobre cibernética celebrado en Barcelona.

Al comprobar la reticencia, si no el temor, que algunos de los conferenciantes manifestaban ante el advenimiento de los ordenadores, tuve la osadía de recordarles que, siendo el ordenador un invento de nuestra mente y un remedo de nuestro cerebro, dependía exclusivamente de los datos y contenidos que le hubiéramos proporcionado y de las tareas asignadas. Por tanto, los reparos que su utilización pudiera suscitar sólo revelaban el miedo que teníamos de nosotros mismos. Como el creador ante su criatura.

El juego del vaso podría considerarse un burdo exponente de mi ingenua reflexión. Deduje que el vínculo familiar del grupo y la ausencia de suspicacias habían contribuido a que se produjera una fusión de índole telepática y se me ocurrió que aquél podría resultar un procedimiento para escribir relatos de forma colectiva.

Con anterioridad, el psiquiatra Salomón Resnik del University College de Londres, que estudiaba la fenomenología de la esquizofrenia y, en consecuencia, se interesaba por mi literatura, me había enviado el texto de una de sus conferencias donde contaba cómo durante el tratamiento con un paciente que creía ser un pájaro se vio a sí mismo, por psicótico contagio, volando por la habitación. Pensé que la idea de una escritura colectiva por conexión telepática podría tener relación con sus investigaciones, pero me respondió que la telepatía no era de su incumbencia.

Los intentos de una escritura colectiva dieron al traste con mis expectativas. Pero el juego del vaso, perdida la inocencia inicial, todavía suscitó alguna que otra respuesta emocional en los participantes. Recuerdo la conmoción de Ana María Moix cuando, en su recorrido sobre el tablero, el vaso compuso, sin pregunta previa, la siguiente frase:

«Papá juega con muñecas». Una vez más, utilicé la frase en uno de mis libros sin saber, a ciencia

cierta, por qué había impresionado a Ana María ni cuál era la razón por la que me resultaba enigmática y sugerente. En otra ocasión, jugando con Isabelle Clerc, Alberto Puig Palau y un matrimonio que ellos habían invitado, la esposa de la pareja, cuyos nombres no recuerdo, formuló una acuciante pregunta: «¿Asesinarán también a Bob Kennedy?». La respuesta, fulgurante y afirmativa, no tardaría en verse confirmada días después. No lo atribuí a nada paranormal. Entre un sí o un no, dada la dosis de morbo que el juego conllevaba, el augurio era previsible. Así asesinamos a Bob Kennedy con frívola impunidad en junio del 68.

Pero no voy a pormenorizar aquí los vanos intentos que, con obtuso empeñamiento, llevé a cabo intentando reencontrar la fascinación que el genio del vaso había ejercido sobre mí.

A Eduardo Mendoza, por ejemplo, le había despertado curiosidad que el Hans Castorp de Thomas Mann quedase impresionado por el enigmático juego en su montaña mágica. Pero ni Mendoza ni yo obtuvimos nada revelador practicándolo. En cambio, con Eugenio Trías, la experiencia resultó más sugerente.

Eugenio había encabezado el prólogo de uno de mis libros con esta advertencia de Edgar Allan Poe: «Es evidente que nos precipitamos hacia algún apasionante descubrimiento, un secreto incommunicable cuyo conocimiento entraña la destrucción».

Como réplica a la cita de Poe escribí exultante: «En aquellos tiempos no nos amedrentaba la amenaza de una destrucción porque la posibilidad de un apasionante descubrimiento, por incommunicable que fuese, merecía la pena».

Siempre y cuando, añadiría ahora, en ningún momento perdiéramos el sentido del humor que confiere saludable relatividad a la existencia.

Pues bien, un día en mi casa, desplegamos el círculo de letras sobre la mesa y emplazamos nuestros dedos en el vaso boca abajo. Pero dejaré que sea Eugenio Trías quien nos cuente la experiencia tal y como la contó en su autobiografía:

En una de éstas, el vaso se empezó a mover, generó un tremendo tembleque (había mucha energía radiante en ese día y lugar), y se fue deteniendo en las letras esparcidas sobre la mesa. No recuerdo la consulta que le hicimos. El vaso pronunció una enigmática sentencia: «A Eugenio y a Gonzalo océano en vaso quita la sed». Y añadió algo inquietante: «Cuidado con las playas vacías».

Lo de la playa vacía lo desazonó. Pero el vaso nos dijo más cosas de las que él menciona. Recuerdo una de carácter admonitorio que, a mi entender, revelaba el sentido sarcástico de las otras manifestaciones. La frase en cuestión era: «No vendáis cristos baratos».

Tardé en entender la indirecta. Tuvo que llegar a Barcelona, de la Argelia de Althusser y de su Asturias natal, mi amigo Juan Cueto, bisnieto de Clarín, que trajo consigo a Roland Barthes y a

otros estructuralistas, más o menos confesos, con sus elucubraciones semióticas. Bajo la mirada de un paternalista Saussure y la de un suspicaz Todorov, el Foucault de Eugenio Trías y el Roland Barthes de Juan Cueto emprendieron una dialéctica partida de ping-pong, mientras yo me iniciaba en los principios de la cibernética con el libro de Pierre Latil que me regalara el doctor Aragón. En definitiva, la pretensión de meter el océano en un vaso para bebérselo entero hacía que ya no llegara a las playas vacías nada parecido al manuscrito encerrado en la botella de Edgar Allan Poe. Todo misterio quedaba soslayado por epistemológicos dimes y diretes. En definitiva, dejamos de vender cristos baratos y de jugar al vaso. Y recuperamos el sentido del ridículo y el don de la risa. De vez en cuando.

Barcelona todavía vivía de espaldas al mar y, al caer la noche, solíamos coincidir con ilustres personajes en Ca l'Estevet, más conocido como «La Mariona», un restaurante del desaparecido barrio chino. El local lo frecuentaban amigos como Oriol Regàs, con su sempiterno bombín, fundador de la mítica discoteca Bocaccio, calle Muntaner 505, y los fotógrafos Català-Roca, Pomés o Colita, que nos dejaron testimonio indeleble de aquellos tiempos, el escultor Xavier Corberó, las modelos Teresa Gimpera y Romy, la editora Beatriz de Moura, Isabelle Clerc y Alberto Puig Palau, el «Tío Alberto» de Joan Manuel Serrat. En contadas ocasiones, también hacía acto de presencia un altivo Tàpies, que parecía husmear el aire a su paso, o el desaliñado Joan Brossa, que, a diferencia de su admirado Fregoli, nunca se cambiaba ni de jersey.

En aquel ámbito bullicioso y jovial, donde la frivolidad amparaba ciertas maledicencias, bajo su bigote nietzscheano, Eugenio Trías se reía de su propia sombra. Sigo oyendo su risa contagiosa. No pasa lo mismo con Ana María Moix, a la que en contadas ocasiones recuerdo haberla visto reír. Aunque no olvide sus carcajadas ni a la cacatúa tartamuda del reloj de cuco de su muy privado camarote.

Érase una vez una jovencita que escribió el sueño de un adolescente que soñaba con ser el dueño de siete islas soñadas en un mar de ensueño. Las islas flotaban a la deriva y a capricho del viento que hacía oscilar las sombras de sus palmeras sobre la arena llegada de remotos desiertos como lluvia caída del cielo. El adolescente del sueño soñado era un héroe que, a su vez, soñaba que navegaba por los siete mares. Y uno más. Aquel que nadie en sueños volvería a soñar. Para colmo, el reloj de cuco del camarote, en vez de pajarito, tenía una cacatúa tartamuda que tardaba en dar las horas una eternidad. Bien es verdad que de poco sirven los relojes donde los embates de las olas en el mascarón de proa condicionan el rumbo de la nave más que el timón, la brújula o el sextante.

La autora de la historia se llamaba Ana María Moix y tenía la misma edad que su personaje, al que dio en llamar El gran King.

Antes de él, nada existía. Antes de ella, no existía él. Y cuando «la injusta justicia de los hombres» lo colgó por el cuello del palo mayor, todo dejó de existir.

A menudo, venía a vernos al sobreático de Amigó 70 en Barcelona, y anotaba los cuentos que mis hijos le contaban como si recogiera piedras del fondo de un río. Aquella casa estaba llena de luz y energía. En 1965, Ana María tenía dieciocho años y ya había escrito cuentos y la novela del gran King. Más tarde, titularía así un libro sobre mí. Se trataba de una biografía ingenua y admirativa a la que yo contribuía con petulantes y pormenorizadas declaraciones sobre los comienzos de mi actividad cinematográfica. Le pedí que no la publicara y no la publicó. Tenía, sin embargo, la frescura y generosidad que como escritora y como persona siempre conservó. Recuerdo, como si la viera, su mirada melancólica y su sardónico sentido del humor. Pero la vida cobra cambiantes perspectivas. Curiosamente, en estos instantes, mientras escribo y el horror del mundo se desgrana en los telediarios, me acuerdo de gestos y cosas sin importancia que reviven en la memoria como las mágicas burbujas del champán Delapierre. Por ejemplo, los momentos en los que he visto a Ana María reír. Como aquella tarde, en la sala del cine Rialto, cuando José Luis Guarner, querido e ilustre crítico, con su proverbial despiste y miopía, se sentó a tuestas en las rodillas de una señora y, absorto en la película, hacía oídos sordos a las protestas de la perpleja espectadora. O como cuando le conté a Ana María el incidente en la terraza del bar Michigan, Travessera de Gràcia esquina Casanova, donde tantas veces he jugado al flipper con Modest Cuixart o Joaquín Jordá.

La terraza del bar Michigan constaba de tres mesas alineadas en la acera. En una de ellas, el director Vicente Aranda y yo dirimíamos nuestras diferencias. A nuestro lado, un hombre leía plácidamente el periódico mientras tomaba un café. En la tercera mesa, una pareja de extranjeros sexagenarios mantenían una violenta riña conyugal. De improviso, el marido empuñó la jarra de cerveza y, fuera de sí, la blandió en el aire con la intención de golpear con ella a la mujer. Pero, reteniendo a tiempo sus instintos homicidas, optó por lanzar de soslayo el contenido de la jarra sobre el hombre que leía el periódico en la mesa contigua y, antes de que la víctima acertara a reaccionar, le espetó reivindicativo: «¡Soy suizo y tengo mis derechos!». Dicho esto, en el ejercicio de sus derechos y haciendo caso omiso de las consecuencias, reanudó la riña conyugal.

Sin dar crédito a lo sucedido, chorreante y estupefacto, el receptor de la mojadura se volvió hacia nosotros buscando comprensión: «¡Dice que es suizo y tiene sus derechos!», repetía atónito.

Lo de «Soy suizo y tengo mis derechos» hizo que Ana María riera a carcajadas. La recuerdo como si la estuviera viendo. Me encantaba verla reír. Pero también recuerdo que en su risa siempre había un deje de tristeza. Por otra parte, y Hélène puede confirmarlo, no siempre soy divertido ni fácil de soportar. «Frecuentemente —escribe Ana María—, daba la impresión de ser una fiera enjaulada, acorralada por los demonios que llevaba dentro. —Y añadía—: Era como si viviera deshaciendo círculos viciosos que su propio pensamiento creaba.»

Mucho me temo que el diagnóstico siga siendo certero. Continúo montado en el más díscolo de los caballos del ti vivo. No en vano, según cuenta la agente literaria Carmen Balcells en el libro

de Alicia Luna, mi amigo Joaquín Jordá le dijo: «Tú has tenido dos grandes intuiciones en tu vida. Una fue García Márquez y la otra Gonzalo Suárez. Acertaste en un cincuenta por ciento».

A lo que Carmen respondió: «Acerté en un cien por cien, porque son dos excepcionales talentos. Lo que pasa es que Gonzalo no se dedicó a la literatura. El proyecto literario de Gonzalo Suárez era como la poesía. Estaba destinado a circular entre los poetas. –Y prosigue apologética–: Él no se parece a nadie. Tiene una manera única de plantear la narración. Su mundo es mucho más amplio que el mundo literario español [*sic*]. Yo tenía con Gonzalo empatías extraordinarias. Sabía con certeza que aquel tipo que tenía enfrente era un tipo de talento excepcional. Yo no le lancé a él. Me lancé a mí misma...».

Me halagan y conmueven estas palabras de Carmen Balcells. Era excesiva en todo y acojo sus elogios como una manifestación más de una amistad que me retrotrae a los años en que, con su marido Luis Palomares y Hélène, íbamos al Palacio de los Deportes de Barcelona de la calle Lleida para ver pelear a un joven boxeador recién llegado de Italia y llamado Pedro Carrasco. Por aquel entonces, yo había publicado uno o dos libros y ella todavía tenía la agencia literaria en el piso de alquiler donde vivía. En términos pugilísticos me considero, por tanto, uno de los primeros pupilos de su cuadra. Pero, cuando afirma que escribo para poetas, me deja perplejo. Quizá se refiriera a Vicente Aleixandre, que con tanta generosidad y entusiasmo ensalzó en sus cartas mis libros. Aunque también recuerdo a la ilustre mujer de un prestigioso crítico y poeta catalán, Gabriel Ferrater, según la cual lo que yo escribía eran libros para peluqueros.

Carmen Balcells hizo denodados esfuerzos para situarme entre los más grandes y mi gratitud y cariño están a la altura de sus vanos intentos. ¿Qué podía hacer ella con un maldito autor que no sólo se empeñaba en escribir para poetas y peluqueros sino que además la traicionaba alternando libros con una abracadabrante obra cinematográfica?

¿Y qué puedo hacer yo en tiempos convulsos, en los que la vulgaridad y la mentira se erigen en virtudes universales, sino escribir un relato para poetas y peluqueros sobre un remoto suceso acontecido en un castillo de Dinamarca, donde una aviesa musa intrusa hace de las suyas?

LA MUSA INTRUSA

NENÚFARES EN EL ESTANQUE

El otro día fui a una mansión en el campo para investigar el asesinato de un ilustre banquero supuestamente envenenado por el amante de su mujer.

Me recibió el hijo del difunto. Convivía con el presunto asesino de su padre, que, para colmo, era su tío y que, con inconcebible impudicia e impunidad, compartía incestuosamente el hogar y la cama matrimonial. El hijo en cuestión era un chico de pálido semblante, algo gordo y de distinguido porte. Para zafarse de la presencia de un sigiloso mayordomo, me condujo por los setos de un laberinto en el jardín hasta una encina centenaria cuyo ramaje se reflejaba entre nenúfares en las aguas de un estanque. Me dijo que había sido allí donde se le apareció el fantasma de su padre y le contó cómo su tío le había inoculado un poderoso veneno cuando dormía la siesta, según tenía por costumbre, a la sombra de la encina. Recurría a mí porque el tío en cuestión era un alto cargo del gobierno al que no podía acusar de asesinato sin más prueba que el testimonio de un fantasma y, por otra parte, la muerte había sido atribuida a la ingestión accidental de una seta venenosa como las que brotaban al pie del centenario árbol.

Mientras el chico hablaba, la brisa alteró la superficie del estanque haciendo oscilar los nenúfares y deformando con sus ondulaciones el reflejo de nuestros rostros al tiempo que las ramas susurraron rumores que sugerían voces de ultratumba. Observé entonces que el joven sacaba un inhalador y esnifaba. Sospeché que su labilidad emocional le había provocado dificultades respiratorias y deduje que la supuesta aparición del fantasma del padre podía deberse a una reacción neurótica.

Para corroborarlo, al día siguiente, interrogué a la hija del mayordomo, que, por cierto, se parecía a Elizabeth Eleonor Siddal, la modelo pelirroja que John Everett Millais metió en una bañera para pintar el famoso cuadro de Ofelia muerta en el remanso de un río. Millais mantuvo en remojo a Elisabeth hasta que ésta contrajo una pulmonía y, a partir de entonces, tuvo que pintar el lienzo sin más referencia femenina que el vestido flotando en el agua entre abigarrados matojos de flores y líquenes. Diez años después, Lizzie se suicidó con láudano y su imagen pasaría a la historia como la más bella y patética representación de Ofelia. Dicen que su cabellera tenía un aura cobriza que realzaba la palidez de un rostro en cuyos verdes ojos azulados se atisbaba cierta desdeñosa altivez. A juzgar por los diferentes retratos que de ella hicieron, esta última aseveración sería verdad si no fuera porque el pincel tergiversa la memoria como las cámaras fotográficas falsifican el instante.

En cualquier caso, más allá del flagrante parecido físico con la modelo, no encontré en la hija del mayordomo el menor atisbo de desdén sino, por el contrario, un acuciante deseo de sincerarse conmigo y, por tanto, necesidad de comprensión y ayuda.

—No sé si estaba loco o se hacía el loco, pero daba miedo —contó—. Hace unas noches se presentó en mi cuarto despeinado y con la ropa desordenada. Además, se había pintado con corcho quemado el bigote de Hitler. Pero no era el de Hitler, me dijo. Ni el de Chaplin haciendo de Hitler, ni el de Groucho haciendo de Groucho. Sino el de Stefan Zweig.

—¿Zweig? —exclamé sorprendido.

—Consideraba a Zweig su alter ego. Pesimista y dubitativo. Pero digno y capaz de quitarse la vida en un mundo donde los cobardes e indecisos entregan nuestro destino a los más mediocres y criminales, así lo dijo...

Algo la hizo callar, como si temiera que la estuvieran espiando o, de repente, hubiera dejado de confiar en mí.

—Iba a contar una cosa que preferiría no contar. Pero la contaré, aunque me arrepienta.

—¿Por qué tendrías que arrepentirte?

—Porque hablar con desconocidos es sembrar semillas en el asfalto.

—Hace diez minutos que he dejado de ser un desconocido.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Hace diez minutos que te conozco.

—O sea que, además de desconocido, eres presuntuoso.

—Ya veo, tú también me conoces.

Creí que se reiría, pero ni siquiera sonrió. Reanudó el relato interrumpido sin reserva ni pudor.

—Me agarró por la muñeca y me miró tan fijamente que lo sentí penetrar por mis ojos hasta lo más profundo de mi cuerpo como si, con su mente, quisiera poseerme entera —prosiguió—. Pero, cuando estaba a punto de desfallecer y abandonarme en sus brazos, me rechazó de repente y, retrocediendo sin desviar de mí su mirada, salió de la habitación dejándome sumida en un estado de extrema turbación. Desde entonces, no puedo conciliar el sueño y doy vueltas en la cama, como si él se hubiera metido bajo las sábanas y sus labios murmuraran entre mis piernas las obscenidades que su tío decía a su madre y que él oyó escondido en el armario del dormitorio.

—¿Y para qué se había escondido en el armario?

—Para matar a su tío y acostarse con su madre, decía. Pero no hizo ninguna de las dos cosas porque el olor a naftalina le provocó un ataque de asma que lo delató y, sin atender a su estado ni a los ruegos de la madre, el tío lo encerró con llave en el armario y ordenó a mi padre que no le abriera hasta haberse cerciorado de que la naftalina y el asma habían acabado con él como con las polillas. Aquella misma noche fui a la habitación de mi padre y, mientras él dormía, encontré la llave bajo la almohada y, aprovechando que la madre y el tío culminaban sus desvaríos en el sofá

del salón, entré a hurtadillas en el dormitorio y abrí el armario. Lo sorprendente del caso fue que, cuando me asomé tras los vestidos colgados como ahorcados sin cabeza, ¡no había nadie! Tampoco vestigio alguno de que hubieran forzado las puertas. Así que supuse que, quienquiera que fuera, había utilizado una llave antes de que yo lo hiciera y, dado que la madre, a cuatro patas, seguía amarrada al tío como la perra al perro y que mi padre es un estricto mayordomo de obediencia debida, imaginé que la persona en cuestión sólo podía ser el jardinero, que tiene las llaves de todas las puertas.

–Me gustaría hablar con él, ¿dónde puedo encontrarlo?

–En el cementerio.

–¿Ha muerto?

–No. El jardinero es sepulturero.

EL SEPULTURERO ENAMORADO

Cuando le pregunté si era él quien tenía las llaves de todas las puertas, contestó que sólo tenía una llave para una sola puerta y, desde el fondo de la fosa que estaba excavando, me mostró la pala que empuñaba.

–Soy jardinero, señor. Planto cuerpos y crecen flores.

–Pareces satisfecho con tu trabajo –le dije por decir algo y, discretamente, pulsé la grabadora del móvil por si la conversación resultaba interesante; y en efecto, no me defraudó.

–Trabajo para los muertos –empezó diciendo–. Un democrático gobierno con mayoría absoluta donde la corrupción iguala a todos de forma tan equitativa que en nada se distinguen los ricos de los pobres y nunca están en paro los enterradores.

–Sabias palabras.

–Hablo de oídas, señor. Las palabras me entran por las orejas y me salen por la boca sin que ningún pensamiento propio se interponga.

–Ya veo, eres poeta y filósofo.

–Sepulturero y su seguro servidor, señor –dijo y, dando por zanjada la conversación, reanudó las paletadas.

Le pregunté entonces para quién abría la fosa, y respondió que la fosa era para él.

–No tienes aspecto de ir a morir pronto –observé.

–Pero moriré. Y, como vivo al lado, vendré a mi tumba andando, contento de dejar un mundo donde los políticos y sus banqueros huelen más a podrido que si salieran a la intemperie todos los cadáveres del cementerio. ¿No será usted uno de ellos?

–¿De los cadáveres a la intemperie, o de los políticos y banqueros?

–De abajo arriba y a contraluz, tiene aires de autoridad, ¿es policía?

–No soy policía. Pero, si lo fuera, sospecharía de un hombre que cava su propia tumba.

–Más vale antes que después y, con todo mi respeto, señor, en este lugar el sospechoso es usted, ¿qué anda buscando?

–Me envía la hija del mayordomo. Ella cree que fuiste tú quien ayudó a salir del armario al hijo del difunto asesinado.

–A decir verdad, yo no le ayudé, señor. El armario tiene una puerta de atrás por la que ese muchacho entra y sale sin que lo sepan los demás.

–¿Y por qué lo sabes tú?

–Porque yo excavé el conducto del mausoleo al armario para que el difunto en vida pudiera espiar a su esposa por el ojo de la cerradura y, una vez el difunto muerto, consideré que el hijo era el legítimo heredero y, por mil quinientos euros, le revelé la existencia del pasadizo secreto para que espicara a su madre y dejara de acosar a la hija del mayordomo. Si viene de parte de ella, por mil quinientos euros le diré lo que quiera.

–Te daré cincuenta.

–Acepto, señor.

–Voy a pedirte tres cosas.

–¿Qué cosas, señor?

–La primera es que dejes de llamarme señor.

–Sí, señor.

–La segunda es que salgas de ese agujero y me expliques por qué, siendo tú el jardinero, hay setas venenosas en el jardín.

–También hay ricino garrapatero, flores de laurel rosa, bugallón de Indochina, cicuta ateniense, atropa belladonna y otras plantas altamente perjudiciales para la salud, pero nadie se las come dormido, como dicen que hizo el difunto con una lepiota helveola.

–O sea que, según tú, ha sido asesinado.

–No he dicho eso, señor. He querido decir que antes hubiera muerto atragantado que envenenado y que también podría haberle mordido una víbora, aunque yo me inclinaría por una picadura de viuda negra.

–¿Te refieres a un alacrán o a la viuda enlutada?

–Al alacrán. Porque el luto poco le duró a la viuda. Pero, perdóneme, señor, esta tumba tiene que ser ancha y profunda y la tierra es testaruda. Diga cuál es la tercera cosa antes de que la noche se nos eche encima.

–La tercera cosa es si, viviendo entre muertos, has visto algún fantasma.

–Sólo el de los vivos que vienen y se van, ¿busca a alguno en particular?

–Sí. Al fantasma del padre que se le apareció al hijo en el jardín.

–Con todo el respeto, señor, me gustaría saber por qué le interesan esas cosas; ¿es psiquiatra?

–No, no soy psiquiatra, ¿por qué lo dices?

–Porque los psiquiatras sólo conocen el mar de las caracolas, el humo de las chimeneas y, de los fuegos, el más fatuo.

–Soy periodista y quiero que me cuentes la verdad aunque sea mentira.

–No lo entiendo, señor, qué interés puede tener el que yo le cuente una mentira aunque sea verdad.

–Porque, sea verdad o mentira, el interés no está tanto en lo que me dices sino en por qué y cómo me lo dices. Por ejemplo, cuando me dices que estás cavando tu propia tumba, sea mentira o

verdad, lo interpreto como una provocación a juzgar por el sarcasmo con el que lo dices. En cambio, cuando me cuentas que el hijo del difunto ha salido del armario por la puerta de atrás, aparte de la alusión a la posible homosexualidad del muchacho, me sorprende la ligereza con la que me haces partícipe de un secreto reservado al legítimo heredero y por el que te han pagado mil quinientos euros.

—Supuse que la hija del mayordomo le enviaba para que le dijera lo de la puerta de atrás y lo dije para que se lo dijera y ella dejara de preocuparse por ese marica asmático del que está perdidamente enamorada.

—¿Estás seguro de que el chico es gay? Si lo fuera, no la acosaría.

—Si no lo fuera, ya se la habría follado, señor. Hace tiempo que ese muchacho salió del armario sin que ella quiera enterarse porque el amor es tonto además de ciego. Pero ella sabe a ciencia cierta que el único que poseerá su cuerpo seré yo... después de muerta.

—¡Así que eres profanador de cadáveres además de poeta y filósofo!

—No, señor. Pero la traeré en mis brazos sin ataúd ni flores, sin crucifijos ni sermones y la dejaré en esta cama de tierra que le estoy preparando para que duerma la eternidad a pierna suelta y yo a su lado.

—¿Piensas matarla o deliras?

—¿Qué diría si le dijera que fue ella la que me encargó la tumba?

—Si lo que pretendes es impresionarme con fantasías o lo que cuentas fuera verdad, ¿con qué propósito me lo cuentas y para qué querría ella una tumba?

—Porque sabe que está escrito y se ahogará en el estanque del jardín.

—¿Lo soñaste tú o te lo contó ella?

—Lo soñó ella y lo cuento yo. Pero no le diga que se lo he dicho.

—Te costará un dinero mi silencio.

—¿Cuánto, señor?

—Cincuenta euros.

—De acuerdo, señor, con una salvedad.

—¿Cuál?

—Cuando suceda lo que va a suceder, y vuelva por aquí, por mil quinientos euros le contaré lo sucedido para que escriba el más extraordinario de los reportajes jamás escritos y su nombre sea recordado muchos siglos después.

—Será entonces cuando te pague. Pero, desengáñate, yo haré que las cosas no sucedan como, según tú, van a suceder. Todo es nuevo y todo cambia, por muy escrito que esté. Adiós.

Eché a andar y le oí murmurar a mis espaldas:

—Hasta la muerte de un pajarito está predestinada.

COMO POMPAS DE JABÓN

Cené en la habitación del hotel zapeando al azar. De repente, un rifirrafe de comentaristas enzarzados en controversias políticas irrumpió en el televisor pisoteándose las palabras los unos a los otros como si hablaran con la lengüeta de los zapatos y se propinaran patadas con la voz. El guirigay convertía el coloquio en un gallinero donde el quiquiriquí del presentador no conseguía acallar el cacareo de los contertulios mientras, en otra cadena, el tiroteo de los buenos contra los malos dirimía la cuestión. Bastaba apretar el gatillo para matar con virtual impunidad y bastaba pulsar un botón para que la realidad cambiara y la pantalla cobrara más fehaciente existencia que las cuatro paredes de la estancia y mi tortilla francesa. Ni chicas porno en acrobáticas posturas alteraron mi libido, ni niños desnutridos en brazos de depauperadas madres me quitaron el apetito. Los lujuriosos anuncios de coches y perfumes o la procaz felicidad de los ricos y famosos alternaban con las vísceras esparcidas tras rutinarios atentados.

Todas esas y más cosas se sucedían mientras comía y por mi mente adormecida circulaban descabaladas cuestiones: ¿había asesinado el tío al padre de su sobrino para acostarse con la esposa de su hermano o sólo era la incestuosa fantasía de un hijo celoso de su madre?, ¿había encargado su tumba la hija del mayordomo para suicidarse o sólo era el necrófilo delirio de un sepulturero enamorado?, ¿habitaba un espectro vengativo en el estanque o sólo era el efecto de la brisa que irisaba la superficie del agua?, ¿crecían setas envenenadas bajo la encina centenaria o habían sido condimentadas en alguna siniestra cocina?, ¿existía realmente un pasadizo subterráneo que condujera de un mausoleo del cementerio a un armario del dormitorio o se trataba de una triquiñuela para escamotearme otra supuesta verdad? Mecido por el balanceo de los sucesivos signos de interrogación que se columpiaban en mi mente me quedé dormido con el televisor encendido.

En sueños, o en uno de esos estados de duermevela en los que percibimos nuestro entorno con los párpados cerrados, una voz de mujer me habló desde el crepitar de la nieve en la pantalla sin que yo reconociera la voz de la mujer que hablaba ni acertara a vislumbrar fisonomía alguna tras el chisporroteante burbujeo.

Tampoco resultaba fácil entender lo que la voz decía, pero se hacía evidente la urgencia con la que lo decía: «Vuelve a tu casa y deja que las cosas sucedan como tienen que suceder». O todo lo contrario: «No vuelvas a tu casa sin antes haber evitado que suceda lo que va a suceder». En realidad, decía las dos cosas al mismo tiempo como si fueran la misma cosa. Pero la cuestión es

que... no tengo casa. Desde que me echaron del periódico, me embargaron el piso y me dejó mi mujer.

Ni siquiera recuerdo cómo era ella. Todos asesinamos un poco cuando borramos de la memoria el recuerdo de otra persona, pensé. A veces pasa. Cuando alguien se va, su ausencia ocupa el mismo espacio reservado a los muertos. En ocasiones, uno se esfuerza en recordar un rostro y acaba recurriendo a su parecido con otro que, en confusa simbiosis, conforma las facciones de un tercero que nunca hemos visto ni veremos. Aquellos cuya existencia deja de ser tangible sólo son ectoplasmas que, si el olvido no lo impide, se convierten en difusos recuerdos. Yo, por ejemplo, recuerdo con mayor exactitud el piso embargado y los muebles con los que conviví y tropecé que a la mujer con la que conviví y tropecé. Y, sin embargo, la echo de menos cuando tropiezo conmigo mismo en esta habitación de hotel. La presencia de su ausencia apenas son rasgos que se diluyen en el aire y gestos que flotan y se deshacen como pompas de jabón.

DONDE EL CORAZÓN NO ALCANZA

Al día siguiente, me presenté temprano en la mansión del presunto fratricida con el propósito de hablar con el sobrino y, llegado el caso, disuadir a la hija del mayordomo de morir ahogada en las aguas del estanque.

Para mi sorpresa, el portón de entrada se abrió por arte de birlibirloque antes de que yo llamara y, al traspasar la verja del jardín, llegó a mis oídos un murmullo como si alguien rezara entre los setos del laberinto. Me adentré discretamente y, a través de la maraña vegetal, entreví al hijo del difunto.

No rezaba. Mascullaba. Por mi parte, me abstuve de grabar sus meditaciones así como posteriores conversaciones que consideré de índole privada.

Hablaba para sí y, por lo que pude oír, se preguntaba por qué tenía que seguir viviendo cuando podía darse muerte y acabar así con las miserias de este mundo y enumeraba con acritud el abuso de los poderosos, la tardanza de la justicia, la ostentación de los ricos, el estigma de la pobreza, las ofensas de la soberbia, las veleidades de la fortuna, el dolor del amor no correspondido y el agravio de haber nacido sin que nadie le pidiera permiso. Durante su soliloquio, experimenté la morbosa atracción del que mira el mar desde lo alto y lo oye bramar en el abismo. En definitiva, se decía, ¿por qué no poner fin a las vicisitudes de esta vida que, en realidad, sólo era el falaz camuflaje de una permanente agonía? ¿Qué se lo impedía? El miedo a que tras el sueño de la muerte nos esperara otro peor, se respondió.

¿Y si hubiéramos venido a este mundo huyendo de un infierno todavía más cruel?, pensé a mi vez. ¿Y si los muertos estuvieran dispuestos a asumir el más espantoso de los destinos con tal de volver a la vida?, reflexioné con creciente aprensión. ¿Y si espíritus errantes, sin paz ni reposo, se encarnaran en los recién nacidos?, susurró la brisa entre las hojas de boj.

Sopesé la idea de que, una vez desprendidos del yo como de un sombrero y dejada nuestra precaria vestimenta carnal en el perchero, estuviéramos abocados a regresar, con diferente disfraz, para volver a vivir de nuevo, ¿acaso no compartimos con los animales de todas las especies, incluidas las polillas del armario, esa danza que los budistas han dado en llamar el ciclo de nacimientos y muertes? Quizás fuera ésa la razón por la que los creyentes no tuvieran prisa en acceder al paraíso prometido ni los ateos se apresuraran a sumergirse en una redentora nada. Recapacité y, sin saber por qué, la alusión a las polillas del armario, en lugar del olor a naftalina,

despertó en mi memoria un aroma a café humeante que alertó mi pituitaria y dio al traste con las especulaciones.

No había desayunado, ¿qué diablos importaba el que la muerte de un pajarito estuviera predestinada o que los muertos volvieran a nacer reencarnados en polillas o en bebés? Pospuse la elucubración y opté por visitar un bar de carretera que había visto al llegar. Pero los laberintos con el estómago vacío contribuyen a que la mente se desoriente. Me desorienté.

Al doblar el tercer recodo, casi me topo de manos a boca con el tío y el mayordomo, que espían agazapados tras los setos al meditabundo muchacho. Me detuve a tiempo antes de que ellos me vieran y retrocedí cauteloso en el mismo momento en que la hija del mayordomo, acudiendo probablemente a una cita concertada, abordaba al hijo del difunto y le pedía que le devolviera lo que ella le había dado en los días en que él le había hecho creer que la amaba.

–Tienes razón, te amaba. Pero cuando comparo la decencia de tu rostro con la indecencia de tu sexo, deduzco que ya no necesitas el abanico con el que tan púdicamente te tapabas. Sería mejor que te fueras a un convento antes de que mi tío haga contigo lo que hace con mi madre y acabe azotándote las nalgas mientras el tonto de tu padre aplaude.

–Veo que el dolor habla por tu boca. Pero me da terror pensar que tu lengua ensucia tu corazón.

–¿Olvidas que mi lengua ha llegado donde el corazón no alcanza? ¿Acaso no la has sentido palpitar en tu más oculto paladar? ¿Para qué el corazón? Los afectos generan cobardía, crean ataduras y miedos. El amor, en cualquiera de sus modalidades, nos hace vulnerables y vulgares. Vete a un convento y en la celda con un cirio nunca serás madre de pecadores.

–Las palabras no me ofenden, pero no soporto ver desmoronarse una inteligencia superior y deshacerse de un soplo, como milanillos de viento, las promesas que me arrebataron los sentidos y la cabeza.

–Sin cabeza y sin sentidos podrás embaucar a un bobo rico y lucir joyas en los dedos, las orejas y el escote o ponerte aros en el clítoris, el ombligo o en los morros como los bueyes, tanto da. De poco te valdrán esos signos de distinción porque, como el común de los mortales, morirás.

–Tu desprecio por el ser humano me conmueve, sólo veo amargura y desamparo. Tienen razón los que dicen que has perdido la razón.

–Si dije que te amaba, era entonces, y no ahora, cuando había perdido la razón, ¿acaso sería razonable confundir el amor con ese ejercicio que en un abrir y cerrar de piernas hace brotar una vida como el conejo sale de la chistera o la literatura del tintero? ¡Qué maravilla! ¡Qué prodigio! ¡Qué asombroso disparate! En un abrir y cerrar de piernas, como se abre y cierra un libro, contaminamos el mundo con una existencia más. Palabras, palabras, palabras, ¡me ahogo! ¡Me falta el aire! ¡Tráeme el inhalador del asma que guardo en el cajón de la mesilla de noche porque imaginar apenas el lugar de donde vengo me impide respirar!

Al verle boquear como un pez fuera del agua, ella se apresuró, muy asustada, a cumplir el

encargo y, apenas irse, cesaron los aspavientos. Sin dar muestra alguna de asfixia, el sobrino se dirigió al lugar donde el tío y el mayordomo escuchaban escondidos para advertirles admonitorio de que la comedia no había hecho más que empezar. Luego, mientras el tío empujaba el codo como si nada hubiera visto ni oído, el sobrino desapareció por los verdes vericuetos silbando, muy ufano, la marcha militar de *El puente sobre el río Kwai*.

–Es locura de amor desairado –sugirió el mayordomo.

–No es amor ni locura sino el rencor y la melancolía que, como planta trepadora, le crecen por dentro –replicó abruptamente el tío–. Lo enviaré a Oxford para que amplíe su cultura y dé libre curso a su homosexualidad –añadió tras otro trago. Medía casi dos metros de estatura y tenía la envergadura de un gorila con corbata.

–Y, en Inglaterra, podrá cultivar su afición al teatro –aventuró el mayordomo–. Hoy me ha pedido que dejara entrar a uno de esos cómicos de la legua que, supuestamente supuse, ha contratado para la obra basada en hechos reales que, según me dijo mi hija, su sobrino está escribiendo...

–¡Lo que faltaba! ¡Como si no fuera suficiente la comedia que ya nos hace!

–También me dijo que lo tratará bien, porque los actores eran, según él, los cronistas del mundo y, cuando dije que lo trataría como se merece, me respondió que cuanto mejor lo tratara y menos se lo mereciera mayor sería mi generosidad.

–¿Y tu hija no te dijo de qué trataba esa obra basada en hechos reales? –indagó el tío suspicaz.

–Sólo me dijo que la representarán en familia. A la sombra de la encina, aunque fuera de noche, y a la luz de la luna, aunque fuera de día. Ésa es la magia del teatro, que convierte en verdad cualquier mentira.

–Para convertir una mentira en verdad ninguna magia necesita la política, basta decir lo que quieren oír a los que desean ser engañados.

–¡Gran verdad! Pero me pregunto por qué son siempre los pobres los más engañados.

–Porque los muy tontos todavía esperan un mundo mejor.

Mi súbita aparición en escena hizo que, sobresaltados, se miraran el uno al otro sin mirarme a mí.

–¿Quién es ése? –preguntó el tío al mayordomo exhalando etílicas emanaciones.

–Es el supuesto cómico del que le hablé –informó el mayordomo como si yo no estuviera presente.

–¿Y qué hace aquí?

–Perdone, señor –respondí remedando al mayordomo–. Soy el supuestamente supuesto actor supuestamente contratado para un supuesto papel en la obra que, supuestamente, el hijo de su difunto hermano está escribiendo sobre supuestos hechos reales.

–¿Qué supuestos hechos reales? –inquirió el tío blandiendo la botella vacía.

–Los que, supuestamente, se supone que acontecieron a la hora de la siesta, bajo la encina y al borde del estanque, supongo... –respondí arrojando la amenaza.

–¿Y qué papel se supone que hace usted?

–El de fantasma.

–¡Pues desaparezca de mi vista! –bramó y, para mi alivio, lanzó la botella sobre los setos.

–Ni un fantasma haría mutis en este laberinto sin pisarse la sábana –objeté.

No apreció mi ingeniosa respuesta y, alzando el índice al cielo, adoptó ínfulas de estatua ecuestre.

–Acompáñele –ordenó al mayordomo.

–De acuerdo. Acompáñeme al pasadizo subterráneo que conduce a la puerta secreta de ese armario desde el que se ve y se oye lo que pasa en el dormitorio conyugal –propuse, y el mayordomo se puso primero rojo y después pálido.

–No sé a qué se refiere –balbuceó.

–Me refiero al armario en el que un tío encierra a su sobrino asmático para que muera como una polilla –precisé, y al tío también le cambió el semblante. Con una variante. Primero pálido, después rojo.

–¿Quién le ha contado esa patraña? –me espetó exasperado.

–Así consta en la obra que escribe su sobrino –afirmé con descaro, puesto que nada conocía de la obra en cuestión.

–¡Basta! Ya soporto bastante teatro en las sesiones del Congreso, ¡llévate a este actor de pacotilla y que no vuelva a pisar la casa aunque mi sobrino te lo ordene!

–No me iré hasta que descubra al asesino antes del último acto –proclamé con ínfulas de Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*.

–¿Asesino? ¿Ha dicho asesino? ¡Aquí el único asesino será yo si no se va!

Aunque estuviera bebido y fuera de sí, la afirmación resultaba extemporánea en alguien sospechoso de asesinato. Pero no tuve ocasión de reflexionar sobre el asunto porque, agarrándome por el cuello, me alzó a seis palmos del suelo y a tres por encima de su aliento, lo que propició que mis pupilas se elevaran sobre el seto del laberinto.

Antes de perder toda perspectiva, alcancé a ver a la hija del mayordomo que, con el inhalador en la mano, buscaba en vano al amante ausente. El agónico estertor salido de mi garganta llamó su atención y, sin pensárselo dos veces, acudió a tiempo de evitar mi muerte por estrangulamiento. Al verla, el tío soltó presa y, para no dar explicaciones, se retiró olímpicamente, llevándose al mayordomo en volandas y dejándome tirado como un despojo.

El medicamento contra el asma me devolvió la respiración y el boca a boca de la joven estuvo a punto de quitármela. Apenas resucitado, la invité a tomar un café en el bar de carretera que había visto al pasar. Tardamos en encontrarlo porque ni el bar estaba al borde de la carretera ni la

carretera estaba tan cerca de la casa como yo creía recordar y, por otro lado, ella daba la impresión de no haber traspuesto nunca la verja del jardín y yo me sentía como si anduviera sobre nubes sin conseguir avanzar. Imaginé que me hallaba bajo los efectos de la droga inhalada.

LA SONRISA DEL CRUASÁN

El café restableció mis coordenadas mentales y la presencia de mi acompañante me resarcí con creces de la impronta que las garras del energúmeno habían dejado en mi cuello. Por supuesto, no me habría parecido correcto utilizar la grabadora, pero tampoco habría podido hacerlo, ya que en el vapuleo sufrido había perdido el móvil además del sentido.

Seguía pareciéndose a Elizabeth Eleonor Siddal, la mujer pelirroja del cuadro de Millais, y ahora, sentada a mi lado, jugueteaba entre sus dedos con un cruasán. Le agradecí que me hubiera salvado la vida y, por delicadeza, no quise aludir a su supuesto suicidio ni a la fosa abierta en el cementerio. Sin embargo, no pude evitar preguntarle por qué se dejaba humillar de aquella manera por su amante.

—No es mi amante, pero lo amo. Es un niño bueno que se porta mal. Se siente culpable de la muerte de su padre porque está enamorado de su madre y celoso de su tío, y me necesita —respondió—. Y yo necesito que me necesiten para sentirme amada...

—Puede que no sea tu amante, pero se comporta como si lo fuera y te despreciará por serlo. Te utiliza como un trapo sucio y, si te necesita, como dices, es sólo para volcar en ti sus miedos y frustraciones. Ninguna mujer debiera soportar un trato tan cruel...

—Es como mi hermano, que me ha abrumado a sermones antes de irse a París. Como si los sermones cambiaran las palabras del libro en el que, al nacer, ya está todo escrito.

—¿De qué libro me hablas? ¿De la Biblia? ¿Del Corán? ¿O de Blancanieves?

—Del Destino.

—¡El destino! Las páginas de ese libro están en blanco y hay que escribirlas día a día —atajé petulante—. Si esta mañana, en el laberinto, no hubieras llegado tú a tiempo, yo no estaría ahora aquí y somos nosotros los que hemos escrito esa página.

—Te equivocas. Hasta la muerte de un pajarito está predestinada.

—¡Ah, comprendo!, hablas como el sepulturero. Su pala siempre tendrá la última palabra, por supuesto, ¡es fácil apostar una vez acabado el juego! Pero el destino sólo existe a posteriori, créeme. Tu enterrador es un crupier tramposo, uno de esos profetas carroñeros que se alimentan de la muerte que se alimenta de los hombres con la pretensión de que, una vez la muerte muerta, no morirán.

Lo de que su sepulturero se alimentara de la muerte que se alimenta de los hombres para no

morir una vez la muerte muerta se le antojó un mortificante galimatías. Lo era. Aunque a mí me pareciera, más bien, una macabra receta de cocina.

–También es jardinero y planta flores... –arguyó en defensa de su amigo.

–Y setas envenenadas –argüí yo.

–Ésas crecen solas.

–Unas buenas y otras malas, a capricho de la naturaleza.

–Él dice que todas las flores son la misma flor y todas las setas la misma seta, y que sólo el veneno y las apariencias las diferencian.

–Sí, es verdad. Todos somos los demás. Pero los demás no son ni tú ni yo.

–No te entiendo.

–Veo que aprecias más las sentencias del sepulturero que mis paradojas o los sermones de tu hermano.

–Sospecho que su afán protector era deseo de posesión. Querría tenerme sólo para él...

–¿Te refieres al sepulturero?

–Me refiero a mi hermano. Te contaré algo que nunca pensé que contaría y no sé por qué te lo cuento. Aunque, pensándolo mejor, no te lo contaré.

–Cuéntamelo.

–Si te lo cuento, lo contarás.

–No lo contaré, te lo prometo.

–No te creo.

–Pues no me lo cuentes.

–Pero, si no te lo cuento, imaginarás que pasó lo que no pasó.

–Precisamente es eso lo que pienso.

–¿Qué piensas?

–Que no pasó lo que pasó.

–Pues estás equivocado. Pasó.

En ese momento, el viento abrió de golpe la puerta del establecimiento y una servilleta de papel voló del mantel a los pies de mi acompañante. Cuando me agaché para recogerla, ella cruzó las piernas y sus rodillas acopladas impidieron que mi mirada se deslizara bajo las faldas. Era absurdo que yo me afanara en recuperar una servilleta usada y más absurdo todavía que se la entregara como un trofeo, pero no acusó ni el gesto ni el desliz y, sin que yo insistiera, me contó lo sucedido. O lo que no llegó a suceder.

–Una noche de verano –dijo–, mi hermano entró en mi habitación y, mientras yo fingía estar dormida, retiró la sábana de la cama para verme desnuda. Sentí su respiración recorrer mi piel como una caricia. Cuando abrí los ojos y le sonreí, huyó despavorido. Creo que ésa es la razón por la que se fue a París...

Con un soplo similar al del viento que hizo volar la servilleta, me traicionó el inconsciente y hablé con procaz ligereza.

–Te aconsejo que cierres tu habitación como cierras tus piernas –me oí decir.

–¿Es un consejo o una impertinencia? –preguntó a la defensiva.

–Es un consejo de cerrajero –respondí intentando soslayar la torpeza.

–¿Eres cerrajero? ¿Quién te ha llamado? ¿Quién te envía? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres de mí?

Las consecutivas interpelaciones me descolocaron aún más y, con la afectación de esas películas adolescentes de chico-chica en cafetería, me atrincheré para escudriñarla por encima del borde de la taza mientras buscaba una respuesta adecuada.

–Perdona –me disculpé–. Lamento lo que dije de tus piernas, no sé por qué lo dije, a veces se dicen cosas sin pensar. Si estoy aquí es porque ese chico al que amas me llamó para que investigara el asesinato de su padre, por eso he venido...

–¡Así que no eres cerrajero! –exclamó con desenfado–. ¡Menos mal! ¡Nunca habría contado mis intimidades a un cerrajero! Pero tomaré buena cuenta de tu consejo y haré que pongan un cerrojo en mi habitación. En cuanto a lo de mis piernas, discúlpame, ha sido un movimiento reflejo. Por un momento, he creído sentir la mirada de mi hermano o los pensamientos de mi tío. Nada que tenga que ver contigo... O también.

Dicho esto, burlándose del juego de la taza tras la que me había atrincherado, se parapetó tras el cruasán a la altura de los labios de manera que no supe si sonreía o eran los cuernos del cruasán los que me sonreían. Consideré entonces que, en un baile de máscaras, nadie confiaría en alguien que no llevara máscara y quizá fuera ésa la razón de que ella utilizara el cruasán a modo de antifaz y yo decidiera, a modo de disfraz, darme aires de Rouletabille, el sagaz periodista que encontró en las alcantarillas de París el pie de una mujer descuartizada, y ese pie le dio pie para escribir su primer reportaje. En mi caso, no fue un pie sino una servilleta de papel lo que me dio pie a entrever sus piernas y un cruasán lo que me escamoteó su sonrisa. Dos incentivos para investigarla. Empecé por hablar de mí, tratando de despertar su curiosidad.

–Soy periodista y trabajo por mi cuenta desde que me echaron del periódico por hacerle una entrevista al Papa –declaré.

No le había hecho ninguna entrevista al Papa y, en consecuencia, no me habían echado del periódico por eso, pero surtió efecto. Mojó su sonrisa en el café y la rompió al morder uno de los cuernos del cruasán. De momento, había conseguido desenmascararla.

–¿Qué le preguntaste al Papa para que te echaran del periódico? –preguntó.

–Le pregunté si creía en Dios.

–Diría que sí.

–Dijo que sí.

–¿Y entonces?

–Entonces le pregunté si se consideraba su representante en la Tierra y también contestó afirmativamente. Él era, respondió, su humilde mayordomo. Si así fuera, dije, debería asumir su porcentaje de responsabilidad en los horrores de un mundo que su Dios ha creado y, antes de que me contestara, le advertí de que no aceptaría eximentes por obediencia debida ni secuelas del pecado original. Entonces, me expulsaron del Paraíso.

–Sería del Vaticano.

–Y del periódico. El director prefirió quedarse con mi mujer.

–Debió de resultar doloroso.

–Humillante. Ella era la redactora de la sección cultural.

–¿La amabas?

–La quería.

–¿Y la sigues queriendo?

–Sólo un cuarto de hora al día.

–No tiene gracia.

–Tampoco me haría gracia que te fueras a un convento...

–¿Lo has oído todo?

–Todo. Hasta el falso ataque de asma.

–No fue falso. A veces, finge que finge. Hasta cuando está a punto de morir. Yo lo conozco. Pero tú... ¿Qué hacías allí? No tenías derecho a espiarnos...

–Lo siento. El portón del jardín se abrió como si me esperaran. Entré y me perdí en el laberinto. Cuando quise retroceder, descubrí al tío y a tu padre. Ellos sí os espiaban. Me sentí atrapado entre dos fuegos. Lo oí todo, es cierto. No pude evitarlo. Me habría gustado protegerte...

–Todos los hombres sois iguales. Queréis protegernos y, luego, ¿quién nos protege de vosotros?

–No somos iguales. Nos diferencian el veneno y las apariencias. Eso dice tu enterrador de las flores y las setas.

–Es mi jardinero, no mi enterrador.

–Pero le has encargado tu tumba.

–¿Eso te ha dicho?

–Y que él será el único que poseerá tu cuerpo después de muerta...

–Lo sé, lo sé. Me llevará en sus brazos hasta la fosa sin flores ni crucifijo, eso dice.

–Y se acostará a tu lado para dormir la eternidad, ¿no es repugnante?

–Sólo teatro.

–¿Teatro?

–Ése es el personaje que le correspondería interpretar. Yo haré el papel de la joven que se vuelve loca y se suicida. Bueno, en realidad, se rompe la rama del árbol en el que se ha subido

para colgar guirnaldas y cae al estanque. Al principio, flota. Pero, poco a poco, su ropa se empapa y el peso hace que se hunda, sin que ella oponga resistencia, hasta ahogarse en el fango del fondo.

–Me tranquiliza saber que tu muerte sólo será una simulación teatral y confío en que tu personaje no sobrepase los límites de la ficción, pero me resulta inquietante la obra y la mente enfermiza del autor, ¿se ensañaba realmente contigo en el laberinto o era un paripé como el número del asmático? Y, cuando monologaba entre los setos, ¿estaba actuando para mí o para su tío y tu padre? ¿O todos hacíais teatro? Me gustaría saber cuándo estáis actuando y para qué o para quién ensayáis con tanta dedicación esa obra basada, según le dijiste a tu padre, en hechos reales, ¿a qué hechos reales te referías?

–Cosas pasadas y por pasar –dijo para salir del paso.

Sacó el inhalador del bolso, esnifó con fruición y me lo pasó.

–Es un preparado con semillas de hipomea, esas flores moradas que has visto en el laberinto – me informó sin que yo preguntara–. No sólo sirve para el asma, también quita la ansiedad.

Esnifé para no desairarla y se lo pasé. Volvió a esnifar y me lo volvió a pasar. Soplé en lugar de inspirar y se lo devolví. Esnifó y lo guardó. Puede que quitara la ansiedad, pero proporcionaba una extraña percepción del tiempo y el espacio que me produjo angustia. Como cuando caminaba sobre nubes y tenía la sensación de andar sin avanzar. Una camarera apareció y desapareció tras el mostrador para reaparecer siendo otra aunque siguiera siendo la misma. Nada había cambiado pero todo era diferente. La puerta se volvió a abrir. La servilleta volvió a volar. Yo me volví a agachar. Las piernas no estaban en su lugar y el vacío entre las patas de la silla me dio vértigo.

Salí y no la vi. Eché a andar hacia la casa con la esperanza de alcanzarla. Pero no localicé la casa. Probablemente, en mi aturdimiento, había equivocado el sentido del camino que, en un momento dado, se bifurcaba. Volví sobre mis pasos. Tampoco di con el bar. Interrogué a un aldeano, y no supo, o no quiso, proporcionarme indicación alguna salvo cuando mencioné el cementerio. Me acompañó hasta la entrada y se largó.

POR MÓRBIDA CURIOSIDAD

Merodeé entre las tumbas hasta dar con el mausoleo del difunto banquero cuya muerte había venido a investigar. De un gancho mohoso colgaba un manajo de llaves. Desde el primer momento sospeché que el hallazgo no era casual. En el estado de confusión en que me hallaba, o quizás obedeciendo a una rara intuición, descolgué las llaves y las probé, una a una, en la cerradura hasta que la puerta de hierro giró sobre sus goznes y la cripta se abrió. Sobre la tapa de un ataúd vacío y desvencijado encontré una linterna. La encendí. El haz de luz serpenteó por el suelo y una legión de cucarachas salió de un zapato sin suela. Bajé las escaleras de piedra hasta el último peldaño. En el centro de un recinto abovedado, cintas impregnadas del rancio y dulzón hedor a flores mustias se descolgaban lacias del féretro situado sobre un pedestal de mármol donde habían depositado una fotografía del difunto. El túnel abierto en el muro por el sepulturero exhalaba una bocanada con regusto a tierra putrefacta.

Siempre me he preguntado por qué las chicas de las películas de terror entran en téticos castillos o en mansiones abandonadas. El guion lo exige, la tormenta arrecia y las tinieblas las atraen, aunque acaben apuñaladas. Se sienten invadidas por una voluptuosa lasitud, una adormecedora dejadez, algo similar al cosquilleo medular que provoca el abandono sexual o la dulzura de una muerte deseada.

En definitiva, se comportan tan estúpidamente como yo. Por mórbida curiosidad, lo confieso, me adentré en el pasadizo secreto y, cuando quise retroceder, comprendí demasiado tarde que en aquel angosto conducto mi cuerpo no tenía marcha atrás. Arrastrándome con los codos y la linterna entre los dientes, como un sioux con su cuchillo o, más apropiadamente, como una serpiente en un embudo, no me quedaba más remedio que seguir adelante o quedar atrapado. Así, durante el asfixiante recorrido, reviví la angustia del bebé en el parto.

Pronto comprobé que el enterrador mentía cuando decía que el túnel había sido excavado para que el marido celoso espicara a la esposa infiel. De la fotografía del interfecto se desprendería que, dado su perímetro abdominal, jamás habría logrado introducirse en vida por aquella cavidad sin quedar atascado al primer intento. Ni el hijo, gordo y asmático, hubiera podido arrastrarse más allá de un trecho sin perder resuello, ni el viejo mayordomo tenía las fuerzas que el cometido requería. De ello deduje que el orificio había sido practicado para uso exclusivo del sepulturero o, aleatoriamente, como ratonera para incautos.

Se me apagaron la linterna y el aliento justo en el momento en que mi cabeza tropezó con una

trampilla de madera. Empujé con la coronilla y la trampilla cedió. En un agónico impulso conseguí salir del hormiguero y me encontré bajo los faldones de una mesa camilla. Al alzarlos, como se levanta un telón, apareció un abigarrado escenario que mis ojos, cegados por el tenebroso trayecto, tardaron en vislumbrar.

Era un trastero abuhardillado donde, sobre muebles arrumbados, yacía lo que plausiblemente había sido el vestuario del muerto. Por los suelos, otros enseres y cachivaches desperdigados conformaban lo que parecía un atrezzo de teatro. Apenas disimulado por un raído cortinaje, sobresalía de la pared la parte posterior del armario empotrado que, según supuse, daba al dormitorio.

Al fondo del cuarto, una puerta comunicaba con el resto de la vivienda, lo que confirmaba mi sospecha de que el conducto secreto no era imprescindible para acceder al recinto. Ni para entrar y salir del armario. Salvo si alguien que no habitara la casa y a quien no se le permitiera la entrada quisiera enterarse clandestinamente de lo que se decía y hacía en la alcoba contigua. Donde, precisamente en esos momentos, algo estaba sucediendo.

Palabras exaltadas y música altisonante llegaban hasta mí. Apliqué el oído y, al apoyar la mano, el dorso del ropero se abrió en un perezoso bostezo como la embocadura de una de esas conchas de apuntador ya en desuso. Me adentré por ella y, apartando lacios vestidos, me abrí paso hasta el resquicio de luz que provenía del dormitorio.

A LA SOMBRA DE *LA MUJER SIN SOMBRA*

La música y las palabras precedieron a la imagen enmarcada en el diminuto arco de herradura del ojo de la cerradura por el que escudriñé la fracción de habitación que correspondía al flanco de la cama hollada por las posaderas de una dama bella y madura en camisa de dormir. Con sus idas y venidas de fiera enjaulada, un hombre interrumpía intermitentemente la visión. No me fue difícil dilucidar que se trataba del hijo del difunto en apasionada controversia con su madre.

–Ofendes a tu tío que ahora es tu padre –decía la madre al hijo.

–Ofendes a mi padre fornicando con su hermano –replicaba el hijo a la madre y, al hablar, enarbolaba con la zurda enguantada, a modo de grotesca batuta, un sable prusiano con el que hendía el aire fingiendo dirigir la orquesta de *La mujer sin sombra* cuyo fragor brotaba de los surcos del disco de vinilo que la aguja del viejo gramófono recorría quejumbrosa y expandía por la estancia a todo volumen desde la mesilla de noche, según alcancé a ver.

–Me das miedo. El dolor trastorna tu mente y el odio tu mirada –gemía la madre, uniendo su lamento a la voz de la soprano que interpretaba el personaje de la emperatriz.

–Me das náuseas. El deseo trastoca tu juicio y confundes tu coño con tu corazón –respondía el hijo erigiéndose en mensajero del reino de los espíritus.

Temeroso de ser descubierto, me mantenía maltrecho y retorcido en mi escondrijo, mientras ellos, enardecidos por la música de Strauss, proseguían su escaramuza.

–¿Es ése el lenguaje de un hijo con su madre?

–¿Es ése el comportamiento de una esposa con el asesino de su marido?

–¡Has dicho asesino!

–Sí, señora, eso he dicho. ¡Asesino, miserable, canalla, infame ladrón que, en la inmundicia de esta cama, entre arrullos y ternezas, utiliza el mismo conducto por el que me trajiste al mundo para su vicio y placer!

–¡No sigas hablando! Tus palabras me hieren como cuchillos en el alma, ¿y qué haces con el sable de tu tío? ¿Me amenazas?

–Lo descolgué de la panoplia del salón para que no te meta la empuñadura por el culo como hizo borracho aquella noche...

–¿Qué mente delirante ha podido concebir tan aberrante desvarío?

–No fue mi delirante mente sino el simple ojo de una cerradura lo que me permitió ver las nalgas de mi madre expuestas con complacencia al abordaje y no fue la naftalina para las polillas

lo que me provocó el ataque de asma sino la acometida perpetrada por el usurpador sin rechazo ni pudor por tu parte.

—Los efectos alucinatorios de las cerraduras alteran la visión de tal manera que, quienes por ellas miran, sólo ven lo que imaginan. Si fuera verdad lo que cuentas, ¿cómo podrías ni tan siquiera tocar ese sable sin sentir la repugnancia del uso depravado que le atribuyes?

—Con guantes.

—Ya veo. Guantes en las manos y bambalinas en la cabeza.

—No justifiques tu culpa con mi demencia. Conozco el truco. En estos tiempos de molicie y saciedad, la virtud ha de pedir excusas al vicio, como si fuera el vicio a cualquier edad la única disciplina para prorrogar la vida.

—¿Y qué puede hacer una viuda contra esa tendencia de la naturaleza? ¿Morir cuando su marido muere? ¿O vivir con plenitud el tiempo que le queda? Y, a fin de cuentas, nadie es culpable de sus sentimientos ni de sus más inconfesables tendencias. Si con el sable me partieras en dos, no distinguirías mi parte mala de mi parte buena.

—No más palabrería y haz lo que te diga. Cuando, esta noche, mi tío venga a tu cama, finge virtud como yo finjo locura y no dejes que con sus besos y caricias se estremezcan tus carnes y tu cuerpo se convierta en el fruto de su crimen. Niégale esa indecente herencia arrebatada a la víctima como póstuma humillación para mayor vanagloria del asesino.

—Yo también tengo algo que decirte, aunque no quieras oírlo. Tu tío no asesinó a tu padre. Fue tu padre quien se asesinó a sí mismo cuando vio que sus fuerzas no respondían a mis deseos. Pero diremos, si prefieres, que el destino fue el verdadero asesino porque le hizo confundir una bebida afrodisíaca con un brebaje venenoso...

—Ten cuidado, madre. Hasta el hielo arde cuando la pasión lo inflama y la razón se vuelve esclava de la pasión. Hazme caso, te lo ruego. Si rechazas a mi tío esta noche, podrás rechazarlo a la siguiente. Porque, a fin de cuentas, la virtud y el vicio sólo son costumbres que se adquieren...

—No sigas. Aunque esta noche hiciera lo que dices, no puedo prometerte que antes del amanecer no cambiara de opinión y fuera yo a buscarlo a su cama.

—¿Me avergüenzas, madre! ¿Qué demonio juega con tu alma a la gallina ciega?

—Hay en mi alma manchas tan negras y profundas que no podría borrarlas ni naciendo dos veces. Pero ¿qué miras?

—¿Qué miro? ¡Dime qué ves!

—Nada, aunque veo todo lo que hay.

—Aquí, a tu lado, ¿no le oyes respirar?

—Sólo oigo nuestras palabras y la música que las arrebató para llevarlas a un lugar donde no se han pronunciado jamás.

—Era el más noble de los hombres. Míralo ahora. Tiene el rostro demacrado pero amable el

semblante...

–¿Hablas de tu padre?

–Hablo de tu marido.

–Ha muerto.

–Ha vuelto y me pide que me apiade de ti, que te ayude y te hable con dulzura... ¿cómo estás, madre?

–¿Cómo estás tú, hijo mío, que clavabas la mirada en el vacío y hablas con el aire?

–¡Mira cómo se aleja! Ya sale por la puerta vestido como en vida...

–No es más que un ensueño...

–¡Un ensueño que penetra más profundamente en tu conciencia que el rabo de ese cerdo en tu vientre! –clamó el hijo y, de un colérico mandoble, descuajeringó la gramola y destrozó el vinilo acallando a Strauss y a su mujer sin sombra.

Se hizo el silencio. Sollozó la madre. Retuve la respiración entre las perchas, pero temí que los latidos del corazón me delataran. Extremando la prudencia, conseguí salir del encierro y, por detrás y sin ruido, encontrarme de nuevo en el trastero. Pero, apenas liberado del armario, tuve que esconderme apresuradamente tras un biombo cuando la puerta que comunicaba con la vivienda se abrió de repente.

Con su pijama a rayas, el mayordomo parecía un presidiario fugitivo. Por la concha del apuntador, se introdujo a cuatro patas en el armario del que yo acababa de salir. Aproveché la circunstancia para, en vez de regresar al mausoleo arrastrándome por el siniestro conducto que hasta allí me había llevado, tratar de ganar la salida atravesando la casa.

LA MUSA INTRUSA

Tanteando las paredes, avancé a oscuras por un pasillo hasta una estancia donde los muebles eran sombras en penumbra. El suelo alfombrado apagaba mis pisadas y alguien, o algo, respiraba a mis espaldas. Me volví y comprobé que la respiración provenía del resquicio luminoso de una puerta de doble hoja que bruscamente se abrió de par en par y, en un fognazo cegador, la silueta de una mujer de roja melena apareció a contraluz.

—¡Eres un pobre imbécil! —me espetó la desconocida de la que no alcanzaba a ver el rostro, bien porque me cegara la flamígera cabellera o porque ella se mantuviera de espaldas. O porque... no tuviera cara.

»Eres un pobre imbécil —reiteró, y añadió con sorna—: Lamento comunicarte que no hay papel en esta obra para actores mediocres como tú.

—No soy actor, soy periodista —refunfuñé.

—Peor. Eres un entrometido que además de meter las narices estás metiendo la pata.

—He venido a investigar un asesinato y no me iré hasta que descubra que el asesino es el tío del hijo del padre asesinado.

—¡Vaya, vaya! —exclamó burlona—. ¿Y qué harás cuando descubras lo que ya sabes?

La pregunta era tan pertinente como impertinente el retintín.

—Lo publicaré para que el crimen no quede impune, y me llevaré a la hija del mayordomo lejos de este lugar donde su amante la maltrata y un sepulturero la droga con flores mientras cava la tumba que piensa compartir con ella.

—Decididamente, eres tonto, ¿no comprendes que ya es tarde, querido? Si querías evitar lo que de todas maneras va a pasar, tendrías que haber empezado por impedir que el mayordomo entrara en el armario. El infeliz acabará ensartado por un sable prusiano como si fuera un pollo a l'ast y su muerte tendrá irreparables consecuencias. Apenas conozca la noticia, el sepulturero se apresurará a decírselo a la hija para así cumplir con sus necrófilos propósitos, y la hija perderá la razón y, después, la vida, y el hermano vendrá de París volando para vengar a su padre y a su hermana, y todo sucederá según ha sido escrito sin que nadie pueda hacer nada por evitarlo, ¡hasta la muerte de un pajarito está predestinada!

—¡Pajaritos! ¡Pajaritos! ¡Qué me importan los pajaritos! Dime quién eres tú y qué haces disfrazada de espantapájaros.

Por la transparencia de la vestimenta vislumbé que su cuerpo era traslúcido y, cuando se quitó

la diáfana túnica y la refulgente peluca, desapareció de mi vista aunque la voz delatara su presencia. Quedé estupefacto.

–Soy tu puta musa –dijo la voz–, y será mejor que te vayas por donde has venido, antes de que todo acabe trágicamente –advirtió, y añadió mordaz–: Salvo que tú lo impidas...

Era una musa sarcástica y estrafalaria, pensé, una grotesca fantasmagoría de las que se cuelan en la mente por descuido o fatiga. Un remedo del transformista Fregoli y del escapista Houdini o un efecto residual del fluido inhalado. Puede que fuera sólo una alucinación, pero la túnica de seda que yacía desmayada a ras de suelo y la roja cabellera desparramada sobre la alfombra constataban la corporeidad de la aparición. ¿Sería cierto el anuncio de la muerte del mayordomo ensartado por el sable prusiano? ¿Llegaría a tiempo de evitarlo?

Regresé al cuarto trastero y me detuve antes de entrar.

SOPA DE FLORES TREPADORAS

Tras la puerta trasera del trastero y a través de la oquedad de una chimenea en desuso, como por una de esas caracolas inventadas por Athanasius von Kirchner para que el rey pudiera oír lo que se murmuraba en las estancias del palacio, escuché los cuchicheos del hijo y el sepulturero.

–Llévatelo por el agujero hasta el mausoleo y entiérralo con el sable de mi tío sin dejar rastro de la sangre ni huella del arrastre –decía el joven del pálido semblante.

–No se preocupe, señor –respondía el sepulturero, cuyo inconfundible gracejo reconocí–. Tengo una tumba que nadie va a visitar, meteré al mayordomo en lo más hondo debajo del cuerpo que ya la ocupa, cambiaré el nombre de la losa por el de mi mujer, que en paz descanse, y nada infundirá sospechas... salvo que su señora madre se vaya de la lengua, con perdón.

–No lo hará. Ella me quiere y me teme. Nunca delatará a un hijo que asesinó por accidente, cuando otros lo hacen por lujuria y ambición, ¿cómo podía yo distinguir, entre trapos, que aquel bulto en el armario no era mi tío?

–Me congratulo, señor, de no haber sido yo la víctima del error. Ya que, cumpliendo sus prescripciones, he ocupado con frecuencia ese lugar para escuchar las palabras que pudieran involucrar a su tío en el envenenamiento de su señor padre.

–No habría cometido el mismo error contigo. Fue el pijama lo que me hizo suponer que se trataba de mi tío a quien mi llegada hubiera sorprendido en la cama con mi madre y que, por morbosa curiosidad, se habría escondido en el armario para espiarme. Pero no es hora de lamentos, y lo hecho, hecho está.

–Le recuerdo, señor, eso de «no hay mal que por bien no venga», aunque también digan que «las desgracias nunca vienen solas», según convenga. Porque, diciendo una cosa y su contraria, la sabiduría popular nunca se equivoca.

–Déjate de refranes y presta mucha atención. Se acabaron las escuchas. Tapiaremos la puerta de atrás y cegarás el pasadizo secreto. Por cierto, antes de que te lleves al muerto, quiero hacerte una pregunta.

–Si la pregunta que quiere hacerme es la que supongo que me va a hacer, preferiría que no me la hiciera.

–¿Y qué supones que te voy a preguntar?

–Mí señor ya supone lo que supongo, así que no perdamos más tiempo porque temo el momento en el que su señor tío regrese del Congreso y eche de menos al mayordomo. Le recuerdo que debo

llevarme un cadáver, cegar el pasadizo, desenterrar a un muerto y volverlo a enterrar encima de otro. Además, aunque supiera que su señora madre es la instigadora y cómplice del envenenamiento, no tendría el valor de decírselo a la cara por miedo a que me rebanara el cuello.

–No tienes el valor de decirlo, pero sí de pensarlo.

–Los pensamientos juegan con los pensamientos, de modo y manera que todo acontecimiento, por evidente que nos parezca, está sujeto en la mente a muy diferentes interpretaciones.

–¿A qué diferentes interpretaciones te refieres?

–Con perdón, señor, me refiero a que su señor padre se haya intoxicado accidentalmente con la sopa de flores trepadoras que su señora madre le preparaba para enderezarle el ánimo; pero también cabría pensar, digo yo, que no hubiera sido su señora madre sino su señor tío el que hubiera puesto más pétalos de los debidos en la sopa. En ambos casos, el resultado hubiera sido el mismo y no será la muerte del mayordomo lo que devuelva la vida a su señor padre ni la venganza la que nos aporte certezas sobre lo acontecido. Así que pongamos manos a la obra y averigüemos primero si el cadáver del mayordomo cabe por el agujero. Necesitaré cable, pala, pico y tres mil euros.

–Te los daré cuando nos veamos en el cementerio. Ahora tengo que consolar a mi madre y asegurarme de su silencio.

–Le recuerdo, señor, que el silencio de una mujer no tiene precio y, en cuanto a la cita en el cementerio, con todos los respetos, preferiría no llegar el primero.

COMO JUEGOS MALABARES

Sopesando lo oído, consideré el momento llegado de ir al encuentro de la hija antes de que los nefastos presentimientos se cumplieran. Deduje que su habitación estaría en el ala de servicio de la casa, pero me confundí de ala y, pasando por las cocinas, acabé en el invernadero. Para mi sorpresa, allí estaba ella. Ataviada con la peluca roja y la túnica transparente de la musa invisible, entonaba patéticas cantinelas mientras engarzaba guirnaldas de flores.

—«¿Cómo reconoceré tu amor sincero de aquellos que no lo son? Por el ala del sombrero y la suela de los zapatos» —canturreaba.

Inducido o simulado, el desvarío de sus palabras se reflejaba en una mirada al tiempo introspectiva y extraviada.

—¿Qué extraña canción es ésta? —pregunté.

—«Antes de meterme en tu cama, prometiste casarte conmigo, dijo la enamorada a su amado y su amado le respondió, contigo me habría casado si en mi cama no te hubieras metido», ¿no es una canción apropiada para la ocasión?

—No sé a qué ocasión te refieres ni qué haces aquí con estas trazas.

—Estoy ensayando la obra de teatro de que te hablé y en la que, como te dije, hago el papel de una joven que se suicida en defensa propia.

—No permitiré que eso suceda —respondí, y le pregunté de dónde había sacado esa horrible peluca roja y esa vestimenta que dejaba entrever su desnudez.

—Son prendas del vestuario y las encontré casualmente en el suelo del salón. Como mi ropa interior no era acorde con la transparencia de la túnica de seda, me desprendí de ella, ¿acaso carece mi desnudez de la belleza que el personaje exige?

—La sobrepasa con creces. Sencillamente, necesito que te vistas de mujer normal para venir conmigo.

—¿Contigo? ¿A qué manicomio piensas llevarme?

—A uno donde los locos andan sueltos por las calles, entre humos de coches y olores a cloaca. Entran y salen de sus casas como hormigas del hormiguero y, en su demencia, se sienten libres como si fueran dueños de sus días. Ignoran la suciedad del aire que respiran, las cagadas y escupitajos que pisan a cada paso, el ruido que los rodea y los lamentos de los desamparados en cada esquina. Llevan auriculares y anteojeras para protegerse de las desgracias ajenas y las

catástrofes lejanas. En ese manicomio, todo sucede al buen tuntún. La muerte de ningún pajarillo está predestinada.

Mi sarcástico humor la hizo esbozar una amarga sonrisa.

–Al menos, eres honesto –admitió–. Aunque olvidas que yo no sería nadie sin el trágico destino de mi personaje –añadió simulando, a su vez, bromear–. Pero no acierto a entender qué sentido tendría cambiar un destino trágico con sentido por una vida vulgar sin sentido –concluyó.

–¿Has observado que la palabra «sentido» y la palabra «destino» son la misma palabra con las letras descabaladas? Son un juego malabar. No deseo más destino ni sentido que aquel que la casualidad, o la causalidad, también palabras malabares, nos deparen.

Con este ditirámico aserto alcancé, a la vez, las más altas cimas de mi autoestima y las más hondas simas de mi necesidad.

–¿Para eso te han contratado? ¿Qué pretendes con tus juegos malabares? ¿Llevarme a un circo? ¿Por qué no te quedas a ver la obra como esos espectadores que se refocilan con la desgracia ajena? Ya falta poco para que empiece la función...

Estuve en un tris de anunciarle que la función ya había empezado. La musa invisible me había advertido de no meter la pata donde metía las narices y me abstuve de meter la pata. Pero metí las narices.

–¿Son ésas las flores trepadoras del laberinto? –indagué–. ¿Vas a colgar las guirnaldas de una rama de la encina? ¿Se romperá la rama y caerás al estanque? ¿Dejarás que la túnica se empape y te arrastre al fondo? ¿Te llevará el sepulturero en sus brazos a la tumba? ¿Vendrá tu hermano desde París a vengar tu muerte?

–¡Mi hermano! ¿Cuál de los dos? ¿Acaso no has oído eso que se dice de que «el malvado mayordomo secuestró a la hija de su amo»?

–¿Insinúas acaso que el mayordomo no es tu padre?

–¡Oh, nony nony, no! Era sólo una canción. Porque, si así fuera, y tuviera dos padres, dos incestos podría cometer sin que mi madre me previniera, ya que, según dicen los que lo dicen, ella murió antes de yo nacer.

–¡Ya veo!, estás drogada –interrumpí para evitar más dimes y diretes.

–¿Drogada? ¿Qué quiere decir drogada? ¿Intoxicada por flores en lugar de por palabras? –inquirió ella y, parodiándose, empezó a declamar como si cantara–: «¿Qué clase de flores son los presentimientos? ¿Qué hacen sus pétalos al atardecer? ¿Por qué hay amapolas en el paladar? ¡Oh, nony nony, no! ¡Yo también quisiera volar!», y el teatro me da las alas que tú me quitas para llevarme en taxi a tu hotel...

La alusión me ofendió por certera y me costó recuperar el diapason.

–¿Quién habla? ¿Tú o tu personaje?

–¿Cómo podría saberlo si el personaje entra y sale de mí como tú entras y sales de esta casa?

¿O no eres tú el que me dicta lo que digo? –preguntó con tan maliciosa suspicacia que hasta mi corazón dejó de teclear latidos cuando, dándome la espalda, se alejó entre las flores y las ramas.

Atribuí su réplica a determinados efectos de determinadas drogas que desplazan las palabras fuera de quienes las pronuncian y, en un viraje de bumerán, las hacen retornar como leídas en el aire o atribuidas a cualquier aleatorio interlocutor. La lluvia tremoló en la cristalera y, cosa curiosa, el trueno precedió al relámpago. También la tormenta está descabalada, pensé. Al fondo y en pugna con el fragor del cielo, la joven reanudó su canturreo como si una tragedia simulada pudiera vacunarla contra otra tragedia real. Los relámpagos encendían a llamaradas la cabellera pelirroja y la lluvia trepidaba en los cristales y discurría reflejada en las mejillas de la joven.

–«Ya murió y se fue, do-re-do, do-re-fa» –salmodiaba–. «Hierba en la cabeza y piedra en los pies, ya nunca volverá.»

Era dolor sincero. Verdadera locura. No hacía teatro. Como si supiera o intuyera que su padre había muerto y no lo volvería a ver. Su dolor y su locura me infundieron un profundo desaliento o, mejor diría, un incontrolable pavor. Me avergüenza confesarlo. En lugar de acudir en su ayuda, salí huyendo en busca de cualquier subterfugio, por frívolo que fuera, que me reconciliara con la vida.

Al entrar en el salón, pegué un respingo cuando la mano de la musa invisible se posó en mi hombro.

UNA PEONZA GIRA A LA DERIVA

No hacía falta que la viera para saber quién era. Pero, al volverme, la vi. Se había puesto las bragas y el sostén de la hija del mayordomo y esas prendas flotantes hacían presuponer un cuerpo bien proporcionado que no me dejó indiferente. Me pregunté, eso sí, de qué clase de alimentos se nutrían las mujeres invisibles y si los susodichos alimentos revelaban, en su recorrido, la existencia de un aparato digestivo o también se volvían invisibles al ser ingeridos. La pregunta suscitó otra capciosa cuestión. Si me acostara con ella, ¿desaparecería mi pene en el momento de la introducción?

–¿Qué obscenidades estás pensando? –me endilgó–. Follarte a tu álter ego femenino sería la más incestuosa de las masturbaciones. Me divierte que estas prendas íntimas, que no me pertenecen, sazonen tu concupiscencia. Sugieren el volumen de unos pechos y el contorno de unas caderas, casualmente similares, en talla y torneado, al busto y flancos de la hija del mayordomo, como indecentemente imaginas. Y, si me tumbara patas arriba en el sofá, podrías explorar al tacto la tibieza de mi cuerpo sin aprehenderlo, porque estoy hecha de la sustancia misma de los sueños. –Dejó escapar una risita volátil y prosiguió burlona–: Soy el eco de tu mirada, como esa jovencita de la que estás enamorado porque te recuerda a otra pelirroja de la que sólo conoces una imagen pintada, ¡toma!, devuélvele las bragas y el sostén cuando la veas y no cometas la tontería de demostrarle tu amor porque los enamorados no enamoran, recuérdalo...

En ese momento, con el menos pálido de sus pálidos semblantes, entró el joven gordo del semblante pálido. No me dio tiempo a escamotear las prendas femeninas que la musa invisible, confluyendo desnudez con invisibilidad, me había endosado de sopetón.

–Las encontré en el sofá... –me justifiqué con torpeza.

–Lo sé, lo sé. Tú no eres la clase de chico que gusta a las mujeres, porque te enamoras de ellas antes de que ellas se enamoren de ti.

Me fastidió el que, por segunda vez consecutiva, me echaran en cara mi presunta labilidad amorosa. Además, era injusto. No siempre me enamoro de cualquiera. Y, llegado el caso, dejo siempre una puerta abierta para escapar de los armarios por detrás.

–A mí me pasa lo contrario –confesó el joven–. Gusto a las chicas pero ellas no me gustan a mí. Tampoco me gustan los hombres... ¿Por qué te ríes?

–No me he reído.

–Alguien se ha reído y aquí sólo estamos tú y yo.

–Puede que hayas tomado un carraspeo por irrisión –me apresuré a sugerir tratando de encubrir la inoportuna risita de la musa invisible.

–No soy gay –declaró–. Y mi aparente indecisión no proviene, como dicen, de mi falta de carácter sino de una duda racional. Has de saber que, por segunda vez, se me apareció el fantasma de mi padre y me pidió que ejecutara sin más tardanza su venganza, pero con una condición... ¿no causar dolor a mi madre! Pero, si mato a mi tío, mi madre perderá al amante que la ha corrompido hasta hacerla carne de su carne, y nunca me lo perdonará, con lo cual también perderá al hijo que es el más auténtico amor de su vida, ¿cómo puedo hacer lo que me pide mi padre sin hacer daño a mi madre?

–Te comprendo –le dije–. Se trata de una misión imposible como la que volvió neurótica a la computadora Hal en *2001*, que, estando programada para no mentir a los astronautas, tenía prohibido revelarles el destino de la nave. No pudiendo cumplir una orden tan contradictoria, fingió averías técnicas, como tú finges locura, y acabó provocando la muerte de inocentes como tú asesinaste impunemente a un pobre infeliz, ¿o consideras que matar mayordomos es un crimen menor?

El que equiparara su caso con el del ordenador de Arthur C. Clarke en la película de Kubrick no le hizo gracia, pero el que yo conociera la muerte del mayordomo le intrigó, aunque aparentara indiferencia.

–¿Lo sabías?

–Lo sabía.

–¿Y cómo lo supiste?

–Te oí hablar con el mayordomo por el hueco de la chimenea.

–Sabía que lo sabías –se jactó.

–¿Y por qué sabías que lo sabía?

–Porque esa chimenea está hecha de tal manera que, al que oye por un lado, por el otro se le ve –fantaseó, y le seguí el juego.

–Debí imaginarlo. Esta casa está trucada y todos actuáis para ser vistos y oídos... ¡ésa es la razón por la que me has contratado! Para que oiga y vea.

–En parte sí y en parte no. Te he llamado para que levantes acta de lo que aquí suceda cuando suceda. Pero, desengáñate, nadie actúa para nadie. Ni siquiera para mí. La Tierra es una peonza torcida que gira escorada a la deriva en un insondable abismo celestial, ¿no es ridículo obstinarnos en creer que rueda alrededor de nuestros ombligos? Por cierto, si no te tiraste a la chica, ¿qué otra cosa se puede hacer con una mujer en un invernadero?

–Hacía teatro, pero más parecía drogada o loca.

–¿Por qué no las tres cosas? El teatro es una droga y las actrices están locas, ¿no te ha dicho eso de que somos hijos del mismo padre y de distinta madre? No hagas caso. Ella se parece a su

hermano y su hermano no se parece a mí aunque ninguno de ellos se parezca al mayordomo, que descanse en paz...

–Necesita ayuda. Se cree abducida por un destino fatal y la muerte de su padre precipitará su locura...

–¿Le has dicho que ha muerto?

–No se lo he dicho. Pero lo sabe. Puede que haya tenido un presentimiento...

–No ha tenido un presentimiento sino un teléfono móvil para que su hermano la llame desde París.

–O el sepulturero desde el cementerio –dictaminé.

De golpe y porrazo, se abrió la puerta y la tragedia se convirtió en vodevil.

DESATINOS DEL DESTINO

El tío se detuvo trastabillando en el umbral. Husmeó con la mirada como si sus ojos tuvieran olfato y detecté los efluvios alcohólicos de la desbaratada corbata que parecía la prolongación de su lengua de trapo.

–¿Qué hacen las bragas de mi señora en tus manos? –me espetó con más asombro que enfado.

Al parecer, dos florecillas bordadas en las susodichas bragas eran la marca de origen. Pero lo inusitado del caso era que se comportara por la noche de manera tan diferente al energúmeno que había intentado estrangularme por la mañana.

–No son las bragas de mi madre –intercedió el sobrino–, sino un sostén y unas bragas confeccionadas para el vestuario de la hija del mayordomo que hará el papel de la esposa que se casa con el asesino de su marido apenas dos meses después de cometido el asesinato, tal y como aconteció en la realidad. Que nadie se llame a engaño. Aunque en la ficción el veneno sea simulado, en la realidad era veneno de verdad y el envenenador, como puedo comprobar, llevaba los mismos zapatos y la misma corbata que lleva en este instante; y en cuanto al sostén y las bragas de su amante, son una estricta reproducción de las que en la noche de la boda dejaron olvidadas en el sofá.

–Es una historia interesante –admitió el tío sin sentirse preocupado–. Dices que sucedió de verdad y me lo creo, aunque es probable que tus tendencias dramáticas te hagan exagerar o falsear algunos detalles, como les pasa a los políticos que pretenden impresionar. Pero ¿quién y cuándo asesinó a quién y dónde?

–Se sabe quién y a quién y se sabe dónde y cuándo –esgrimió el sobrino–. La obra de teatro ha sido escrita con el único propósito de que el asesino confiese el crimen al verse retratado.

–O sea que, sin su confesión, nada estaría probado –arguyó el tío.

–Salvo que existiera el testimonio de un cómplice que, por ejemplo, hubiera preparado el veneno –insinuó yo.

–O alguna persona que, sin participar directamente en la ejecución, conociera los hechos y los denunciara –insinuó, a su vez, el sobrino.

El destello etílico de los turbios ojos del tío nos habría electrocutado de no haber coincidido con el resplandor del relámpago que iluminó el salón entero deteniendo el tiempo con su fulgor y convirtiéndonos durante un instante en figuras de cera. El trueno nos rescató del estupor. Restalló en el ventanal haciéndolo trepidar y, fugazmente, entreví la silueta de la mujer invisible

bosquejada en el reflejo de una bandeja de plata colgada en la pared cuyo tintineo llamó mi atención.

El tío y yo nos miramos como si nos viéramos por primera vez, y él recuperó primero la palabra.

—¿Qué podría mover a denunciar un crimen a aquellos que, hasta ahora, no han dicho nada? — reflexionó.

—La conciencia —respondió el sobrino, y el tío soltó una risotada.

—¡La conciencia! —repitió regocijado y, en un arrebató de elocuencia parlamentaria, prosiguió—: ¿Qué es la conciencia? ¿Una víscera que unos tienen y otros no? Los que la tienen, o dicen tenerla, la exhiben y utilizan como arma arrojadiza contra los demás y, cuando ellos cometen aquello por lo que acusan o condenan a los otros, recurren al subterfugio del arrepentimiento, ¡ése es el verdadero veneno! Porque el delito es un accidente y el pecado un error, pero el arrepentimiento es una mordedura que dura toda la vida...

Satisfecho de la perorata, alzó el mentón y abatió la mirada, en un gesto que denotaba, al tiempo, desmedido orgullo y falsa modestia.

—Os notifico —proclamó— que acabo de ser nombrado candidato a la presidencia del gobierno. Este país necesita un hombre fuerte y ese hombre soy yo. Al respecto, os recuerdo que, apenas coronarse, Napoleón ordenó cerrar teatros para evitar que las vanas fantasías de unos pocos desocupados alteraran el sentido común de la mayoría. Cuando gobierne, haré otro tanto. Cerraré teatros y, con la legalidad democrática que me ha sido otorgada, evitaré que la cultura se convierta en un ejercicio alternativo de poder.

La sola mención de la palabra «poder» le hizo entornar los párpados con expresión ensimismada como si, obedeciendo a sus ensoñaciones, el mar pusiera en la orilla el horizonte a sus pies. El relámpago volvió a preceder al trueno como el agua vuelve al cauce y el futuro presidente despertó de su beatífico letargo.

—Hace rato que espero mi bata, mi whisky y mis zapatillas, ¿dónde diablos está el mayordomo? —reclamó perentorio.

—De cena —respondió impertérrito el sobrino, y el vodevil no tardaría en reconvertirse en tragedia.

—¿Dónde?

—No donde él come, sino donde es comido.

—Habla claro, no te entiendo.

—Los gusanos son los comensales del festín de su cumpleaños.

—¿Su cumpleaños?

—El anciano mayordomo cumplió de golpe las horas que le quedaban de vida y pronto jugaremos a los bolos con sus huesos, ¡los míos castañetean sólo de pensarlo!

–¿Muerto?

–Definitivamente difunto.

–¿De qué mal?

–De obediencia. Se metió en un armario cumpliendo las órdenes de su amo para espiar a una dama por el ojo de la cerradura y pagó con su vida el satisfacer la curiosidad ajena.

–Yo diría, entonces, que murió por propia imprudencia –propuso el tío conciliador.

–Y por error ajeno.

–¿Qué clase de error?

–Accidental.

–Cosa, en ese caso, del destino, diría yo –replicó el tío.

–O de estocada equivocada.

–¿Metáfora?

–Una metáfora de acero que le rompió el esternón.

–¿Quién la empuñaba?

–¿La metáfora?

–La espada.

–No era espada sino el sable con el que tú desfilabas a caballo el día de las fuerzas armadas y que yo manejé con mano enguantada.

–Y, si era equivocada, ¿a quién estaba destinada la estocada? –indagó el tío merodeando con la mirada como si buscara a la persona invocada.

–A una rata.

–¿Hay ratas en el armario del dormitorio?

–Y en la cama.

–¿Dónde está el cadáver?

–En el cementerio y comparte tumba con un fiambre normal del que nadie ha oído hablar ni en vida.

–¿Y el arma homicida?

–Con el muerto.

–Bien. Ahora, por nuestra común conveniencia, haréis lo que os diga –dijo morigerando la embriaguez—. Diréis que el mayordomo se ha ido a Inglaterra para buscaros alojamiento, y vosotros os reuniréis mañana con él y no volveréis hasta que me hayan nombrado presidente del gobierno. Entonces estaré en condiciones de protegeros.

En ese instante, por una especie de ciencia infusa, comprendí que lo de la presidencia era una burda jactancia y que, si fuéramos a Inglaterra, no volveríamos jamás.

–Ni iremos a Inglaterra, ni serás presidente del gobierno, aunque los haya casi peor que tú –afirmé con tal rotundidad que ambos se sobresaltaron, y yo también—. Soy un mal actor –proseguí

al dictado de mi musa invisible—. Pero los peores actores de esta farsa sois vosotros que, sabiendo lo que sabéis el uno del otro, os habláis de soslayo, como los cangrejos andan de lado hasta que la marea los arrastra fuera del charco. Soy periodista, no lo olvidéis. Y, antes de que suba la marea o se celebren las elecciones, publicaré una crónica en la que cuente toda la verdad.

La amenaza surtió efecto.

—¡No podrás probar nada! —ladró el tío.

—No importa —aduje—. La verdad parecerá verdad aunque no lo sea. Los periodistas, como los actores, sabemos que con las apariencias basta. El desmentido de un político sólo conseguiría que las sospechas se multiplicaran como las setas venenosas del jardín. De momento, hay un cadáver en la tumba de otro y el sable prusiano de un candidato a la presidencia...

LA MUERTE EN BANDEJA DE PLATA

El sobrino retrocedió para no ser arrollado cuando, puño en ristre, el tío se abalanzó sobre mí. De los nudillos sobresalía un pedrusco engarzado en una sortija que parecía el mascarón de proa de un acorazado y que hubiera modificado la estructura de cualquier superficie con la que hubiera chocado. Me aparté lo justo para esquivarlo y sucedió algo extraordinario. Sincrónico con otro relámpago que precedió al trueno, el puño golpeó con tal violencia que el pedrusco se desprendió del anillo y quedó incrustado bajo la bandeja de plata que, a su vez, se descolgó de la pared para, antes de caer al suelo, emprender un imprevisible vuelo y seccionarle al tío la yugular con quirúrgica precisión.

El sobrino y yo nos miramos estupefactos. Enseguida comprendí que él me atribuía la ejecución a mí, ya que la trayectoria de la bandeja resultaba inexplicable sin la intervención de una mano humana y, descartando a la víctima degollada, sólo estábamos él y yo en el salón. De haber mencionado la existencia de una musa invisible él habría supuesto que mi locura era peor que la suya, así que, asesorado por la ignominiosa dama, recurrí a una no menos ignominiosa estrategia.

–Gracias por haberme salvado la vida –dije, y el asombro del joven de pálido semblante y oronda cintura superó la incrédula mirada con la que el muerto nos contemplaba desde el negro charco de sangre que se expandía sobre la alfombra alrededor de la cabeza desgajada.

–¿Yo? –preguntó el sobrino como si se lo preguntara a sí mismo.

–¿Quién si no?

–Me habría gustado hacerlo, pero has sido tú, y no yo, quien mató a mi tío –masculló pesaroso.

–Lo hiciste tú y no sólo me salvaste la vida sino que vengaste, de paso, el asesinato de tu padre –aduje con desparpajo.

–¡No recuerdo tal cosa!

–Piénsalo bien, ¿cómo podría haber lanzado la bandeja a la yugular de tu tío cuando me agaché para esquivar el puñetazo? –argüí aludiendo a la altura en que la bandeja de plata estaba emplazada en la pared y eludiendo la visión del cadáver que, desde el suelo, guiñaba un ojo al techo.

–Puede que haya sido un accidente –tanteó.

Aunque sintiera cierto alivio, le repugnaba que el azar se hubiera inmiscuido en un asunto tan personal.

–No fue un error accidental ni una estocada equivocada –repliqué.

–¿De verdad crees que lo hice yo? –balbuceó casi suplicante.

–El relámpago te cegó y fue entonces cuando descolgaste la bandeja y, aturdido por el trueno, cortaste el pescuezo a tu tío sin saber lo que hacías, pero haciendo lo que, en el fondo, querías hacer –fabulé para salvaguardar su pundonor.

–¿Estás seguro de eso? –insistió.

–Seguro.

–¿Y por qué el rayo que me cegó a mí no te impidió a ti ver cómo yo le degollaba a él?

–Porque quedé agazapado bajo la mesa y el faldón del mantel me protegió del resplandor. Sus flecos desglosaron el instante y pude verlo todo, fotograma a fotograma y en cámara lenta, como si tuviera un obturador en el ojo y una moviola en la cabeza. Así lo declararé y diré además que fue él quien te atacó. La piedra de la sortija incrustada en la pared será la prueba de que te habría roto el cráneo como una cáscara de nuez si no hubieras reaccionado a tiempo. Sólo cabe hacerte un reproche...

–¿Cuál?

–Tu tío envenenó a tu padre y se folló a tu madre, ¡no merecía que le sirvieras la muerte en bandeja de plata!

Celebró mi ocurrencia con una sonrisa de pato Donald. Éramos conscientes de no estar en nuestros cabales. Ni la mismísima víctima en delirium trémens habría creído en las causas fortuitas de su muerte. Resultaba más verosímil la entrada de un platillo volante por la ventana que el aciago desprendimiento de una bandeja de plata. Se requería un culpable. Así lo asumió el sobrino y, orgulloso de haber cumplido los designios del padre, se quitó los guantes y dejó impresas en la bandeja sus huellas dactilares para que nadie le arrebatara la autoría. El orgullo predominó sobre la sensatez y la idiotez sobre la astucia. Ésos son los requisitos básicos de la tragedia.

De pronto, un gorgoteo en la garganta del presunto difunto provocó sendos escalofríos en nuestras respectivas espaldas, ¿y si el muerto no estuviera muerto? Por fortuna, lo estaba. Una postrera regurgitación certificó la defunción. Resoplamos aliviados.

–No toquemos nada hasta que venga el forense –dije.

Haciendo caso omiso y reteniendo la náusea, el joven de pálido semblante envolvió el cuerpo en la alfombra y lo hizo rodar hasta hacerlo desaparecer bajo la mesa.

–No me gustaría que mi madre lo viera así –se excusó y, en ese instante, despeinada y en bata, como una Medea enfurecida, hizo su entrada en el salón la madre. En realidad, sólo estaba asustada. Muy asustada.

–¡He tenido un sueño horrible! El hermano de la hija del mayordomo había llegado de París con la intención de vengar el asesinato de su padre y tenía una pistola. Entró por la ventana de mi dormitorio y disparó al bulto de la almohada bajo la colcha creyendo que se trataba de mi marido

dormido al que, aviesamente informado por el sepulturero, atribuía el homicidio. Para evitar otra muerte por error, le conté la verdad de lo sucedido. Le dije que fuiste tú quien mató al mayordomo tomándolo por tu tío.

–¿Me delataste?

–En sueños se hacen cosas que nunca se harían en la realidad.

–Si sólo era un sueño, no debes preocuparte, madre.

–El caso es que lo sabe todo y viene a matarte. Será mejor que te vayas a Inglaterra cuanto antes y te mantengas lejos hasta que, con el paso del tiempo, las cosas se calmen y tu tío tome cartas en el asunto...

–Descarta a mi tío. No huiré de un sueño ni él regresará del suyo.

–No fue un sueño –admitió la madre–. Me telefoneó, y quiere matarte...

LA RAMA DESGAJADA DE LA ENCINA CENTENARIA

No necesité que la musa me lo susurrara al oído. Había llegado la hora de entrar en acción. Dejé al hijo con su madre y salí al jardín. Debía llegar al estanque antes de que la hija del mayordomo tramitara su destino cayendo al agua desde la rama desgajada de la encina centenaria y se ahogara.

Contorneé el laberinto para no perderme. Pero me perdí. La única manera de llegar al estanque era a través del laberinto, concluí. Dado mi apresuramiento, la musa invisible habría quedado rezagada, supuse, y no podría contar con su colaboración. No me quedó más remedio. Arrostré el laberinto sin más ayuda que mi instinto de perro perdiguero y, temiendo no llegar a tiempo de evitar el suicidio anunciado, emprendí al azar una enloquecida galopada en zigzag hasta caer de bruces. Me levanté con la presteza de un tentempié y, sin apenas reparar en la pala con la que había tropezado, reanudé la carrera.

Pero ¿qué demonios hacía en el laberinto la pala del enterrador? Estaba atravesada de manera que cualquiera que pasara con la mirada alzada para tratar de ver por encima de los setos tropezaría con ella. De lo que se desprendía que el sepulturero me llevaba la delantera para ser el primero en apoderarse del cuerpo y llevarlo a la tumba tal y como lo había previsto: «La traeré en mis brazos sin ataúd ni flores, sin crucifijos ni sermones y la dejaré en esta cama de tierra que le estoy preparando para que duerma la eternidad a pierna suelta y yo a su lado». Tétricos propósitos que yo debía impedir.

Antes aludí al instinto del perdiguero. No fue el instinto sino el olfato lo que me permitió seguir el rastro. El olor a tierra húmeda y a muerto que dejaba el sepulturero a su paso me condujo hasta la salida del laberinto y, al resplandor del relámpago, que esta vez precedió al trueno, lo vislumbré en el estanque con el agua por la cintura y el cuerpo exánime de la joven en sus brazos.

Al llegar a la orilla, la depositó entre las raíces de la encina centenaria que emergían como tentáculos de la tierra. La túnica empapada se adhería a la piel y realizaba la desnudez como si la esculpiera. Mojado y jadeante, la contempló como el cazador a su presa y, sin advertir mi proximidad, se bajó los pantalones. No lo pensé dos veces. Me abalancé sobre él y lo derribé con tan propicia fortuna que se golpeó en la cabeza con la rama desgajada y quedó inconsciente. Aproveché la circunstancia para devolverle a ella lo que ella me había dado a mí. El aliento.

Con la esperanza de insuflarle vida, apliqué mi boca a su boca entreabierta. Tenía los labios fríos y la lengua inerte. Demasiado tarde, pensé. Estaba muerta. No desistí. Presioné, una, dos, tres, cuatro, cinco y hasta diez veces el tórax hasta que expulsó una bocanada de agua. A la

desesperada, insistí con el boca a boca y, de pronto, un golpe en la nuca me hizo perder el conocimiento.

Al volver en mí, comprendí que él había vuelto antes en sí y, al verme sobre ella, me había golpeado con la rama desgajada de la encina centenaria que, después, había arrojado al estanque donde ahora flotaba bajo la lluvia que acribillaba la superficie haciendo brotar esquirlas de agua en torno a lo que yo, en mi aturdimiento, tomé por un cuerpo de mujer. Me metí para auxiliarla y, con el agua al cuello, descubrí que la rama era sólo una rama. Salí chapoteando y eché a andar, abatido y chorreante. Para mayor desaliento y sin acertar a saber cómo ni por qué, me encontré de nuevo atrapado en el entramado del laberinto.

Vagaba ya sin convicción, admitiendo que el destino, fuera lo que fuere, me había ganado por la mano, cuando volví a tropezar con la pala atravesada y algo llamó mi atención. El mango estaba roto y la parte metálica ensangrentada. De lo que deduje que alguien había sido herido con el filo cortante de la herramienta abandonada al sesgo en el sendero donde podían apreciarse huellas de pisadas desordenadas. Como de lucha. Algo más allá, un reguero de sangre me lo confirmó. La persona herida había huido arrastrando los pies y dejando tras de sí un rastro sanguinolento. Me dispuse a seguirle la pista, pero no necesité ir lejos. Al doblar el primer recodo, descubrí entre los setos el cadáver de un hombre boca abajo, con el culo al aire, los pantalones por los tobillos y el cráneo abierto.

Era, por supuesto, el sepulturero. Había perdido un zapato y un charco rojo aureolaba la cabeza rota. ¿Qué había sucedido?, ¿quién lo había matado? Enseguida me asaltó la sospecha. El manejo homicida de la pala recordaba al manejo criminal de la bandeja. Mi musa invisible era una musa asesina. Y yo estaba agradecido de que lo fuera. En ambas ocasiones, había asesinado oportunamente. Pero ¿qué había hecho con el cuerpo de la ahogada? Al doblar la siguiente esquina del laberinto, encontré la respuesta. Plegada sobre sí misma en posición fetal, sollozaba la hija del difunto mayordomo y, cuando alzó la mirada, sus ojos me buscaron como, si a pesar de estar a menos de dos pasos, estuviera a kilómetros de distancia. Comprendí que, para ella, yo era el fantasma.

—Mi hermano... Mi hermano... —balbuceaba.

—¿Tu hermano mató al sepulturero?

—¡Y quiere matarle a él! —exclamó implorante.

Le tendí la mano para que se levantara, pero se puso en pie tambaleante sin mi ayuda. Trémula, lívida y con la túnica desgarrada se erguía bajo la lluvia como si acabara de emerger del estanque.

—¡Detenlo! —me suplicó.

—Lo siento, no sabré salir de este laberinto si tú no me guías.

—Me estoy muriendo y no sería capaz de dar dos pasos. Cógeme en brazos.

Obedecí. Reclinó la cabeza en mi hombro y la húmeda cabellera se descolgó sobre mi espalda mojada. Eché a andar al dictado de las indicaciones que ella impartía con los ojos cerrados a modo de acuciante letanía. A veces, rectificaba y me veía obligado a retroceder. Pero, en lugar de disculparse, me acuciaba con mayor impaciencia como si fuera yo quien se hubiera equivocado. Para colmo, arreció la lluvia y la mojadura y el barrizal hicieron más pesada la carga y más fatigoso el trayecto. Los setos sucedían a los setos como si no avanzara o volviera siempre al mismo lugar. Y, de repente, surgió la casa de la nada. No di crédito a mis ojos. Tampoco a mis oídos cuando resonó un disparo y ella, ahogando un gemido, se estremeció en mis brazos.

—¡Lo ha matado! —exclamó angustiada.

Aceleré el paso y, temiendo lo peor, consideré prudente dejarla en el porche y entrar solo. Se acurrucó tiritando entre glaciales columnas que, en la gélida noche, asemejaban estalagmitas de hielo. Debí recapacitar entonces y llegar a la conclusión de que el destino, como Dios, sólo existe a ratos. A veces, sí. A veces, no. Y ésa era una de las veces en las que Dios y el destino se habían ausentado como cualquier funcionario a la hora del café.

La madre empuñaba la pistola humeante y el pálido semblante del hijo pálido había adquirido ahora la palidez de la pared. Pero estaba vivo. En cambio, desde el suelo, el hermano venido de Francia me interrogaba con mirada asombrada y rostro sonrosado. Pero estaba muerto.

—No sé... qué pasó... —acertó a decir la madre—, mi hijo... pidió perdón... sólo la locura había sido culpable de sus actos... y se mostró tan arrepentido y sincero que... el otro le estrechó la mano... me entregó a mí la pistola... y, ¡oh, Dios!, se disparó sola...

Dicho esto, se desmayó. Saliendo de su estupor, el hijo la arrastró por los tobillos, colocándole los pies en alto sobre el sofá y propinándole cachetes en las mejillas para que volviera en sí mientras elucubraba en voz alta para sus adentros.

—De nada valen los augurios ni los presentimientos —decía desconsolado—. Es extraña la providencia que se manifiesta en la muerte de un pájaro. Si no morimos ahora, moriremos luego y, si luego no morimos, será porque ya hemos muerto, ¿qué importa antes o después? Nadie sabe lo que sabe ni lo que supone que ignora.

En ese momento, como si fuera a servir el postre, un camarero invisible atravesó el salón llevando la pistola en bandeja de plata y un mantel colgado de un hipotético antebrazo.

EN CUERPO AJENO

Esta vez, la intervención de la musa asesina me enfureció. La perseguí. Pero, en el porche, sólo encontré a la hija del mayordomo que, ajena a lo sucedido, se secaba el pelo con el mantel.

–La función ha terminado –dictaminó–. Ya puedes llevarme a tu manicomio. Lo has desordenado todo y no has evitado nada, imbécil.

Me sorprendió el tono que no correspondía al personaje y, en un súbito destello, antes de que mi indignación se sobrepusiera al espanto como el relámpago precede al trueno, comprendí que mi musa invisible se había introducido en la joven apoderándose de su cuerpo, como la mano bajo los faldones de un muñeco de guiñol.

–¡Eres tú! ¡Sal de ahí! ¡Ese cuerpo no te pertenece! –inquirí en un torpe intento de exorcismo.

–¿Todavía estás enamorado?

–¡No estoy enamorado! ¡Estoy harto de la magia y la ficción!

–Pues vuelve a tu vida aburrida. Sin magia ni ficción, nadie es nadie, ¡nadie es nada sin máscara en un carnaval! –arengó, y se echó a reír.

Su risa transformó el rostro de la hija del mayordomo en una mueca atroz. Siempre es terrorífico el que una persona deje de ser la que era, aunque nunca haya sido la que supuestamente fue. Pero esta peculiar metempsicosis colmó mi espanto.

–Ya ves –adujo ella con jactancia barriobajera–, a diferencia de los hombres invisibles, todas las mujeres somos imprevisibles.

–Te tomaste la justicia por tu mano –le reproché.

–No me tomé la justicia por mi mano, utilicé el dedo de otra mujer. Por tanto, técnicamente, yo no lo maté.

Con el índice, simuló apretar el gatillo y emitió un chasquido de lengua que sonó a descorche de champán.

–No es cosa fácil el manejo de un cuerpo ajeno –confesó la musa intrusa–. Cuando se mueve un dedo se te duerme la pantorrilla. Si fueras un periodista perspicaz, deberías saberlo.

–No me interesa saber lo que tú sientas, sino lo que siente ella.

–Ella no siente nada, ¡está muerta, idiota! Si la dejara, caería como una hoja de otoño desprendida de la rama, ¿quieres verlo?

Antes de que yo respondiera, el cuerpo se desplomó inerte a mis pies y la risa de mi musa se alejó caracoleando en el aire como una serpiente navideña. Proferí la más pueril de las

maldiciones. Cagarse en la madre de una musa invisible era escupir al mar. Pero hacerle el boca a boca a la boca que acababa de hablar por boca de otra boca me produjo una repugnancia ontológica. Opté por la carótida. Presioné el cuello con la yema del pulgar. El pulso se había extinguido y ella estaba rígida y fría. En ese momento, reapareció la musa invisible. Lo que, en realidad, apareció fue una gabardina de detective privado y un anacrónico sombrero tirolés.

–Quiero que veas algo, acompáñame –dijo la pluma del sombrero.

Sin más, la musa intrusa me condujo hasta el dormitorio donde, por supuesto, me esperaba otra siniestra revelación.

Ajenos a nuestra presencia, la madre y el hijo permanecían abrazados y... dormidos. Una corbata oscura, impecablemente anudada, ceñía el cuello del muchacho y la madre, en kimono, no llevaba ropa interior. Su rostro quedaba oculto por el perfil del hijo, cuyo bigote pintado con corcho quemado sobre la boca entreabierta subrayaba una afilada nariz que ya no respiraba. La madre y el hijo no dormían. Ambos estaban muertos, y la postura de los cadáveres me retrotrajo al suicidio de Lotte Altmann y Stefan Zweig en Petrópolis, antes de que los periodistas manipularan la fotografía para que a ella también se le viera la cara. Sobre la mesilla, había un flexo apagado, un vaso, una botella y un frasco de pastillas vacío.

–Yo les proporcioné los fármacos –me informó la musa muy ufana–. Consideré que resultarían más dignos y eficaces que una sopa de lepiota helveola...

–En ese caso, no se trata de suicidio sino de asesinato.

–Muerte asistida –me corrigió–. Pero no te preocupes, he eliminado todas las pruebas que pudieran incriminarte, incluso el ADN del boca a boca. Los periodistas con musa gozáis de injusta impunidad. Así que puedes cargarte el cadáver al hombro y meterlo en su tumba. Iré contigo para que no te pierdas, como sueles hacer, y eso será lo último que haré por ti.

Había dejado de llover. Con la gabardina a modo de sudario, la musa y yo descolgamos el cadáver por las mangas y los faldones hasta depositarlo en el fondo de la fosa, procurando que quedara boca arriba para que pudiera ver amanecer. Pero la tumba se había encharcado con la lluvia y el cuerpo no tardó en hundirse, de manera que sólo el rostro, enmarcado en el aura cobriza de la cabellera flotante, emergía del agua y del barro. No sé si fue la belleza o la tristeza lo que me hizo decir algo que ya había oído o leído en alguna parte.

–Bastante agua has tenido para que ahora yo te llore –murmuré a modo de oración, y mi musa dejó caer la pluma del sombrero tirolés como si fuera una flor.

Luego, se esfumó. Es decir, no sólo perdí de vista el sombrero desplumado sino que dejé de percibir a mi lado la presencia invisible. Comprendí que había dado por finalizado su trabajo y, al quedar solo, sentí un frío sepulcral en mis entrañas. No era extraño. La ropa mojada se había adherido a mi cuerpo como una segunda piel y la humedad había impregnado el tuétano de mis huesos. Inmerso en la peripecia, no había advertido hasta entonces que tenía los miembros

anquilosados y daba diente con diente. Antes de echar a andar, me asomé por última vez a la tumba y comprobé con horror que del rostro sumergido bajo el barro y su semejanza con Elizabeth Siddal sólo quedaba algún que otro filamento pelirrojo y la pluma del ridículo sombrerito tirolés.

EN UN CASTILLO DE DINAMARCA

La cafetería estaba cerrada. A través del cristal empañado, las mesas de mármol eran las lápidas de otro cementerio y los que allí habían estado eran ahora los fantasmas que poblaban un borroso recuerdo. Poco importaba si vivían o no. Me acordé de aquella camarera que apareció y desapareció tras el mostrador para reaparecer siendo otra aunque siguiera siendo la misma. Como si hubiera muerto y resucitado en la trastienda. Ella ocupaba el mismo lugar en mi memoria que una madre y su hijo suicidados, un mayordomo ensartado con un sable prusiano, un candidato al gobierno degollado con una bandeja de plata, un sepulturero con la cabeza rota por su propia pala, el hermano de la hija del mayordomo abatido de un tiro por la señora de la casa o el cuerpo de la hermana del hijo del mayordomo en el fondo de la tumba donde yo lo acababa de depositar envuelto en la gabardina de una mujer invisible.

No recuerdo cómo volví a la habitación del hotel ni cómo me recuperé de la neumonía. Tampoco sabría decir si los sucesos aquí descritos me fueron sugeridos por los reflejos de las ramas de una encina centenaria en las aguas del estanque de una mansión señorial o acontecieron cuatro siglos antes en un castillo de Dinamarca.

EPÍLOGO

Cuando se acaba un libro se cierra un cajón y perdemos la llave. Como en el sueño de mi nieto, uno corre el riesgo de quedar atrapado dentro: en los dominios de un diablo de ojos rojos y una mujer alta a la que nadie alcanza a ver la cara o en un vacío interior sin eco del que nadie alcanza a ver el fondo ni a oír las resonancias.

Ayer volví a la casa donde mis hermanos y yo habíamos vivido con mi padre. Ni siquiera entré en el portal. No había ido al encuentro del pasado. Sino a cerciorarme de haber dejado todo atrás: un repertorio de recuerdos baratos escogidos al azar y un relato, presuntamente ontológico, sobre las vicisitudes de un hijo que pretende vengar a su padre y acostarse con su madre para suplantar en el lecho conyugal a su tío fratricida.

No es la primera vez que me identifico con Hamlet. En un cuento de *El asesino triste*, el príncipe de Dinamarca es un niño a quien se le aparece en la pantalla del televisor el fantasma del padre asesinado, y en la película *Epilogo* el niño oye la voz del fantasma por la radio.

Nada extraordinario. Las palabras y las imágenes surcan el espacio. Y algunas perduran ancladas en el paso del tiempo.

A veces, basta con marcar el número de un antiguo teléfono y aplicar la oreja al auricular. Pruebo con el 2114680 del piso sobreático de Amigó 70, Barcelona, 1971. Me llamo a mí mismo y me pongo. A la puerta de entrada y ante la ventana que da a la terraza, atado a su cordón, está el teléfono que acabo de descolgar.

La terraza es un platillo volante que se ha posado sobre la ciudad. Hélène se asoma y la contempla. Yo la contemplo a ella. La luz y la brisa realzan su belleza. Anne-Hélène, Sylvia y Gonzo se bañan y juegan en una piscina de plástico. Elsa nacerá un año después. Los oigo y los veo. El instante reflejado por el cristal de la ventana regresa del pasado. Cuelgo. Pero, cuarenta y tantos años después, las risas de los niños siguen salpicando el recuerdo.

Sospecho que la musa intrusa juega conmigo y, una vez más, me incita a contar cosas que sólo ponen de manifiesto mi pueril estupor y mi irrisoria vanidad. Ahora, me ha traído a traición hasta la calle Ibiza, número 35, de Madrid. Ignoro para qué. De pronto, lo sé.

Antes de despedirnos en el portal, a la vuelta de uno de esos paseos en los que lo acompañaba cuando el párkinson casi le impedía andar, mi padre me había dirigido una mirada que nunca olvidaré. La mirada seguía allí. Donde yo lo había dejado al volver del paseo años atrás. Era una mirada que me abarcaba entero. Por fuera y por dentro. Pasado y futuro confluían en un solo

instante. Yo era el niño que él había cuidado y visto crecer con tanta dedicación y esperanza y, al mismo tiempo, era el adolescente soñador y atormentado, en ocasiones petulante, o el joven impulsivo a la hora de dar curso a mis deseos y delirios, y también el hombre mayor que acabaría siendo. La repentina suma del niño, del joven y del viejo. Una persona destinada a morir. La mirada de mi padre, desde aquel portal y en aquel instante, era una mirada de amor y comprensión tan serena, lúcida y acuciante que desafiaba el paso de los años. Allí estaba. Allí seguía estando.

Y comprendí que esto no era un epílogo sino una dedicatoria:

*A mi padre, que me llevó a la caza de la ballena blanca,
a las minas del rey Salomón y a lo alto del Mont Poderoso,
y a su perro Fausto, que le acompaña dondequiera que esté.*

Reflexiones biográficas y ficticias de un cineasta mítico



Tras unos años de silencio, el gran Gonzalo Suárez nos entrega otra de sus memorables obras, un libro donde confluyen una serie de textos de corte autobiográfico que conforman una suerte de retrato del mítico cineasta y escritor, y una nouvelle, esta vez sí de pura ficción, que nos propone una relectura de la tragedia de Hamlet en la que sobrevuela la duda de si los personajes podrán cambiar sus destinos, dictados cientos de años atrás.

«La víctima siempre vuelve al lugar del crimen», afirma el autor. Pero en *La musa intrusa* es el propio Suárez quien regresa al lugar de un asesinato donde el adulterio y el incesto confluyen con el poder de la ambición, el deseo de venganza y un amor que sobrevive a la muerte.

En este libro, la vida y los sueños, las reflexiones y los más íntimos recuerdos, transitan a través de anécdotas autobiográficas, no exentas de humor, antes de que la más intrusa de las musas nos abra las puertas de una historia inmortal.

«Gonzalo Suárez es ante todo, por encima de los géneros, del cine, de la literatura y el periodismo, un creador infatigable.»

Guillermo Altares, *El País*

«La obra literaria de Gonzalo Suárez no es solo muestra inequívoca de la presencia de un narrador vigoroso y distinto, sino también hitos que señalaban el camino de una modernidad a la que la literatura española estaba pugnando por incorporarse.»

Javier Cercas

«Siempre lo he visto como en una perpetua conquista del Oeste, de lo desconocido, en la frontera intentando avanzar hacia un territorio fantástico y hostil donde no sirven los recursos formales con los que uno se maneja en el mundo normal, [...] si en España hay un genio vivo, ese es Gonzalo Suárez.»

Juan José Millás

«De alguna manera cuyo secreto sólo él conoce, Gonzalo Suárez transita desde hace años por los registros más variados de la vida intelectual española, pero esa actitud tránsfuga y casi de fantasma inquieta e incluso enoja a los críticos amantes del orden, los géneros y las etiquetas.»

Julio Cortazar

«Una insolencia sutil, un fino sentido del humor y una lucidísima visión de la realidad.»

Eduardo Mendoza

«Gonzalo Suárez ha sabido recrear un sentimiento equivalente al que yo mismo busco provocar con mi obra.»

Eduardo Chillida

«Gonzalo Suárez es un creador sumamente original, un autor excéntrico, verdadero outsider de nuestro sistema cultural, que ha dado repetidas pruebas de esa condición en su prolífica labor como cineasta y como narrador.»

Santos Sanz Villanueva, *El Cultural*

Gonzalo Suárez nace en Oviedo 1934. Su padre, catedrático represaliado, se ocupa de su educación en el Madrid de la posguerra. A los diez años va al colegio por primera vez y cursa el bachillerato en el Liceo Francés. Estudia filosofía, pinta, escribe y hace teatro como actor, interpretando personajes como el Creonte de Medea o el Próspero de *La tempestad*, entre otros. En cuarto curso interrumpe estudios universitarios y actividades teatrales para autoexiliarse en París, donde ejerce diferentes oficios. En 1958 llega a Barcelona con Hélène, su mujer, y bajo el seudónimo de Martín Girard ejerce el periodismo. Sus entrevistas y reportajes son un precedente del llamado Nuevo Periodismo. Es en esa Barcelona de los sesenta donde publica sus primeros libros, realiza sus primeras películas y nacen sus cuatro hijos. Entre sus libros cabe destacar *Trece veces trece* (1964), *Rocabruno bate a Ditirambo*, *Gorila en Hollywood*, *El asesino triste*, *Ciudadano Sade*, *El hombre que soñaba demasiado*, *La suela de mis zapatos*, *Síndrome de albatros*, *Con el cielo a cuestas* y *La musa intrusa* (2019). Entre sus películas, *Ditirambo* (1966), *El extraño caso del doctor Fausto*, *Aoom*, *La Regenta*, *Los Pazos de Ulloa*, *Remando al viento*, *El lado oscuro*, *Don Juan en los infiernos*, *El detective y la muerte*, *Oviedo Express* y *El sueño de Malinche* (2019). Por su insólita y libérrima obra literaria y cinematográfica obtiene importantes premios nacionales e internacionales y suscita el apasionado interés de los lectores y de prestigiosos cineastas y escritores.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Gonzalo Suárez

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Imagen de portada: *Ophelia*, John Everett Millais

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3582-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Más tarde averigüé que lo de «Tengo mis costumbres», lejos de ser un desplante, era una púdica referencia al tratamiento de la silicosis que había contraído en la mina.

[2] Véase Bernard F. Dukore, *Sam Peckinpah's Feature Films*, University of Illinois Press, 1999, p. 4.

[3] Los fragmentos de la correspondencia de Sam Peckinpah han sido traducidos por Fernando Villaverde, editor y traductor especializado en literatura inglesa.

[4] *Les Nouvelles littéraires*, n.º 2.644, 21 de julio de 1978.

[5] *La Pensée artificielle: Introduction à la cybernétique*, Gallimard, 1953.

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La musa intrusa

Guía de personajes

Breve preámbulo a lo acontecido...

La mujer alta, la avispa y la cucaracha...

La pelota perdida, el amante de mamá...

«É pericoloso sporgersi» y el robo de l'Orangerie...

Los zapatos de Helenio Herrera y el colmillo de Pepín...

Un reflejo de Campari en los ojos de Lisa Mitchell...

Pasos sin huellas rumbo al azar, los mejores besos...

Tiempos extraños, la mágica camisa mexicana, cine...

El don de la invisibilidad, el vaso boca abajo...

La musa intrusa

Nenúfares en el estanque

El sepulturero enamorado

Como pompas de jabón

Donde el corazón no alcanza

La sonrisa del cruasán

Por mórbida curiosidad

A la sombra de La mujer sin sombra

La musa intrusa

Sopa de flores trepadoras

Como juegos malabares

Una peonza gira a la deriva

Desatinos del destino

La muerte en bandeja de plata

La rama desgajada de la encina centenaria

En cuerpo ajeno

En un castillo de Dinamarca

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Gonzalo Suárez

Créditos

Notas